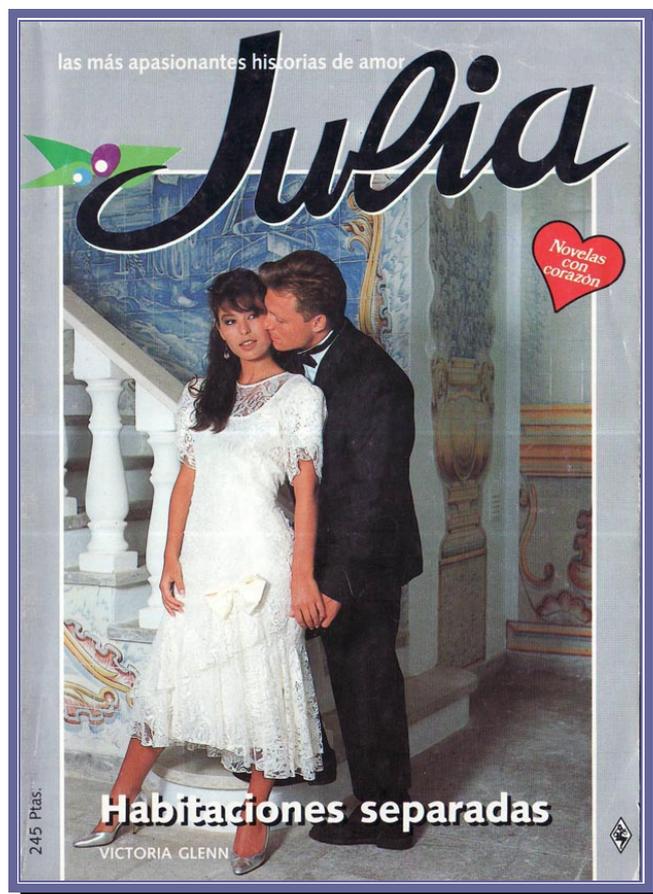


Habitaciones separadas

Victoria Glenn



Habitaciones Separadas (1991)

Título Original: The tender tyrant (1989)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Julia 415

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Seth Garrison y Jennifer Ramsey

Argumento:

Jennifer Ramsey debía encontrar un marido rápidamente. Así lo establecía una cláusula del testamento de su padre... ¿y qué mejor partido que Seth Garrison? Al fin y al cabo, era un hombre digno de confianza, un amigo de la familia con el que ella podía contar para establecer «un matrimonio solo de nombre». Sin embargo, no esperaba que Seth aceptara tan complacido su proposición. Esto hizo a Jennifer preguntarse cuáles serían sus verdaderas intenciones.

Capítulo 1

Todos sabían que Seth Garrison tenía hielo en las venas, símbolos de dólar en los ojos, y el sentido del humor de una alcachofa. Por otro lado, se trataba de una emergencia y era el único hombre en el que Jennifer Ramsey podía confiar. De modo que ella le expuso la propuesta claramente, junto con todos los detalles legales y financieros... y se encontró ante unos ojos azules y gélidos llenos de incredulidad.

— ¿Quiere que haga, qué? — exclamó en el despacho, absolutamente perplejo.

Era la primera vez en los doce años que se conocían que levantaba la voz y mostraba algo más que la más leve traza de emoción. Jennifer también estaba bastante asombrada.

— Quiero casarme con usted — repitió ella.

— La acústica de mi oficina debe tener algún fallo — dijo Seth Garrison, quitándose las gafas con ademán pausado —. Me ha parecido oír una proposición de matrimonio.

— La acústica es perfecta — replicó Jennifer.

Al principio todo parecía sencillo e impersonal... En ese momento ya no estaba muy segura.

— Si es una broma, no me hace mucha gracia.

— ¿Acaso me estoy riendo? Ya le he explicado las circunstancias.

— Sí que lo ha hecho.

— Y, bueno, reconozco que la situación es un poco rara.

— Eso es lo menos que puede decirse.

Jennifer se vio embargada por una extraña incomodidad. ¿Qué le habría hecho creer que la tarea sería fácil? Pero no tenía elección. Oliver Ramsey se había asegurado de ello. Los términos de su testamento eran muy concisos. No hay matrimonio, no hay herencia. Todo quedaría a cargo de Charlotte, y esa posibilidad le daba escalofríos.

— ¿No me ayudarás a salir de este embrollo?

— ¿Por qué?

— Para empezar, obtendría unos beneficios sustanciales.

— Soy bien consciente de las ventajas económicas de tal... de tal acuerdo. Pero no ha respondido a mi pregunta.

— Ya se lo he explicado. El documento es claro como el agua. Mis abogados me han explicado que, de no cumplir con todos los requisitos, las propiedades quedarían bajo el control de mi madrastra.

El hombre comenzó a doblar un clip entre las manos.

— Me doy cuenta de ello, pero sigue sin ser una respuesta.

Jennifer lo miró con curiosidad. ¿Qué respuesta querría oír?

– ¿Qué más necesita saber? Se lo he explicado todo. Si no me caso dentro...

– Seré más específico. ¿Por qué yo? – la interrumpió Seth, doblando más y más el fino hilo metálico –. De todos los hombres que podría haber preguntado, ¿por qué me eligió a mí?

– Esa es una extraña pregunta – replicó ella, anonadada por completo.

– En absoluto. Es una pregunta muy sensata – Seth levantó la vista de repente –. Hay infinidad de hombres que reúnen los requisitos del testamento de Oliver – se volvió hacia la ventana, contemplando el tráfico del bulevar de Santa Mónica, dieciséis pisos más abajo –. Hombres más jóvenes y... mucho más atractivos – hizo una pausa –. Más de tú gusto, Jennifer.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre; al menos, así lo recordaba, y se aclaró la garganta con nerviosismo desacostumbrado en ella.

– No sé lo que supone que pretendo, señor Garrison. Como ya le he dicho, de matrimonio sólo tendría el nombre, para cumplir con la ridícula cláusula del testamento de mi padre. En el fondo, se trata de un simple negocio.

– Pero, ¿por qué yo? – insistió Seth, volviéndose hacia ella –. Prácticamente, podrías haber elegido a cualquier hombre de esta ciudad.

En realidad, Jennifer nunca había pensado en Seth Garrison como un hombre hasta ese mismo instante. Debía tener unos treinta y seis o treinta y siete años; sin embargo, parecía casi el mismo que había sido en la década de sus veinte. Sus gafas de concha de tortuga, su traje conservador, e incluso el estilo de su corte de pelo castaño, corto, permanecían invariables. Oh, quizás la línea cínica de su boca parecía más profunda, y había un cierto cansancio en sus ojos pero, en general, el tiempo no había pasado por él. Era uno de los socios de mayor confianza de su padre y, hasta hacía poco una presencia constante en la laberíntica hacienda de Bel Air. Jennifer lo conocía desde que tenía trece años; sin embargo, él nunca se había entrometido en su vida. Las escasas ocasiones que le había dedicado alguna atención, siempre se comportó con la formalidad educada de un maestro con un nuevo alumno. «¿Cómo está esta mañana, señorita Ramsey?», o «Espero que se haya divertido esta Semana Santa, señorita Ramsey». Jennifer no acababa de comprenderlo bien pero, con su dilema presente, todos los instintos le decían que era el hombre con el que podía contar.

– ¿Por qué yo? – insistió Seth, en un tono más suave.

– Porque confío en usted – respondió ella simplemente, y reinó el silencio por unos momentos.

– Confía en mí, ¿en qué sentido?

– Papá siempre decía que era honrado y recto en todos sus negocios. Se que no se aprovecharía de la situación.

– ¿Aprovecharme? – preguntó el hombre extrañado –. ¿Cómo iba a aprovecharme?

Jennifer se encogió de hombros.

– Hay gran cantidad de dinero en juego...

– No me refiero al dinero – la interrumpió Seth, y ella arqueó las cejas en ademán de curiosidad.

– Entonces, ¿de qué está hablando, señor Garrison?

Seth se puso en pie, elevándose a su metro ochenta y tantos de estatura, y rodeó el escritorio de roble resplandeciente con parsimonia. Se apoyó en el borde del mismo y bajó la vista hacia Jennifer. Sus ojos azul plateado recorrieron el cabello de aquélla, largo y aclarado a mechas por el sol, su vestido de angora rosa claro, y descansaron unos instantes en sus piernas largas y bronceadas.

– ¿De qué estoy hablando, señorita Ramsey?

Antes de aquel día, Jennifer no podía recordar una sola ocasión en la que el hombre le hubiera echado algo más que una mirada superficial. Tenía la impresión de que acababa de vislumbrar a otra persona tras el sosegado Seth Garrison de toda la vida. Aquella nueva sensación la hizo sentirse incómoda, una curiosa turbación que prefirió ignorar.

– No tengo la menor idea – le contestó.

– En ese caso, ¿para qué ha venido?

Jennifer levantó los ojos hacia él. Una súplica sutil se reflejó en sus grandes ojos avellanados.

– No puedo recurrir a nadie más.

– Eso no me parece del todo cierto.

– No hay nadie más a quien quiera recurrir.

Seth aspiró bruscamente.

– Jennifer... No... Mi respuesta es no.

Ella se tragó el orgullo y volvió a suplicar.

– Por favor, cambie de opinión. Necesito su ayuda.

Por unos momentos, Seth permaneció en silencio, su rostro duro, impenetrable. No había ninguna calidez en su mirada.

No era lo que Jennifer se esperaba... ¡en absoluto!

– Me encuentro en una situación muy grave, señor Garrison. ¿No piensa reconsiderar su postura?

– No. No puedo casarme con usted – replicó él con sequedad.

Jennifer se quedó de piedra. Una negativa tajante era lo último que se esperaba. Aunque no sentía el menor interés por Seth Garrison, inexplicablemente, su rechazo le escoció y se le llenaron los ojos de lágrimas.

– No comprendo...

– Evidentemente, hay muchas cosas que no comprendes.

Jennifer no salía de su asombro. ¿Cómo podía un hombre de negocios frío e inteligente rechazar un negocio de millones? Charlotte saldría ganando, era tan abiertamente depravada y codiciosa que ni siquiera se había molestado en hacer el papel de viuda afligida. ¿Cómo podía permitirse que sucediera algo tan impensable?

– ¿Y qué puedo hacer? – murmuró, conteniendo lágrimas de pura frustración, mirando con expresión sombría la moqueta.

Seth observó la lágrima que resbalaba por una de sus mejillas y, frunciendo los labios, sacó un pañuelo del bolsillo de su caro traje de algodón.

– Oh, maldita sea – musitó entre dientes, dejando el pañuelo en las manos de Jennifer.

– Diez millones de dólares es una oferta al menos digna de tener en cuenta – dijo, enjugándose los ojos. Se sentía muy desgraciada.

– Debes darte cuenta que la oferta está completamente fuera de la cuestión.

– ¿Por qué?

– Porque tu propuesta es irrealizable.

Sin ser advertido, Seth contempló su pelo rubio y brillante. Pensó en lo bonito que estaba iluminado por los rayos de sol que entraban por la ventana.

Jennifer seguía mirando la moqueta.

– Podría mejorar la oferta, incluyendo quizás un paquete de acciones.

– No, gracias. No aceptaré – repitió él en tono brusco.

– Siento que considere tan repugnante la idea de casarse conmigo, señor Garrison.

– ¿Repugnante? – repitió Seth, y se quedó mirándola con expresión de incredulidad –. ¿Repugnante? ¿Es eso lo que crees, Jennifer?

– ¿Qué otra cosa puedo pensar? – replicó ella, devolviéndole el pañuelo mojado de lágrimas, aún más desconcertada que antes por el hecho de que la hubiera tuteado por segunda vez. Siento haberle puesto en una situación tan incómoda.

– ¡Por todos los cielos! ¿De dónde has sacado una idea tan absurda?

– ¿Tan ridícula es, señor Garrison?

– Te diré una cosa que es bastante absurda: Llámame «Señor Garrison».

– Siempre lo había llamado así y nunca había protestado.

– Nunca me habías propuesto matrimonio – replicó Seth, divertido.

El sentido del humor era otra cualidad de la que Jennifer le creía carente, y sacudió la cabeza asombrada.

– ¿Qué me dice?

– Te digo que ya es hora de que empieces a llamarme Seth. Por cierto, es algo que debería haberte pedido hace mucho tiempo.

– Señor Garrison, realmente no creo que...

– Seth.

– Seth – dijo ella tras lanzar un suspiro, y el nombre le sonó extraño en los labios—. Hablaba sinceramente al decir que sentía haberte puesto en una situación violenta – dijo resignada, levantándose del sillón—. Siento haber malgastado tu tiempo.

– Espera – dijo él cogiéndola de la mano.

Jennifer se sorprendió un poco más. Donde esperaba una mano fría, se encontró ante una cálida y firme.

– No, de verdad. Estoy segura de que tendrás otras reuniones.

– ¿Te importaría esperar un momento?

Al ponerse de pie, Jennifer quedó a escasos centímetros de Seth, que seguía apoyado en el borde del escritorio. El rostro de él se cernía sobre el suyo.

– Lo mejor será que me vaya.

Pero Seth llevó la mano libre sobre uno de sus hombros, deteniéndola con firmeza.

– Jennifer, ¿qué debo hacer para que te estés quieta?

A través del suave tejido, ella podía sentir su fuerza cálida y deliciosa.

– Supongo que lo estás haciendo.

Era una curiosa sensación estar tan cerca de Seth Garrison, que la estuviera tocando de una forma, ¿cómo describirlo? Casi posesiva. Tras años de mostrarse como un desconocido reservado y enigmático, el hombre casi parecía humano.

– ¿Te pongo nerviosa?

– Claro que no – contestó ella, pero no era del todo cierto. Seth estaba produciéndole una sensación sin lugar a dudas, algo que ella no tenía palabras para describir.

– Entonces, ¿por qué no me miras a los ojos, Jennifer?

– No me pones nerviosa – insistió ella tercamente, incapaz de sostener su penetrante mirada.

Se suponía que ese hombre debía ser el aburrido y sombrío Seth Garrison. En cualquier caso, ¿desde cuándo lanzaba miradas penetrantes?

– Mirame, Jennifer – le pidió el con dulzura.

– Estoy mirándote.

De mala gana, llevó la vista hacia sus ojos, en cuyas profundidades plateadas vio algo que no acababa de comprender, algo que no había visto nunca anteriormente.

—¿Sabes por qué Oliver estableció esa cláusula en su testamento? —preguntó Seth de pronto, y Jennifer bajó las pestañas antes de responder con evasivas.

—¿Eso ahora qué importa?

—Oh, por supuesto que importa. Y mucho. ¿Te importaría decirme por qué la puso?

¿A quién se creería que estaba engañando aquel tipo?, se preguntó irritada. Debía conocer muy bien las intenciones de su padre desde hacía mucho tiempo. Como mínimo, debía tener una vaga idea. Hasta dos años antes, Seth Garrison había sido el confidente más íntimo de Oliver Ramsey. Si alguien comprendía las motivaciones que había tras los numerosos planes y disposiciones de su padre, ése era el señor Seth Garrison.

—Creo que ya lo sabes muy bien.

—Tal vez tengas razón. No sirve de nada intentar adivinar las segundas intenciones de Oliver. Fueran cuales fueran sus motivos, poca diferencia supondrán por el momento.

Jennifer tenía la sensación de que estaba equivocado, pero, ¿qué importaba? Seth Garrison había decidido no insistir en el tema y ella se sentía aliviada por ello. Ciertas cosas, sencillamente, son demasiado personales. Demasiado dolorosas. Casi podía oír la voz de su padre. «¿Cuánto tiempo piensas continuar lamentándote por Kevin? Tienes que dejar de preocuparte, Jenni».

Tan cerca de Jennifer, Seth podía darse cuenta de lo que estaba pasando. Nadie sabía lo bien que comprendía su soledad y sufrimiento. Nadie sabía cómo había ido advirtiendo los cambios en la hija de Oliver a lo largo de los años. Y lo había advertido todo.

Recordó cuando la vio por primera vez, una niña sonriente con una enorme bola de chicle en la boca. Estaba junto a la piscina de exquisito diseño, escuchando música disco a todo volumen de una radio gigantesca, y se quedó mirándolo con una mezcla de curiosidad y desdén. Seth había crecido rodeado de adultos, y no sabía nada de nada sobre niñas, y menos aún cómo hablarles. Había ocurrido una semana después de que cumpliera veinticuatro años, y sentía toda la superioridad que daba un título con mención *suma cum laude* de una escuela financiera sobre una cría.

—¿Qué tal está, señorita Ramsey? —le había dicho, extendiendo la mano educadamente—. Yo me llamo Seth Garrison, y he venido a trabajar para su padre.

La niña siguió mirando al hombre desgarbado y moreno del traje tan formal, y luego hizo con el chicle el globo más grande que había visto en su vida. ¡Qué conducta tan indigna para una hija de Oliver Ramsey! Todavía sonreía al recordar aquel increíble globo.

En los años que siguieron, simuló ignorar a la descarada adolescente, pero lo cierto era que la envidiaba. Era encantadora, feliz y querida por la gente que la rodeaba. La felicidad se suponía contagiosa, pero a Seth sólo le sirvió para ser más dolorosamente consciente de sus propias deficiencias. Luego, observando cómo la adolescente se convertía en una atractiva mujer, un sentimiento muy diferente a la

envidia brotó en su corazón. Ni siquiera en ese momento podía describirlo con palabras. Ni siquiera se atrevía a considerar qué era.

La recordó años después junto a la misma piscina, sólo que luciendo un largo vestido azul y con un ramo de flores. ¡Baile universitario de gala en Beverly Hills! Su belleza impactó a Seth de lleno, con la fuerza de una taladradora. Jennifer Ramsey parecía una princesa posando para el fotógrafo de la familia con su príncipe, los dos jóvenes, con sus caras radiantes de expectación y alegría...

Seth deseó sentirse superior. Después de todo, tales juegos infantiles estaban por debajo de la dignidad del discreto Seth Garrison. Pero la verdad era que sintió un extraño dolor. El vacío que arrastraba se acrecentó, se hizo más sombrío. La risa de la joven pareja mientras posaba feliz era música flotando en el aire de la noche. Él era joven todavía pero, de repente, la música le hizo sentirse viejo y solo.

Más tarde cambió la música, cuando el joven príncipe de cara sana y fresca murió en un accidente en la autopista de Malibú. Desde entonces Jennifer Ramsey, la princesa del cuento, no volvió a sonreír demasiado. Y las pocas veces que lo hacía, no era la misma sonrisa de la noche de la fiesta. Ya habían pasado casi siete años desde el accidente de Kevin. Los miedos que le confesó Oliver Ramsey respecto a su hija resultaron bien fundados. Seth sabía muy bien la razón que lo había empujado a establecer una cláusula tan extraña en su testamento. Conociendo a Oliver, a Seth no le pareció tan raro. Sí, existía una lógica sorprendente e inevitable en la situación. Los dos hombres la observarían sin ser vistos cuando se sentaba en el jardín con expresión de languidez, o cuando se perdía su mirada durante la cena.

—Tengo que decirte algo sobre mi hija —soltó Oliver de repente cuando estaban solos—. Debo asegurarme de que no acaba sola.

Y Seth lo escuchaba en silencio. ¿Qué podía hacer sino asentir con cara de aprobación? Pero, para sus adentros, se decía que ni siquiera el gran Oliver Ramsey podía hacer nada para curar la infelicidad de su hija. Con el paso del tiempo, la chica tal vez superase su aflicción... si tenía suerte. Deseaba poder hacer algo, algo que le devolviera la alegría a su rostro juvenil. Sin embargo, Seth Garrison era realista. Sabía que era la última persona del mundo que llevaría una sonrisa al rostro de nadie, y menos aún al de una jovencita. Sabía cómo hacer dinero, pero sabía muy poco sobre la gente. Aún así, si hubiera estado en su mano, habría dado cualquier cosa por llenar de nuevo la vida de Jennifer.

La voz temblorosa de la mujer interrumpió sus pensamientos.

—Como ya te he dicho, siento mucho haberte puesto en una situación tan embarazosa, Seth.

Sobresaltado por la repentina vuelta al presente, él se quedó mirándola. Jennifer había cogido el bolso y se dirigía hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó en un volumen poco usual en él—. ¿Me harás el favor de esperar un minuto?

Jennifer se detuvo y lo miró desconcertada.

—¿Sí?

«Me ha llamado Seth», estaba pensando él. Le había tuteado sin que tuviera que pedírselo otra vez. Sonaba tan extraño, tan bien... Y, más importante aún; habiendo superado la conmoción inicial provocada por su petición, sabía muy bien cuál sería el próximo paso que daría.

– Acerca de tu propuesta...

Jennifer estaba junto a la puerta, avergonzada.

– Has dejado muy claro lo que piensas. Olvida que he venido aquí.

– ¡Jennifer!

– ¿Qué quieres? – preguntó ella en tono vacilante, y Seth se aclaró la garganta.

– He reconsiderado mi postura cuidadosamente y me gustaría aceptar tu proposición.

– ¿Quieres decir que lo harás? – dijo Jennifer, con los ojos como platos de felicidad y asombro.

Su alivio resultaba tan conmovedor que Seth tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impertérrito, o al menos simularlo.

– Como viejo amigo de tu padre que soy, me siento responsable de ayudarte en estos momentos difíciles – afirmó con frialdad.

Sin pensárselo, Jennifer le dio un abrazo.

– ¡Gracias, mil gracias! ¿Qué otra cosa puedo decir?

Por un instante, Jennifer advirtió que se ponía tenso.

– No tienes por qué dármelas – dijo Seth con voz extraña, y Jennifer se apartó de él rápidamente.

– Bueno, yo quiero... quiero dártelas de todos modos – balbuceó, y sobrevino un violento silencio—. Y ahora, ¿qué haremos?

Con cierto esfuerzo, Seth adoptó de nuevo su vieja expresión indescifrable.

– Lo mejor, supongo, será que se reúnan nuestros abogados para discutir los detalles del acuerdo – se sintió incapaz de mirarle los ojos—. También pueden ocuparse de la organización de la boda, a menos que desees ocuparte de ella personalmente.

La boda. «Mi boda», pensó Jennifer. Años antes había fantaseado, soñando con cómo sería un día tan señalado. Pero esas fantasías pertenecían a otra chica, no a Jennifer Ramsey. Se asomó al ventanal de la oficina, que llegaba desde el techo hasta el suelo. En la distancia podía ver los verdes prados del club de campo de Los Ángeles.

– No tiene importancia – respondió con tristeza—. Que se encarguen de todo los abogados.

Seth frunció los labios y guardó silencio unos momentos. Finalmente, se apartó de Jennifer y se dirigió al escritorio.

–Entonces, todo resuelto –replicó al fin, mirando la consola del teléfono—. Estaré en contacto contigo.

–Gracias otra vez, Seth.

–Olvidalo –dijo él bruscamente.

Jennifer lo observó un momento desconcertada. Luego, dejando escapar un suspiro, se dirigió hacia la puerta y cerró con al salir.

Seth Garrison levantó la vista lentamente del escritorio. Se quedó mirando la puerta cerrada largo rato...

Capítulo 2

Hasta hacía dos años, Jennifer había considerado como su hogar la mansión estilo Tudor en las colinas sobre Sunset Boulevard. Algo más que un hogar en realidad. Aquellos siete acres sosegados, cubiertos de árboles no sólo rodeaban la casa donde había crecido, sino mucho más. La casa constituyó una fortaleza serena, una barrera contra todas las cosas desagradables del mundo. Estaba a cinco minutos en coche de la Universidad de California en Westwood, un recorrido cotidiano en su vida desde que dejó el instituto. Su vida se alternaba entre la casa y la universidad, y rara vez iba a alguna otra parte.

Al principio, su padre parecía encantado con su proximidad. Era una tranquilidad para un hombre tan rico y poderoso saber que su única hija se encontraba casi a la vista, sana y segura. El mundo podía resultar un lugar peligroso e imprevisible, sobre todo para la hija de Oliver Ramsey III. Era un hombre acostumbrado a los riesgos que a menudo acompañan a la fama y el éxito. Comenzando con la inmensa fortuna derivada del imperio editorial Ramsey, Oliver se había expandido a negocios aún más grandes, utilizando su característico toque de Midas. En ese momento el imperio poseía desde un estudio de cinc hasta considerables porcentajes de capital en empresas de ordenadores y alimentos congelados. Tenía incluso una compañía aérea de vuelos locales. Pero una adquisición en particular del multimillonario resultó, no sólo imparcial, sino también extremadamente perturbadora. A la edad de sesenta y cinco años, Oliver Ramsey adquirió una nueva esposa. Y su elección resultó tan imprevisible y sorprendente como el mismo Ramsey: Charlotte DeLeon, una actriz de cine treinta años más joven que él.

Incluso en ese instante, mientras conducía en dirección a su casa, después de su encuentro con Seth Garrison, Jennifer recordaba la amargura de las primeras semanas tras la aparición en escena de la nueva señora Ramsey, cuando comenzó a transformar su casa acogedora y tranquila en un campo de batalla. Charlotte era atractiva y encantadora sin duda, pero la suya era una belleza superficial. Y, en cuanto al encanto, se evaporaba rápidamente en presencia de personas que no le interesaban. Y su hijastra formaba parte de ese grupo. Las dos mujeres nunca intentaron disimular su mutuo desagrado. En poco más de un mes, Jennifer se marchó de su casa para instalarse en un apartamento. No mucho después, Seth Garrison dejó de ser la mano derecha de su padre para fundar su propia empresa en Beverly Hills. Si la separación había sido amistosa o no, Jennifer no tenía la menor idea. Lo que sí sabía era que, aparte de aquel día, no había visto a Seth en dos años, desde el día del funeral de su padre.

Jennifer dobló por una tranquila avenida con palmeras alineadas en las aceras y frenó ante un edificio de estuco de cuatro pisos. Pulsó el botón que abría el garaje automáticamente y esperó a que se elevara la puerta metálica; luego condujo el coche hasta el aparcamiento subterráneo.

En el silencio del garaje en penumbras, se quedó sentada en el coche, pensativa. No tenía prisa, ningún lugar donde ir. No tenía ninguna razón para hacer nada

excepto quedarse pensando allí. El último mes había sido el peor de su vida. Ella suponía que nunca volvería a experimentar tanto dolor como cuando murió Kevin. Y estaba muy equivocada. Aquí estaba otra vez el amargo rechazo, seguido por un crudo dolor y luego el inevitable vacío.

Por fin, de mala gana, Jennifer salió del coche y se dirigió hacia el vestíbulo del edificio. Una vez en su cómodo apartamento de tonos relajantes, encendió el estereo y procuró no pensar en nada, pero la paz seguía eludiéndola. La semana anterior a la muerte de su padre, Jennifer había entregado su tesis doctoral sobre Literatura Antigua Norteamericana. Hasta entonces, la investigación y el estudio habían ocupado su tiempo y sus pensamientos. Pero en ese momento no tenía nada que la distrajera de las crudas realidades de su situación. Oliver Ramsey, el ancla amada de su vida, se había ido, dejando atrás un legado inquietante. Hizo una mueca, recordando la expresión asombrada de la bella Charlotte mientras las dos estaban en el despacho del abogado viendo una lectura en vídeo del testamento.

«¿Se ha vuelto loco?», siseó la actriz al oír las cláusulas del testamento. «¿Esperaba que me conformara con unos cuantos millones asquerosos mientras tú te llevas todo lo demás? ¿Y tú, princesita, crees que soy tan estúpida?»

Había sido una escena extremadamente amarga. Hasta los abogados de Oliver se quedaron atónitos al oír las palabras de la ambiciosa Charlotte. ¿Qué diría su madrastra cuando se enterara de que iba a contraer matrimonio? Jennifer frunció los labios y se dirigió a la cocina para coger un refresco. Charlotte se subiría por las paredes de rabia, pero la verdad era que a Jennifer no le importaba. Tenía problemas más complicados que debía afrontar. Apoyada en la barra de desayunar, por fin la impactó su encuentro con Seth Garrison.

— ¡Voy a casarme dentro de unos días con un hombre al que apenas conozco!

Pensar en la situación daba un poco de pavor. «Nuestros abogados se encargarán de todo». ¿No le había dicho eso a Seth? Sin duda debería firmar montones de documentos, y a continuación la boda, la cual esperaba que fuera breve y tranquila. Pero nadie, ni siquiera los abogados, esperarían que renunciara a su intimidad. Por otro lado, aunque de matrimonio sólo tuviera el nombre, era perfectamente lógico que tal vez esperaran que hicieran el papel de la devota esposa, sobre todo en un lugar como Beverly Hills. Seth Garrison era un afamado hombre de negocios, y Jennifer era consciente de que no le quedaría otro remedio que asumir muchas responsabilidades sociales.

Bueno, decidió, suspirando resignada, una aparición ocasional en una función benéfica o en una cena de negocios tampoco la mataría. Aun así, era duro creer que iba a convertirse en la mujer de Seth Garrison. La situación resultaba ridícula. El pobre Oliver había obrado de buen corazón, Jennifer lo sabía, pero la situación en la que la había puesto era absurda. Su padre creía sinceramente que una mujer no podía encontrar la felicidad hasta que se estableciera con un marido y una familia.

Seth Garrison. De todas las sorpresas recientes, su conducta había sido la más desconcertante de todas. El hombre había demostrado cierto grado de calidez. Por supuesto, todo podrían ser imaginaciones suyas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por los pitidos del teléfono.

– Jennifer...

– Oh, señor Garrison.

– Soy Seth, ¿o tenemos que discutir este asunto otra vez? – replicó él impaciente.

– Seth – repitió Jennifer, todavía poco acostumbrada a esa nueva confianza.

Era de lo más extraño que, con toda su experiencia en el trato social, se sintiera tan turbada ante la presencia o la mera voz de un hombre al que conocía de toda la vida prácticamente. Y, ahora que iba a casarse con él, mejor haría en dejar de pensar en él como el señor Garrison, aunque de matrimonio sólo fuera a tener el nombre.

– Me gustaría que nos viéramos esta noche – dijo Seth.

– ¿Por qué?

– ¿Tiene que haber una razón? – replicó él con cierto deje de malhumor, y el miedo hizo presa de Jennifer.

– ¿Acaso pretendes decirme que has cambiado de opinión?

– ¿Acerca de qué?

– Lo sabes muy bien. ¿Es tu forma de hacerme saber que has tenido tiempo para reconsiderar el asunto y has decidido dar marcha atrás?

– ¿Es eso lo que piensas?

– Bueno, ¿me equivoco? – replicó Jennifer, la tensión la tiente en la voz.

– ¿Te molestaría que hubiera cambiado de opinión?

– Esa no es una respuesta.

– Aquella tampoco era una verdadera pregunta. Por supuesto que no he cambiado de opinión. No seas ridícula, Jennifer.

Sobrevino un pesado silencio.

– Muy bien – dijo ella, suspirando –. Comencemos desde el principio. ¿Decías que querías verme esta noche?

– Esa era la idea, sí.

– Para hablar de... de esta cosa, supongo.

– Esta cosa, como tú la llamas, es una boda. Soy consciente de que se trata de un mero acuerdo legal, pero tampoco es necesario que hables con tanta frialdad sobre ella.

Jennifer se quedó desconcertada. Era bastante duro que, de entre toda la gente, Seth Garrison la tachara de frío.

– ¿Preferirías que me mostrara romántica o soñadora? – replicó a la defensiva.

– Ciertamente, no. En la vida me gustaría que fingieras respecto a tus sentimientos o la falta de ellos. Simplemente, sé tú misma – Seth vaciló un

momento—. Si quieres que te diga la verdad, medio esperaba que tú hubieras cambiado de opinión respecto a la boda.

—¿Yo? ¿Quién es el ridículo ahora, Seth? ¿Por qué iba a cambiar de opinión?

—Hay otros hombres —contestó él en un tono extraño—. Me imaginé que, al tener tiempo para pensar...

—Oye, un minuto —le interrumpió Jennifer—. ¿Acaso es ésta tu manera diplomática de echarme atrás? Porque, si te arrepientes de haber tomado una decisión tan precipitada, lo comprenderé. Quiero decir, ¿y si tienes novia? Nunca me paré a considerar esa posibilidad.

Oh, Señor, ¿cómo podía haber sido tan estúpida? Nunca se le había ocurrido...

—¿Te importaría callarte un minuto, Jennifer? Por centésima vez, no he cambiado de opinión. Y, en cuanto al otro asunto, ¿crees sinceramente que habría considerado la posibilidad de casarme contigo, aunque sólo fuera sobre el papel, si estuviera relacionado con otra mujer? ¿Qué clase de persona supones que soy?

—Es sólo que supuse...

—Deja de suponer, Jennifer Ramsey. Así de sencillo. Ahora, ¿me dejarás explicarte el motivo de mi llamada? Hay ciertos detalles que preferiría discutir contigo en persona.

—¿Por ejemplo?

—Mi abogado acaba de llamarme. Al parecer, nuestros abogados ya han puesto en marcha los papeleos. En cualquier caso, preferiría explicártelo en persona, si por casualidad estás libre esta noche.

—Por supuesto que estoy libre. ¿Qué podría tener que hacer?

—Pensé que tal vez estarías citada con alguien.

—¿Ahora quién está haciendo suposiciones? ¿Qué clase de persona supones que soy yo, Seth Garrison?

Por un momento, el hombre al otro lado de la línea pareció desconcertado; luego lanzó una breve carcajada.

—*Touché.*

Acordaron salir a cenar. Seth sugirió un lugar tranquilo que los dos conocían y dijo que pasaría a recogerla a las ocho y media.

Jennifer no sabía muy bien qué ponerse para la cena. No era una cita sentimental y tampoco una reunión de trabajo estrictamente. Jennifer deseaba una atmósfera desenfadada sin pecar de excesiva informalidad. Al final, se decidió por una minifalda gris de algodón y un suéter blanco de cuello vuelto. Se calzó unas botas grises de piel y se recogió su larga cabellera en una coleta. Echó una mirada a su reloj medallón de plata, un preciado regalo de la infancia, y esbozó una sonrisa al ver que eran las ocho y veintinueve. Estaba convencida de que Seth Garrison sería absolutamente puntual. No llegaría ni un minuto antes, ni uno después.

Jennifer disponía de unos momentos para reflexionar sobre la situación. Se sentía un tanto tímida ante Seth Garrison, pero no era ése el único motivo de su reticencia con respecto a la cena. Hacía mucho tiempo que no salía a cenar. Tan sólo de vez en cuando iba al cine con sus amigos. Salir de copas o a cenar constituían actividades que no le habían interesado demasiado en los últimos tiempos. Su padre había llegado a afirmar que iba por buen camino si deseaba convertirse en una persona aislada e insociable. Su problema era que no encontraba mucha gente a la que sólo le interesaba su amistad. A menudo, cuando la gente descubría quién era su padre, se aprestaba a conseguir una entrevista con él por todos los medios. Jennifer suspiró. Creciendo en Beverly Hills, los hijos de los poderosos adoptaban en general dos estilos de conducta. Se dedicaban a las relaciones sociales y aparecían en las revistas un día sí y otro también, o se hacían tan invisibles como les era posible. Dependiendo de la confianza en sí mismos que tuvieran, podían triunfar siguiendo cualquiera de los dos caminos. Jennifer había pasado por las dos fases, y a la larga había optado por una postura intermedia.

Jennifer se encogió de hombros, ajustándose el cuello escotado del suéter. En realidad, podría resultar un alivio pasar un rato en compañía de Seth. Le recordaba los buenos tiempos, antes de que su padre contrajera matrimonio con Charlotte. Nadie había conocido tan bien a Oliver como ella, excepto Seth. Inesperadamente, una lágrima resbaló por una de sus mejillas. Bueno, en cierto modo resultaba un consuelo cumplir con los últimos deseos de su padre. Y sin duda él habría considerado a Seth un candidato perfecto para el puesto de yerno. Aunque sólo iba a ser un matrimonio de conveniencia, ella no podía dejar de admitir que con el extraño giro de los acontecimientos, Oliver Ramsey estaba saliéndose con la suya después de todo.

Sonó el timbre del telefonillo. Las ocho y media en punto. A pesar de sus pensamientos agrídulces, Jennifer esbozó una pequeña sonrisa; luego pulsó el botón para abrir el portal. Poco después apareció en la puerta, luciendo el mismo traje que llevaba antes, tan limpio y pulcro como siempre. Jennifer se preguntó si el hombre, como los demás seres humanos, se arrugaría alguna vez la ropa.

Se quedó allí parado unos momentos, observándola en silencio.

—Hola, Jennifer —dijo, observando el suéter holgado y la minifalda brevemente, pero sin perder detalle—. Estás muy...

—¿Presentable?

—Más bien era *atractiva* el adjetivo que tenía en mente.

—Oh.

Jennifer se sonrojó un poco, pues no estaba acostumbrada a oír piropos de Seth Garrison. Desde aquella tarde, se había visto forzada a mirarlo bajo un punto de vista diferente por completo. Cuando dio un paso adelante por el pasillo, Jennifer advirtió que algo había cambiado en el ambiente.

—Tienes un apartamento precioso —afirmó Seth, observando el juego de tonos suaves, el sofá y los cojines estampados, los muebles de madera natural...

Diversos carteles de museos adornaban las paredes. Seth se ajustó las gafas, contemplando uno de ellos.

– Vi esa exposición de Van Gogh.

– Fue estupenda.

Seth asintió.

– Pintó todos los cuadros en el último año de su vida... en menos de un año, en realidad. En unos cuantos meses, vertió todo su talento y sentimientos en esos lienzos. Podía apreciarse su estado de ánimo durante ese tiempo en que la vida se le escapaba de las manos –Seth hizo una pausa, algo avergonzado–. No quería aburrirte con tanta charla.

–No me has aburrido. No tenía la menor idea de que eras aficionado a la pintura.

Era ciertamente grato comprobar que Seth Garrison disfrutaba hablando de un tema diferente al de las altas finanzas.

–¿Tanto te sorprende, Jennifer?

– Bueno...

– Apuesto a que hay otras muchas facetas de mí que te sorprenderían –Seth observó a Jennifer con la expresión impenetrable–. ¿Vamos a cenar?

Marcelo's era un restaurante poco pretencioso, pero caro, situado en las afueras de Beverly Hills. La iluminación era suave y daba al lugar un aire íntimo, elegante. A diferencia de otros establecimientos más modernos, con sus decoraciones de alta tecnología y ruido, Marcelo's pertenecía a lo más tradicional de Los Ángeles. Tenía moqueta oscura, paredes de madera añeja, y no había música moderna a todo volumen ni constantes golpes de vasos y vajillas que interrumpieran o ahogaran las conversaciones. Gozaba de un ambiente silencioso y tranquilizante. Jennifer se sintió relajada en el instante en que se sentó en una de las mullidas banquetas de piel.

Seth esperó a que Jennifer probara el vino antes de comentar a hablar en tono pausado.

– Tengo un amigo llamado Harold Helmer. Es juez del tribunal Supremo, y...

Ella dejó la copa en la mesa y lo miró con curiosidad.

–¿Y?

Seth la miró fijamente.

– Ha aceptado celebrar la ceremonia el domingo por la tarde.

–¿Este domingo? –preguntó Jennifer, atónita.

– Así es. ¿Es una fecha conveniente para ti?

– Eh... sí, por supuesto – balbuceó –. Es sólo que todo parece suceder tan deprisa.

– Tú insististe en que la rapidez era esencial – la recordó Seth fríamente.

– Lo sé, pero...

– Y, al parecer, los abogados de Oliver piensan de forma muy parecida. Le han dicho a mi abogado que Charlotte ha iniciado ciertas acciones legales truculentas. Cuanto antes cumplas con los requisitos del testamento, más sencillo les resultará abortar cualquier iniciativa maquiavélica de Charlotte.

– Ya. Así que nos casaremos el domingo... Me parece... bien.

– Ahora me toca preguntar a mí. ¿Estás reconsiderando todo este asunto?

– ¡Claro que no! – respondió Jennifer acaloradamente –. ¿Por qué piensas una cosa así?

– Porque sé que este pequeño «contratiempo» no es lo que tenías pensado para tu vida ahora mismo.

– Yo también estoy segura de que no es lo que tenías previsto en tu agenda social tampoco.

– Pareces muy segura respecto a eso.

– Por supuesto que lo estoy. Para ser sincera, siempre me pareciste de los que no se casan.

– Fascinante. Puedo ver que hay algunas concepciones erróneas sobre mi persona que deberé aclarar.

– ¿Quieres decir que estoy equivocada?

– ¿Qué te hace pensar que no me interesaría una relación permanente con... con la mujer adecuada?

Jennifer esbozó una vaga sonrisa.

– Bueno, en cierta forma, tú mismo te has respondido. La mujer adecuada. Según la mayoría de los hombres, ese estereotipo es prácticamente imposible de encontrar.

– ¿Y tú qué opinas?

Ella se encogió de hombros.

– Por supuesto. Sólo echa una ojeada a las estadísticas. Hay millones de mujeres inteligentes y atractivas, pero faltan suficientes hombres para todas.

– No estoy de acuerdo.

– ¿Cómo puedes discutir los hechos? ¿Tienes idea de la situación difícil en la que se hallan muchas mujeres que conozco? Sencillamente, no pueden encontrar un hombre a su medida en los tiempos que corren.

Seth hizo una mueca con los labios.

– Quizá no busquen en los lugares adecuados.

– Lo dudo.

– O tal vez la mayoría de las mujeres no reconocen al hombre ideal para ellas cuando lo ven. Pueden tenerlo ante sus narices todo el tiempo, pero no se dan cuenta. Esta ciudad es un ejemplo perfecto de que la gente, la mayoría de la gente, prefiere lo superficial a lo sustancial.

– Si te refieres a la mayoría de las mujeres, diría que te equivocas, Seth Garrison.

– ¿Tú crees?

Seth dejó la copa en la mesa con tanta fuerza que el líquido dorado batió hasta el borde.

– Te diré una cosa – continuó –. Por mi experiencia personal, tengo toda la razón. De hecho, he realizado un estudio sobre este fenómeno.

– ¿De verdad?

– De verdad.

– ¿Te importaría ser un poco más específico e ilustrar tu opinión con unos cuantos ejemplos? – Jennifer no tardó en darse cuenta de la poca sensibilidad de su pregunta –. Lo siento. No debería haber hecho esa pregunta.

– No digas tonterías, Jennifer. Sencillamente, no encuentro las palabras precisas para... para responderte – dijo, y algo extraño resplandeció en sus ojos –. Podría comenzar por decirte que...

– ¡Hola, Jenni! – los interrumpió de repente una voz femenina.

– ¿Anita?

– ¡Esa soy yo! – respondió la imponente pelirroja que se dirigía hacia su mesa.

Anita Bailey era una de las últimas estrellas en alza de Hollywood pero, para Jennifer, seguía siendo la pequeñaja de nueve años cuyo único sueño era ser azafata. Las dos eran íntimas amigas desde que se conocieron en un colegio privado en el cercano Brentwood.

– Tienes un aspecto magnífico – le dijo Jennifer a su amiga –, pero la verdad es que siempre lo tienes.

La otra mejor parecía haber sido metida a presión dentro del vestido violeta que lucía. Su peinado era perfecto, y llevaba aguamarinas y perlas por todas partes.

– ¿Estás de broma? – replicó Anita sonriendo –. Parezco un huevo de pascua – entonces miró con curiosidad a Seth –. ¿Señor Garrison? ¡Hacía siglos que no le veía!

Seth esbozó una sonrisa resignada.

– ¿Se trata acaso de una epidemia? ¿Por qué todo humano por debajo de los treinta se siente obligado a llamarme por mi apellido?

Anita se encogió de hombros.

—Para mí, siempre será el «Señor Garrison». No puedo creer que tenga nombre de pila.

—Seth —le informó Jennifer.

Anita los miró a los dos con expresión vacilante.

—Bueno, espero que ya no estés enfadado con nosotras por tirarte todos aquellos globos llenos de agua.

Jennifer se puso como un tomate.

—¿Por qué has tenido que sacar ese tema?

En aquel tiempo tenían trece años, y el joven estirado que paseaba por el jardín presentaba un blanco tentador desde la ventana de la habitación de Jennifer. Verlo empapado con su severo traje oscuro de tres piezas era algo que nunca olvidaría. Tenía agua hasta en las gafas.

—Supongo que puede decirse que soy de los que perdonan —afirmó Seth.

—Luego recuerdo la ocasión que te echamos polvos pica-pica en tu coche —rememoró Anita con ojos nostálgicos.

—¡Fue un accidente! —protestó Jennifer.

—Hace muchos que olvidé esa... esa anécdota.

—¡Éramos terribles, chico! —declaró Anita.

—Las peores —admitió Jennifer.

—Simplemente niñas con ganas de juerga —les dijo Seth—. Espero que no hayáis perdido el sueño por estas cosas.

Jennifer podía apreciar la risa en su voz. Estaba avergonzada recordando todas las bromas pesadas que le habían gastado. Qué curioso que las aguantara todas con estoicismo, y no se quejó ni una vez a su padre de sus travesuras. Cuando el inolvidable lanzamiento del globo, se quedó inmóvil, secándose las gafas con un pañuelo. Entonces, sólo sacudió la cabeza en gesto desaprobador, y con el agua goteando de su pelo en remojo, levantó la vista un momento hacia las dos niñas que no paraban de reírse.

—Muy maduras —había musitado en tono cortante, y luego se alejó.

Era difícil de creer que años después pudieran sentarse todos y bromear sobre las anécdotas. Por aquella época ella pensaba que Seth Garrison era incapaz de reírse por nada. Y tal vez esa era la razón por la que siempre fuera el blanco preferido de sus travesuras, para tratar de provocar una reacción en él. Y, para su eterna irritación, él nunca mordió el anzuelo. ¡Cómo le había picado ese detalle!

—Entonces, chica, ¿hay algo nuevo bajo el sol para ti? —preguntó Anita—. Hace varios días que no nos vemos.

—No, nada —respondió Jennifer, y miró a Seth, el cual la observaba en silencio.

—Anda, cuéntame. Siempre la misma rutina —le replicó su amiga, echando atrás su exuberante melena roja—. Al menos, estás saliendo otra vez. Sinceramente,

señor Ga... Seth, quiero decir, ¡a veces tengo que ponerle una pistola en la sien para sacarla al cine!

Anita desvió la mirada hacia la barra, donde un atractivo actor de televisión estaba hablando de modo apremiante por teléfono.

—Sé lo que vas a decirme, Jenni —dijo suspirando—. Verdaderamente debería dejar de salir con un tipo enamorado de su contestador.

—¿He dicho una sola palabra?

—No, pero siempre pude leer tus pensamientos, Jennifer Ramsey. ¿No nos conocemos desde que teníamos nueve años?

—¡No me lo recuerdes!

Entonces, el hombre de la barra colgó el teléfono y le dirigió una mirada interrogante a Anita.

—Bueno, lo mejor será que me marche —dijo la joven—. A menos que queráis que Rod se acerque aquí y os haga morir de aburrimiento —agitó la mano a modo de despedida—. Ha sido un placer volver a veros después de tantos siglos. Y, tú —concluyó dirigiéndose hacia Jennifer—, mejor será que me llames mañana. ¡Tengo montones de cotilleos para ti!

—Esperaré conteniendo el aliento —replicó Jennifer y, cuando su amiga se marchó, reinó un prolongado silencio.

—¿Hay algún motivo especial para que no le mencionaras a tu amiga nuestra boda inminente? —preguntó Seth por fin, con cierto deje burlón, y ella bajó la vista evasivamente.

—No me pareció necesario.

—¿No es tu mejor amiga?

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué? ¿Acaso te da vergüenza presentarme como tu prometido?

—¡Por supuesto que no! ¿De dónde has sacado una idea tan peregrina, Seth?

Él se quedó mirando a su joven acompañante. Estaba preciosa, con esos ojazos avellanados y su pelo sedoso... Muchas veces había deseado acariciarlo, pero consciente de que no se atrevería. Y en ese momento estaba comportándose como un adolescente. Y había estado a punto de revelarles sus sentimientos. Por fortuna, Anita había aparecido en el momento perfecto.

—¿Seth? —Jennifer estaba mirándolo con cara de perplejidad—. Si te he ofendido, lo siento muchísimo. Sencillamente, prefiero hablar con Anita mañana de nuestro compromiso —lanzó una mirada a su alrededor—. Tiene muy buena voz, y creo que ninguno de los dos desearía una audiencia.

Seth esbozó la más suave de sus sonrisas.

—Por el amor de Dios, Jennifer. ¿No distingues cuando alguien sólo está bromeando?

A él le complació ver alivio en los ojos avellanados.

– Entonces, ¿comprendes a qué me refiero?

– Lo comprendo perfectamente –le aseguró Seth con la nota oportuna de despreocupación...

Capítulo 3

Con la salida de Anita Bailey y su acompañante, la cena discurrió en un ambiente más ligero. Mientras degustaban sabrosos *tortellini* y *piceata* de ternera, Seth le contó a Jennifer anécdotas encantadoras acerca de su padre. Por primera vez, ella sintió que comenzaba a recobrase de los últimos acontecimientos. Tan sólo ver que alguien recordaba a su padre como un ser único, lleno de vitalidad, significaba mucho ahora que los había dejado.

—Siempre me pregunté por qué dejaste de trabajar para Ramsey Enterprises — le comentó a Seth, que se encogió de hombros.

—Es una larga historia. Digamos para resumir que me pareció el momento adecuado para emprender mi propia empresa.

—Y, por lo que sé, con mucho éxito.

—Oh, voy tirando.

Jennifer sofocó una sonrisa. Seth Garrison nunca había sido de los que gustan de echarse flores a sí mismos. El hecho era que, en menos de dos años, se había convertido, en uno de los asesores de inversiones más cotizados en Los Ángeles.

Pero hablar de sí mismo era algo que no le interesaba.

—Háblame de tu tesis doctoral —dijo—. Oliver estaba muy orgulloso de tus logros académicos.

Jennifer bebió un sorbo de su café cappuccino.

—Te aburrirías como una ostra.

—¿Por qué iba a aburrirme?

—Hoy en día, no hay mucha gente que se entretenga oyendo hablar de Washington Irving.

—Tonterías. Yo soy un admirador de Rip Van Winkle desde hace muchísimos años.

Durante la hora siguiente, Jennifer le explicó a Seth todos los pormenores de su estudio sobre el escritor al que consideraba el más genial de todos los escritores norteamericanos.

—Soy consciente de que casi nadie está de acuerdo conmigo. Me llaman anticuada y me desafían con Twain y Hemingway.

—Bueno, la literatura, como todas las artes, es un asunto muy subjetivo. Por lo que a mí respecta, la vida sería excesivamente monótona si todos tuviéramos los mismos gustos.

—Sin duda. Imagina cómo sería el mundo si todos prefiriéramos la misma música, la misma comida...

—¿Las mismas personas? —interrumpió Seth. Jennifer se quedó algo aturdida por el giro sutil de la conversación. ¿Sería una broma de su imaginación, o había advertido una nota sensual en las palabras de Seth?

—Las dos primeras condiciones harían que la vida fuera bastante aburrida. La que has mencionado tú haría de la vida un desastre.

—Lo menos que puede decirse —convino él.

—Por supuesto, no me considero una autoridad en este tema. ¿Qué me dices de ti? ¿Te consideras una eminencia en las cosas del amor?

—No —fue la tajante respuesta de Seth, el cuál miró su reloj—. No tenía idea de que fuera tan tarde, y mañana me temo que los dos comenzaremos la jornada muy temprano.

¿Tan tarde era? Jennifer vio que eran casi las once. La velada había transcurrido tan rápidamente que ni siquiera miró la hora una sola vez.

La razón evidente era que Seth Garrison, un hombre al que siempre había considerado demasiado estirado y poco interesante, había demostrado ser una compañía de lo más entretenida.

Durante el viaje de vuelta a casa, Seth guardó silencio, cosa de la que se aprovechó ella para contemplar su perfil. Hasta entonces, nunca se había fijado en que resultaba un hombre bastante atractivo. Siempre sus preferencias se habían dirigido hacia los hombres de rasgos típicamente norteamericanos, como Kevin. Rubios, fornidos, siempre sonrientes. Igualito que un jugador de rugby, se había burlado de él con frecuencia. Pero el hombre que estaba llevándola a su apartamento en un Mercedes negro poseía un atractivo muy diferente. No era guapo en el sentido convencional; sin embargo sus rasgos angulosos y bronceados resultaban arrebatadores. Aunque rara vez sonreía, sabía que poseía un gran sentido del humor. En sus labios rectos, en el contorno de líneas bruscas de su mandíbula, se veía determinación, y Jennifer se preguntó qué sentiría si tuviera esos labios sobre los suyos.

Jennifer se reprendió para sus adentros. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué tenía de repente pensamientos tan absurdos acerca de Seth? Pensamientos, para ser sincera, que casi rayaban en lo erótico. Rara vez en los últimos años se había visto embargada por pensamientos de esa clase. En realidad la muerte de Kevin habían congelado sus sentidos y, en las pocas ocasiones en las que fue presa de alguna fantasía, rápidamente la había apartado de su mente. Hasta hacía poco, le había parecido una deslealtad en cierto modo, pensar en alguien que no fuera su prometido fallecido. Si se entretuviera con tales pensamientos, significaría que Kevin verdaderamente se había ido para siempre. Y le daba pánico sentir que se borraba el recuerdo de un ser amado.

Seth aparcó frente a la casa de Jennifer; luego apagó el motor. En la penumbra, se volvió hacia ella.

—Soy consciente de que esta situación resulta bastante violenta para los dos —dijo, haciendo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Pero yo... yo quiero

asegurarte que todo va a salir bien. Triunfaremos, Jennifer. Tendrás el legado que te pertenece con todos los derechos y serás feliz.

Ella se encogió de hombros.

– Eso está por verse.

– Confía en mí esta vez. Nadie te privará de tu herencia, y menos que nadie esa pérfida mujer.

A Jennifer le sorprendió oírle hablar en aquel tono agrio de Charlotte.

– Bueno, si conseguimos ganar el caso, sin duda será gracias a ti. Nunca podré agradecerte bastante lo que estás haciendo por mí, Seth. Y, créeme, tendrás tus diez millones.

– Olvida el dinero.

– ¿Cómo dices?

– No hago esto por el dinero. Nunca mencioné ese tema, ¿no?

Jennifer se quedó mirándolo con expresión desconcertada.

– ¡Claro que sí, esta tarde... no te comprendo!

– Sólo te dije que aceptaba tu proposición.

– Cierto. Y aceptaste los términos específicos de la... de la remuneración económica.

– Dejemos claro este detalle. Lo hago porque quiero ayudarte a salir de un apuro. Oliver estableció la dichosa cláusula con sus mejores intenciones, pero en mi opinión se pasó de la raya. Fue una equivocación dejarte en esta posición. Fue una estupidez por su parte jugar con el legado de su hija. Compréndeme, Jennifer. Lo hago por la amistad que tenía con tu padre. Quiero asegurarme de que todo acaba felizmente para ti.

¿Podía ser verdaderamente Seth Garrison el que hablaba? ¿El hombre al que acusó en una ocasión de tener una calculadora por corazón?

– Pero, los diez millones de dólares...

– Si vuelves a mencionar los diez millones, suspendo la boda.

Jennifer esbozó una débil sonrisa.

– ¿Por qué lo haces, Seth?

Era difícil comprender por qué no aceptaba tan suculenta cantidad de dinero, cuando se le ofrecía sin ningún reparo.

– No quiero insistir en este tema. Basta decir que me resultaría ofensivo ver a la hija de Oliver Ramsey estafada y privada del legado que le pertenece desde su nacimiento. Si hay algo que detesto, son las injusticias.

Para Jennifer, aquel día estaba llevándose una sorpresa tras otra, y todas ellas debidas a Seth Garrison. No le cabía la menor duda de que el hombre era sincero, y sus palabras resultaban tan nobles, tan generosas... Tan irreales.

—No sé de qué estás hablando —murmuró al fin.

—No digas nada —Seth sacó de un bolsillo una cajita—. Por cierto, pensaba darte esto en el restaurante pero, cuando hiciste ese comentario acerca de la audiencia, decidí que era más prudente esperar.

Jennifer miró el paquetito con expresión interrogante.

—¿Qué es?

—Algo que necesitarás si queremos convencer a la población de Beverley Hills que de estamos comprometidos —quitó la envoltura de papel plateado y abrió la cauta forrada de terciopelo—. Dame la mano izquierda, Jennifer.

—¿Qué vas a ha...?

En el siguiente instante, Jennifer lucía un increíble anillo de diamantes.

—Así está mejor —afirmó él satisfecho—. Ahora pareces una verdadera novia.

—No era necesario que...

—Te sienta como anillo al dedo —la interrumpió Seth con voz suave.

—Es precioso, pero debe haberte costado un ojo de la cara.

—Simplemente, me alegra que te guste.

—¿A quién no le gustaría? Por supuesto, no pierdas el recibo y te devolveré lo que te haya costado.

—No es necesario —replicó él con un cierto deje desaprobador.

—Oh, no seas ridículo. Insisto. Sólo faltaba que esta historia te costara dinero.

—No quiero discutir este tema. Simplemente, lleva el anillo. Jennifer distinguía una joya de precio escandaloso cuando la veía, y no acababa de comprender por qué Seth se empeñaba en pagarlo de su propio bolsillo. En las actuales circunstancias, la actitud de él no tenía sentido.

—Es una ridiculez lo que haces —le dijo.

—Y tú eres un cabezota.

—¿Soy una cabezota?

—No vamos a pasarnos toda la noche discutiendo un detalle nimio.

—Yo no le llamaría nimio —dijo ella avergonzada, consciente del inequívoco valor de la pieza.

—Llámalo como quieras.

—Óyeme bien, Seth Garrison. ¡Si no me dejas pagar este anillo, te lo arrojaré a la cara!

Los ojos de Seth brillaron bajo la luz de la luna.

—Adelante. Entonces yo lo cogeré y lo tiraré por la ventanilla.

—Oh, seguro. Por la ventanilla.

– Tú prueba y verás – replicó él y pulsó un botón que bajó la ventanilla del conductor, y Jennifer pestañeó atónita.

– Serías capaz, ¿verdad? Una joya tan valiosa como ésta...

– ¿Qué te hace pensar que es tan cara? Por lo que sabes, podría haberme tocado en una caja de galletas.

– Me gustaría ver el supermercado donde la compraste.

Siguió una larga pausa.

– En serio, Jennifer. Me harías muy feliz si aceptaras el anillo como un regalo de un viejo amigo de la familia.

– Un regalo bastante extravagante, ¿no te parece?

– Por favor – Seth se quitó las gafas y le dirigió una mirada penetrante –. No me caso todos los días, aunque sólo sea en apariencia. Tengo todo el derecho a darle un regalo de bodas a mi prometida, ¿no?

– Sí, pero...

Jennifer se quedó callada. ¿Por qué armar un escándalo por aquel tema? Cuando pasara el año que habrían de permanecer casados sobre el papel, sencillamente, le devolvería el anillo. El ya había rechazado diez millones de dólares. Era absurdo seguir discutiendo sobre temas económicos.

– Por supuesto que llevaré el anillo – dijo al fin.

– Eso está mejor. Ahora, respecto al domingo...

Pasaron la media hora siguiente discutiendo los detalles de la boda. También acordaron verse al día siguiente. Sin duda, estarían muy ocupados los días venideros encargándose de todos los preparativos. Seth le aseguró a Jennifer que lo conseguirían y luego la acompañó hasta el portal de su casa.

– Ha sido un largo día para ti, ¿verdad? – le preguntó en un susurro.

– Y supongo que para ti también – replicó ella, y Seth ignoró el comentario.

– Pasaré a recogerte a las nueve en punto, si no te parece demasiado tarde. Por desgracia, tengo una reunión a la que no puedo dejar de asistir.

– Aprecio el mero hecho de que vayas a venir – afirmó Jennifer, consciente de la extraña tensión que se respiraba en el ambiente –. Gracias por todo, Seth. No puedes imaginar lo que significa para mí todo esto.

El hombre se cernía a escasos centímetros de ella.

– Por el contrario, sé muy bien lo que significa – Seth parecía buscar algo en los ojos de Jennifer –. Estoy aquí por que quiero ayudarte, Jennifer.

La sinceridad de sus palabras le tocó el corazón. Arrastrada por un impulso, extendió los brazos alrededor de su cuello fornido.

– Gracias, Seth. Nunca lo olvidaré.

Él se puso rígido ante el inesperado abrazo, se quedó mirándola, sin sabe qué decir por un momento.

– Es un verdadero placer – murmuró al fin.

Tenía los labios muy cerca de su pelo, pensó Jennifer sin motivo alguno. Se le ocurrió que el cuerpo de Seth se sentía muy duro contra el suyo.

– ¿Te he dado las gracias? – preguntó, sintiéndose confusa de pronto.

– Bastantes veces – respondió Seth, con su cálido aliento acariciando el cabello de Jennifer.

Demonios, decidió él, era duro no devolverle el abrazo. No podía creer que Jennifer estuviera abrazándolo de aquella manera. Tan sólo deseaba posar las manos en su cintura de avispa y completar el gesto. Si ella no se apartaba en un segundo, no sería responsable de sus actos.

– Perdona. He obrado guiada por un impulso.

– Sigue haciéndole caso a tus impulsos – replicó Seth, con voz curiosamente entrecortada –. Para ser sinceros, yo también me siento bastante espontáneo.

Se inclinó para besar con los labios una de sus acaloradas mejillas.

– Buenas noches, Jennifer.

Decir que Jennifer no pudo conciliar el sueño esa noche constituiría una perogrullada. Tras agitarse y removerse en la cama durante algunas horas, fue a la cocina para pasar un examen detallado a la nevera. Sólo había un ramillete de perejil y un frasco de mostaza casi vacío. Lo cierto era qué no había prestado demasiada atención a las compras en las últimas semanas. Su apetito la había abandonado; por primera vez en siglos, sentía un hambre muy diferente que mordía su vientre.

No tenían nada que ver sus sentimientos con Seth Garrison, ni con su beso breve y sensual que seguía cosquilleando en su piel, se dijo por enésima vez, mientras se ponía unos vaqueros y un suéter, y unas zapatillas deportivas. Era muy comprensible salir de compras a las tres de la madrugada. Al bajar al garaje, se preguntó por qué la habría besado Seth Garrison. Nunca le había parecido un hombre interesante en particular, y menos aún afectivo. Y ahora se veía forzada a considerarlo bajo una perspectiva nueva por completo, como una presencia viril de manera inquietante. Jennifer suspiró. Durante el año siguiente, Seth además constituiría una presencia constante en su vida. Y ése era el más inquietante de todos los hechos. Cuando se decidió a recurrir a Seth, nunca pensó que podrían surgir complicaciones. Ahora, no estaba tan segura...

Diez minutos después, Jennifer dejó el coche en un aparcamiento junto a un supermercado abierto toda la noche del bulevar Beverly, situado en el margen este de Beverly Hills. En Los Ángeles, un establecimiento de esa clase, abierto las veinticuatro horas del día, constituía un lugar donde todas las clases se mezclaban y se relacionaban en la más básica de las funciones humanas: perseguir el aperitivo de última hora. ¿En qué otro lugar esperaría una estrella de cine pacientemente en la cola detrás de un estudiante universitario en mitad de la preparación de un examen,

un policía en su rato de descanso y una pareja de mediana edad ataviados de etiqueta?, se preguntó Jennifer.

Y aquel día no era ninguna excepción. Mientras seleccionaba un carrito y comenzaba su ronda nocturna a través de los surtidos pasillos, vio que no faltaba el grupo usual de californianos insomnes. Se encontró con tres personas que conocía — una compañera de sus ejercicios de gimnasia, un vecino de casa, y un antiguo compañero de colegio, el hijo del presentador de un concurso televisivo. Todos reconocieron su presencia con miradas vidriosas y sonrisas marchitas. A esas horas, la gente no es demasiado comunicativa. Cada uno está en su propio planeta, embargado por sus propios pensamientos, y encantado de ignorar a todos los demás, errando como zombis. Por dicha razón, se respiraba un aire en la tienda que a Jennifer le resultaba casi terapéutico.

Y bien, ¿no había ido allí por este motivo? Intentaba eludir un problema perturbador, nuevo. Sin pensar, puso cuatro paquetes de chokolatinas en el carrito. Por primera vez en muchos años, se sentía arrastrada por el impulso irresistible de una nueva atracción. Hacia un hombre que no se parecía nada a Kevin Stern. Pobre Kevin. Su recuerdo cada día se parecía más a las sobras de un sueño maravilloso que se disolvía con la luz de la mañana. El peso del tiempo estaba creando una distancia mayor y mayor entre Jennifer y la imagen del estudiante que había querido. Fue el primero en besarla; sin embargo, a ella le resultaba cada vez más difícil recordar cómo eran sus besos.

Suspiró, guiando el carrito con paso decidido hacia la caja. Su vida y sus sueños para el futuro parecían una gigantesca interrogación. No hacía mucho tiempo, todo parecía tan lógico y claro... Era la hija de un hombre rico y poderoso, la única heredera de su inmensa fortuna. Algún día, en el futuro lejano, había esperado ocupar el puesto de su padre en un vasto imperio. A la larga, era consciente de que, habría de asumir gran cantidad de responsabilidades pero, entretanto, disponía de muchos años para perseguir sus propias ambiciones. Había hecho planes para estudiar en España, donde Washington Irving se inspiró para escribir sus cuentos de La Alhambra. También le habían ofrecido el puesto de ayudante de un ilustre catedrático en la universidad. Jennifer consideraba ese cargo, en el cual podía comenzar a trabajar durante el semestre de verano, un paso vital en su camino hacia el doctorado.

Pero ahora todo estaba en el aire. La enfermedad de Oliver Ramsey había sido tan repentina como mortal. El hombre al que ella creía eterno había partido, y la hija de repente se encontraba en una posición donde había de aceptar nuevas responsabilidades.

Y la velocidad con la que se sucedían los acontecimientos era lo que más molestaba a Jennifer. Cogió una bolsa de caramelos que solía regalarle su padre, embargada por la nostalgia, mayor en las horas de la noche. Le añoraba. Añoraba la maravillosa casa donde había crecido. Era doloroso pensar que Charlotte seguía viviendo allí, quebrantando la paz con su personalidad histérica y sus huecos amigos. Pero Oliver Ramsey había establecido que, una vez cumplidos los requisitos

del testamento, la mansión de Bel Air volvería a manos de su hija en un plazo de tres meses.

De pronto, una repentina confianza, novísima para ella brotó en su interior. Sí, pensó decidida, Seth tenía razón. Tendría todo lo que era suyo en justicia, y la impresionante mansión era sólo parte del legado.

A Jennifer se le cerraban las pestañas cuando llegó a la caja, pero tenía el corazón lleno de una maravillosa sensación de cambio. Sus preocupaciones acerca de las emociones conflictivas respecto a Seth Garrison sólo eran el resultado de la tensión. La momentánea atracción hacia él se debía a su necesidad de una figura autoritaria. Sin duda. Había estado tan sola, sentido tan vulnerable... Y Seth estaba allí, dispuesto a ser su apoyo. Qué fácil era confundir la gratitud con el afecto.

Sólo había dos clientes delante de ella en la cola. Un punk con el pelo azul y un hombre de aspecto anémico al que Jennifer reconoció, pues se trataba de un famoso escritor. En conjunto, gente de lo más normal. Sonrió cuando dejó sus compras en el mostrador. Las cosas serían menos complicadas por la mañana. Estaba convencida de que, la próxima vez que se reuniera con Seth, tan sólo abrigaría los sentimientos más cordiales hacía él. Todo lo demás habían sido fantasías suyas... el producto de una excesiva imaginación.

Capítulo 4

—¡Oh, dios mío, es ella, Morty! ¡No puedo creerlo! ¡Dame una hoja, una servilleta... oh, corta una esquina del menú! ¡Si no consigo su autógrafo me muero!

La emocionada turista en cuestión de segundos se cernió sobre la mesa de Anita y Jennifer, pluma en mano.

—Si fuera tan amable de darme un autógrafo, señorita Bailey. Yo... esto es, mi hija es una verdadera fan de usted.

—Claro —respondió Anita, esbozando una sonrisa cortés y comenzó a garabatear sobre el pedazo de menú.

—Si pudiera dedicárselo a Delilah.

—Muy bien. Aquí tiene.

—¿Y podría añadir el nombre de Morty?

Jennifer observaba la escena, divertida, frunciendo los labios para disimular la sonrisa. Estaba acostumbrada a que sucedieran esas cosas cada vez que iba con Anita a un lugar público.

—Lo siento —dijo Anita cuando se marchó la caza-autógrafos—. Creo que ha sido una equivocación venir aquí, pero me gustan los burritos que hacen...

—Olvídalo.

Jennifer se encogió de hombros. En la mayoría de los restaurantes acostumbrados a acoger celebridades, se cuidaban muy mucho de que no importunaran a su clientela. Pero a los famosos no les gustaba verse restringidos a tales establecimientos. Como todo el mundo, disfrutaban de la libertad de poder tomar una hamburguesa o una tostada dónde y cuándo les viniera en gana. El problema era que, desde el lanzamiento a la fama de Anita debido a su papel protagonista en una serie de películas de ciencia ficción, no podía ir a ninguna parte sin ser reconocida. En ese momento, mientras intentaban acabar de comer en la pequeña cantina mejicana de Santa Mónica, hasta los más discretos de los comensales no podían resistir la tentación de lanzar una mirada en su dirección.

—En cualquier caso, ¿cuál es esa noticia increíble que ibas a contarme? —preguntó la actriz, y Jennifer vaciló.

—No sé por dónde empezar.

—¡Oh, no me tengas sobre ascuas! ¡Desde que me llamaste esta mañana, me mata la curiosidad! ¡Y para colmo, te has avenido a comer conmigo, lo cuál en sí ya es bastante extraño!

—Si te callas, te lo contaré.

—Venga. ¿De qué se trata?

—Me caso.

La voz de Anita subió tres octavas de tono.

— ¿Qué?

— Voy a casarme.

— ¡Eso es lo que me había parecido oír! No puedo creerlo — hizo una pausa —. ¿De verdad?

— Completamente en serio.

— Bueno, ¿y cómo sucedió? ¿Quién es él? Quiero decir, mi mejor amiga se casa y no me dice nada hasta...

— Es Seth Garrison. Nos comprometimos ayer... y la boda se celebrará el domingo.

— ¿Seth Garrison? ¿No me estás tomando el pelo? No puedo creerlo. ¡Seth Garrison! El mismo con el que solíamos... — Anita calló —. ¿Has dicho que la boda se celebrará este domingo?

— Por la tarde. Si estás libre, me gustaría que asistieras. Necesitamos un testigo.

— ¿Si estoy libre? — la actriz volvió a alzar la voz —. ¿Si estoy libre? ¿Cómo puedes preguntarme algo así?

— Como te he avisado con tan poca antelación y siempre tienes planes para el fin de semana...

— ¡Oh, muy bien! Mi mejor amiga sufre un evidente trastorno mental y decide casarse con un tipo al que no ha visto más de un par de veces en los últimos dos años, ¿y tienes la desvergüenza de preguntarme si estoy libre? ¿Qué podría tener prioridad para mí sobre tu boda, Jenni? Es tan sólo que me cuesta creerlo.

— Créelo.

La joven actriz la miró detenidamente.

— Vale, lo creo. Pero, ¿te importaría explicarme por qué lo haces? No irás a decirme que es amor a primera vista o algo así...

— En realidad, es una historia muy simple.

— ¿Sí? Pues cuenta. ¡Este suspense me está matando!

— También es una historia muy larga...

— Bueno, eres especialista en Literatura. Resume.

Jennifer se recostó en el banco de dura madera.

— Hace dos semanas te dije que había ciertas complicaciones con el testamento de mi padre. ¿Te acuerdas?

Su amiga asintió.

— Una cláusula extraña, ¿no?

— Nunca llegué a explicarte lo extraña que era, ¿verdad?

Jennifer suspiró y le relató a Anita las razones de su alianza matrimonial con Seth Garrison. Cuando concluyó, la actriz se quedó mirándola atónita por completo.

—¡Guau! —exclamó tras unos segundos—. ¡Tu padre era un hombre maravilloso, pero esta historia es absurda! ¿Te haces idea del lío en el que podrías meterte?

Jennifer se encogió de hombros.

—Considera la alternativa.

Anita hizo una mueca.

—Sí, tienes razón. Charlotte se queda con todo. ¡Chica, en menuda situación te ha dejado el bueno de tu padre! Y, con todo el debido respecto hacia él, ¿cómo pudo pensar en la posibilidad que toda su fortuna quedara en manos de esa bruja?

—Estoy segura de que no era esa su intención.

—Oh, ya me lo imagino. Sin embargo... no sabes lo diabólica y calculadora que es esa mujer. Si conozco a Charlotte, aún falta por ver el final de esta historia.

—Una vez casada con Seth, no podrá hacer nada de nada.

—Mira —dijo Anita, adoptando una expresión grave—. No quiero intranquilizarte, pero no menosprecies a tu madrastra.

—¿Qué demonios podría hacer, Anita?

—No sé. Pero hay algo que sé seguro. A Charlotte le repugna perder.

Jennifer bostezó.

—Ya he oído antes estas palabras, y no pienso preocupar me por ello.

—Tal vez deberías. Esa bruja puede causarte muchos problemas, por muy sencillas que te parezcan las cosas.

—Que lo intente.

Anita lanzó un gemido de protesta.

—Jenni, soy tu mejor amiga desde que teníamos nueve años. Deja de repetir tu vieja y preferida frase «No me importa». A mí no me afecta. Ahora, déjame explicarte una cosa. En el pasado, Charlotte sólo ha tratado contigo de forma superficial. Nunca la has visto en acción como negociante. Es muy competitiva, muy astuta y despiadada en extremo.

—¿Qué hay de nuevo en ello? —replicó Jennifer, que comenzaba a sentirse incómoda.

—Desearía que fueras muy prudente en este asunto. Tu madrastra es muy ambiciosa. Y una gran actriz. Puede representar un papel, desplegar sus encantos y hacer de la gente lo que quiere. Créeme, es una manipuladora de tomo y lomo. Ha arruinado las carreras de gente que tuvo la osadía de cruzarse en su camino. Con astucia, de forma que nadie advirtiera que ella era la responsable. Charlotte puede arruinar la reputación de otra actriz con una telaraña de infamias y rumores maliciosos insinuados en el momento oportuno y ante la gente adecuada.

– Eso me suena muy enrevesado.

– Vale, no voy a discutir contigo, Jenni. Pero Charlotte puede resultar una enemiga muy peligrosa. Si encuentra alguna forma de anular el testamento, podrías encontrarte en una situación desagradable. No me importa lo buenos que sean los abogados de Oliver. Charlotte es peligrosa, Jenni.

Jennifer dio un cariñoso apretón en el hombro de su amiga.

–Aprecio tu preocupación, pero estoy convencida de que, entre Seth y yo, podemos ocuparnos de Charlotte.

–Yo no estaría tan segura. Conoce a gente muy poderosa.

–Yo también.

–Muy bien, pero ándate con pies de plomo. Oye, ¿por qué habrás tenido tan mala suerte? Yo tuve madrastras encantadoras. Tres. Y lloré con cada divorcio de papá.

–¿Cambiamos de tema?

–Vale –respondió la pelirroja vivaracha y, pensativa, apoyó la barbilla entre las manos—. ¿De qué otra cosa podemos hablar? Ya lo sé. ¿Qué te gustaría como regalo de bodas?

–No es necesario. No es una verdadera boda.

–¡Claro que lo es! Es legal, ¿no?

–Sí, pero no... Bueno, ya sabes... más bien se trata de un acuerdo financiero.

–¿De verdad? Y yo que pensaba que en los arreglos financieros el dinero cambiaba de manos... ¿No acabas de contarme que Seth se niega a aceptar un solo centavo? A mí no me parece un negocio, chica.

Anita se quedó mirando a Jennifer con curiosidad.

–Seth lo hace por amistad. Por mi padre y por mí.

–Hum... ¿amistad? Bueno, ya hemos progresado algo, pasando del negocio a la amistad. Parece una base sólida para un matrimonio. ¿Te gustarían unos candelabros de plata, un juego de sábanas de raso...?

–No quiero ningún regalo –insistió Jennifer—. De matrimonio, sólo tiene el nombre, aunque debemos guardar las apariencias. En esta situación, los regalos me avergonzarían.

–Una boda siempre es una boda, y llámame anticuada si quieres.

–Por favor, Anita, hablo en serio.

–Muy bien, aguafiestas.

Más tarde, cuando salieron de la cantina y se dirigieron a sus coches, Anita vaciló.

–Sólo hay un detalle que me asombra. Si Seth Garrison no obtiene ningún beneficio económico, ¿qué gana atándose a ti durante un año?

– Ya te lo he dicho. Lo hace porque es un hombre honrado y decente.

– Sí, ¿pero qué gana?

– ¿No puede una persona actuar impulsada por motivos altruistas?

– No.

– Mira, me fío de Seth.

– Pero, ¿lo conoces bien, Jenni?

– ¿Qué insinúas?

– No estoy muy segura. Es sólo que Seth Garrison no es un hombre que se tome el matrimonio a la ligera. Reflexiona sobre el tema antes del domingo, ¿de acuerdo?

«¿Pero qué gana?». La frase no dejó de resonar en la mente de Jennifer el resto de la tarde. El día anterior apenas consideraba a Seth Garrison obsesionado con la persecución del todo poderoso dólar. Pero el hombre se había sentido insultado por su oferta de diez millones. Casi parecía que casarse con ella para ayudarlo a ganar la herencia fuera una cuestión de honor para él. A pesar de las dudas provocadas por Anita, Jennifer sentía que debía confiar en su instinto, el cuál le decía que Seth era un hombre honrado. Sin embargo, no podía dejar de pensar que faltaba una pieza para completar aquel complicado rompecabezas. Algo fuera de alcance.

Resignándose al hecho de que la vida no siempre era un libro abierto, ocupó su mente en otros asuntos. Pasó por la universidad para hacer una visita al Profesor Lovitt, considerado un gran eminencia en Literatura Norteamericana del siglo XIX. Era un hombre regordete, un feliz querubín, uno de esos brillantes excéntricos que se toman la vida como una serie de posibilidades maravillosas. Su entusiasmo era contagioso y, muy feliz de ver a una de sus alumnas favoritas, una vez más animó a Jennifer a ocupar el puesto de ayudante en su departamento. Aunque se mostró comprensivo respecto a las trabas actuales, obviamente esperaba que se decidiera tan pronto como fuera posible.

Pero Jennifer no sabía cuál sería su respuesta. Como heredera de Ramsey Enterprises, no sabía hasta dónde podían llegar sus responsabilidades. Las presiones comenzaban a pesar bastante y, por el momento, no deseaba en absoluto tomar más decisiones. Jennifer dedicó el resto del día a una actividad que no requería excesivo esfuerzo mental: fue de compras. Se dio un paseo para distraerse por las diversas plantas de Beverly Center, el más popular de los multicentros de la ciudad.

Consiguió lo que se proponía y, viendo pasar a pandillas de chicos riéndose, gritando y comiendo helados, a mujeres que llevaban en carritos a sus bebés con los ojos como platos, disfrutó de una hora de tranquilidad. Luego se detuvo ante el escaparate de una joyería y los anillos de diamantes le recordaron de inmediato su inminente boda... a Seth Garrison... a Charlotte. Jennifer se miró su mano izquierda, sin ornamento alguno. Hasta ese mismo instante no había caído en la cuenta de que se había negado de momento a ponerse el anillo de compromiso. Seguía dentro de la caja de terciopelo, sobre un montón de revistas en una mesa del salón, donde lo había dejado la noche anterior.

Seth estaba en la entrada con una botella de vino en la mano.

– Siento llegar un poco tarde – dijo.

Iba vestido, cómo no, con otro traje de corte perfecto y una camisa immaculada.

– No tiene importancia – dijo Jennifer, haciéndole pasar, preguntándose si el hombre tendría otra ropa además de trajes.

Casi se sintió cohibida con su suéter de tono pastel y sus vaqueros ceñidos. Pero fue clara la admiración que vio en los ojos azules de Seth cuando él, en silencio, observó su aspecto.

Le ofreció a Jennifer la botella envuelta en papel de regalo, que resultó ser champán.

– Pensé que sería la bebida más apropiada, sobre todo si tu día ha sido como el mío.

– Gracias – dijo ella con donaire.

Tenía demasiado tacto como para explicarle que, hasta la cena de la noche anterior en Marcello's, no había probado una gota de alcohol en muchos años. Pero, tal vez aquella noche podría hacer otra excepción. Volvía a verse embargada por los inquietantes sentimientos que había achacado a su imaginación. Nada más abrir la puerta y ver a Seth, sintió un extraño hormigueo en el estómago. Casi era como volver a tener dieciséis años, cuando abrió la puerta de la mansión Ramsey a Kevin Stern el día de su primera cita. Por primera vez en nueve años, sintió que su corazón latía alocadamente.

Seth se quedó mirándola con cara de curiosidad.

– ¿Te ocurre algo malo? Si no te gusta el champán, no importa. Bajaré a comprar otra cosa a la tienda de la esquina.

– No, me gusta el champán.

– ¿Seguro?

– Seguro. Ahora, si me disculpas un minuto, traeré las copas.

– ¡Magnífico!

La solemne expresión del hombre se animó considerablemente.

¡Demonios, no son imaginaciones mías!, se dijo Jenni. Era atractivo. Y la cronología de los acontecimientos empeoraba las cosas. La tarde del día anterior, en su despacho, le había parecido algo atractivo. Durante la cena en Marcello's, muy atractivo. Y en ese momento, para su propia consternación, le veía extraordinariamente atractivo. Increíblemente atractivo. Atractivo como para cortar la respiración, con gafas y todo. Imponente. ¡Maravilloso! Sólo le faltaba esa complicación para agravar las cosas. ¡Con todo lo que tenía encima, sólo le faltaba encapricharse de Seth Garrison, de entre todos los hombres, como una adolescente cualquiera! Su voluntario exilio social ciertamente tenía fuertes repercusiones en ella,

se dijo cínicamente, preguntándose si su prometido percibiría la inmensa vulnerabilidad que la embargaba.

Cuando Seth descorchó el champán, se sentaron en el sofá del salón para ultimar algunos detalles. Utilizaron con toda la impersonalidad que les fue posible palabras como «análisis de sangre, anuncio de boda y un sencillo anillo de oro». Pero se dieron otras palabras más embarazosas, debido a la intimidad que suponían. Las primeras surgieron con una inesperada pregunta de Seth.

—¿Te gustaría hacer un viaje de luna de miel?

Si Seth hubiera arrojado una granada de mano en medio del salón, Jennifer no se habría sorprendido más de lo que estaba.

—¿Te parece verdaderamente necesario? —le preguntó con toda la naturalidad de que fue capaz.

—Eso mismo te pregunto yo.

—¿Por las apariencias?

—Por supuesto. ¿Qué otra razón podría haber, Jennifer?

Seth dejó su copa en la mesa y observó el sonrojado semblante de Jennifer detenidamente. Ella dejó escapar una tímida carcajada.

—No se me ocurre dónde podríamos ir.

—Hay un lugar encantador que conozco en Carmel. Podríamos pasar allí unos cuantos días.

—¿Y no te importa dejar los negocios, con lo ocupado que estás?

—No. Sacaré el tiempo de donde sea, si tú quieres que lo haga.

—Oh.

La extraña sensación revivió en su estómago.

—¿Quieres? Al fin y al cabo, toda novia se merece una luna de miel.

—Pero yo no soy una verdadera novia.

—Sí, y el domingo serás una recién casada, cuando el juez te convierta en la señora de Garrison. Legalmente.

—Pero no técnicamente.

Jennifer habló sin pensar, tal vez debido a los nervios, tal vez al champán...

—¿Técnicamente? ¿Qué quieres decir?

—Por expresarlo con delicadeza, la luna de miel se hace con el propósito de consumir un matrimonio... no, en mi opinión, por guardar las apariencias.

Con mano temblorosa, Seth volvió a llenar las copas, derramando unas gotas de champán en la mesa.

—¿Insinúas que quieres una verdadera luna de miel, Jennifer?

El malentendido hizo que el sonrojo de ella aumentara de tono.

— ¡No! ¡Por supuesto que no! — con ademanes nerviosos, cogió su copa y bebió varios tragos de champán—. ¡No quería decir una cosa así!

— Entonces, ¿qué querías decir?

— Sólo que, bueno, no creo que ninguno de los dos deba cambiar por completo su vida. Esto es... no es necesario que lo dejemos todo para desaparecer unos cuantos días en la costa con vistas a no despertar las sospechas de la gente.

— ¿No parecería... extraño, si no vamos a ninguna parte después de la boda?

Jennifer se quedó mirando la moqueta.

— Francamente, no me importa lo que piense la gente. En todo caso, hoy en día es muy normal que las parejas de recién casados aplacen su luna de miel por motivos de trabajo. Además, con el mucho trabajo que tienes, nadie se extrañaría de que el señor Garrison regresara a su despacho inmediatamente después de la ceremonia.

— Muy bien. Entonces, nada de luna de miel, si te parece lo más conveniente.

— Pero te agradezco de verdad que estuvieras dispuesto a tomarte unos días libres, Seth. Es un detalle muy generoso por tu parte.

— Olvídalo.

— ¿Nos queda algo por aclarar?

— En realidad, hay una — Seth se aclaró la garganta —. Un asunto que no hemos discutido hasta ahora.

— No puedo imaginar de qué se trata.

Bruscamente, Seth dejó su copa en la mesa y clavó la vista en los ojos de Jennifer.

— Establecer las reglas de nuestra convivencia.

— ¿Qué quieres decir? — replicó ella, desconcertada por completo.

— No puedo creer que tus abogados no te hayan aclarado este tema, pero el testamento de Oliver es muy conciso. Según la cláusula, debemos vivir juntos, como marido y mujer — siguió un prolongado silencio—. Me imagino que lo sabías... ¿Jennifer?

— No supuse que ese detalle fuera... fuera completamente necesario.

— Lo es, te lo aseguro.

Jennifer sintió que estaba perdiendo el control de la situación.

— ¿Quieres decir que debemos vivir juntos?

Seth asintió.

— ¿Qué esperabas?

— Tú tienes tu casa y yo la mía. Pasa igual que con la luna de miel. No sé por qué tenemos que guardar las apariencias hasta ese punto. Es ir demasiado lejos.

— No estoy de acuerdo contigo.

— ¿Por qué?

— Porque es diferente. La luna de miel, como bien has dicho, es una cuestión de apariencias estrictamente. Pero un matrimonio cuyos componentes no cohabitan levanta muchas sospechas. Demasiadas, de hecho. Y debo recordarte que, cuantas menos preguntas nos hagan, mejor. Charlotte en particular.

— No me preocupa Charlotte.

— Es igual. Al menos, sabrás que para dar a nuestro matrimonio el mínimo grado de credibilidad, vivir en la misma casa resulta esencial —Seth suavizó el tono—. Mira, sé que no tenías en mente nada parecido en tu versión de matrimonio sólo de nombre. Es necesario para guardar las apariencias, Jennifer. Después de todo, sólo nosotros sabemos cuál es la realidad.

— ¡Pero es sólo asunto nuestro!

— Mira, te sugiero que te reúnas con tus abogados porque, según su opinión, el testamento de tu padre no admitiría un matrimonio de conveniencia.

— Pero, yo creía...

— ¿Qué después de la ceremonia tendrías todo resuelto? Bueno... me duele sacarte del ensueño, pero, siendo la hija de Oliver Ramsey, deberías controlar la situación con un poco más de sangre fría.

— No es necesario insultar.

— Perdóname, pero debo ser absolutamente sincero contigo, Jennifer. Me parece que te falta una visión realista de las cosas.

Era sincero y tenía razón, se dijo Jennifer. Tal vez, en su interior, había sabido desde siempre que no podría evitar aquella concesión. Dejó escapar un largo suspiro.

— Entonces, parece que no queda otro remedio que vivir juntos.

— Sí —respondió Seth, mirándola detenidamente—. Pero sólo el tiempo necesario.

— Genial.

— Me doy cuenta de que se trata de un serio inconveniente pero, si yo estoy dispuesto a aceptarlo, tú también deberías estarlo.

Jennifer se sintió avergonzada por haber discutido con él por aquel asunto. El hombre estaba dejándose la vida por sacarla del apuro. Por supuesto que tenía razón... como siempre. Sólo que ella llevaba tanto tiempo viviendo sola que le parecía imposible imaginarse compartiendo el hogar con otra persona... especialmente, con un virtual desconocido. Ya comenzaba a sentir que perdía su reino íntimo, su amada paz...

— Tienes razón —murmuró al fin, y Seth esbozó la más leve de las sonrisas.

— No será el fin del mundo, Jennifer.

— ¿Estás seguro de que no te importará vivir conmigo unos cuantos meses?

— Por completo. Créeme.

– Mi apartamento es algo pequeño para...

De forma inesperada, Seth extendió el brazo y cubrió una mano de Jennifer con la suya.

– Vendrás a vivir a mi casa, por supuesto.

– Oh – Jennifer refrenó un escalofrío.

– Hay espacio de sobra para que los dos gocemos de toda la independencia necesaria, te lo aseguro. La habitación de invitados es muy acogedora.

– ¿Estás seguro de que no es... una intrusión?

– Muy seguro.

Jennifer apartó la mano y se mesó los cabellos con movimientos nerviosos.

– Entonces, ¿cuándo tendría que mudarme?

– Cuando quieras – Seth hizo una pausa –. ¿Qué te parece esta noche?

– Sin duda bromeas.

Pero la expresión de Seth le decía algo muy diferente.

– Eres bienvenida en mi hogar, Jennifer. Siempre que quieras – murmuró y, tras sacar un juego de llaves de un bolsillo, volvió a coger la mano de ella y dejó el mencionado juego entre sus dedos –. Con apariencias o sin ellas, es tu casa siempre que puedas necesitarla.

Jennifer sintió de repente una curiosa ligereza.

– Gracias – dijo por fin –. Creo que mejor será dejar el traslado para después de la boda. Debo organizar muchas cosas.

– Tómame el tiempo que necesites. Y, si puedo ayudarte en algo, no dudes en hacérmelo saber. Se me da de miedo transportar maletas.

– Estoy segura de que podré arreglármelas sola – replicó ella, sonriendo débilmente.

Seth estaba comportándose muy amablemente, siempre dispuesto a ayudar... ¡encantador! Contra su voluntad, Jennifer se veía arrastrada hacia él por una atracción mayor a cada minuto. Habría preferido una relación fría, distante, y ahora no sabía cómo actuar ante el cálido Seth Garrison. Compartir una casa con él suponía en sí una situación extraña. Pero, que comenzara a gustarle, complicada aún más las cosas.

Él parecía esperar que Jennifer dijera algo más. Como no lo hizo, se encogió de hombros y se puso en pie. Ante el sofá, se cernió sobre ella.

– Bueno, no quiero molestarte más.

– No me molestas.

Por unos instantes, él dio muestras de considerar las últimas palabras de Jennifer.

– En cualquier caso – dijo luego precipitadamente –, se hace tarde.

–Supongo que tienes razón.

Jennifer se levantó del sofá con rapidez, demasiada rapidez, y perdió el equilibrio. Se habría caído de cabeza en la mesa de no haberla frenado Seth justo a tiempo. En un instante se vio cayendo y en el siguiente envuelta por los brazos de Seth, sorprendentemente fuertes, estrujada contra su pecho.

Los dos guardaron silencio un momento. Seth la estrechaba con fuerza contra el suave algodón de su chaqueta. Con más fuerza de la que parecía necesaria para evitar su caída.

–Creo que a lo mejor te has excedido un poquito con el champán.

Seth procuraba hablar con calma, pero su corazón estaba palpitando desbocado. Abrazado a la suave y tierna mujer, corría el peligro inminente de hacer el más completo de los ridículos. Pero, por otro lado, deseaba prolongar la deliciosa sensación de tener a Jennifer entre sus brazos. Era una especie de dulce tormento.

–No suelo beber champán –murmuró ella—. Es algo verdaderamente poco usual por mi parte.

En un intento por recobrar el equilibrio, Jennifer comenzó a retroceder.

–Espera –susurró Seth—. Sólo deja que te abrace un minuto.

Deslizó una mano firme por su cintura; la otra, bajo su barbilla.

–¿Qué haces? –dijo ella con una voz jadeante que no reconoció como propia.

–¿Recuerdas lo que dijiste anoche acerca de la espontaneidad? Bueno –trazó con uno de sus dedos el contorno de los labios de Jennifer—, ahora estoy siendo espontáneo, Jennifer.

Al instante bajó la cabeza y le dio un beso duro, efímero, que electrificó todos sus sentidos. Luego se echó bruscamente hacia atrás, con el desconcierto dibujado en su rostro.

–Aunque, después de todo, ser espontáneo quizás no sea tan buena idea.

Jennifer se esforzó por recobrar la poca compostura que le quedaba.

–Quizá tengas razón.

En un impulso inconsciente, se llevó una mano a sus acaloradas mejillas.

–Buenas noches –dijo Seth con voz ronca—. Te llamo mañana. Cuídate, Jennifer.

Capítulo 5

Se casaron el domingo. El juez Helmer, un hombre calvo de unos cincuenta y pocos años, celebró la breve ceremonia en el salón del hogar de Seth, en Benedict Canyon. Sólo asistieron dos testigos. Anita y un pariente de Seth que se había desplazado en avión desde otra ciudad. Los dos observaron la ceremonia en respetuoso silencio, brindándole su apoyo a los novios.

Jennifer sólo había visto a Seth una vez más antes de la boda. En dicho encuentro parecía extrañamente distante e indiferente, lo que le recordó al joven y serio señor Garrison que había conocido en su infancia. Para ella, resultaba evidente que estaba arrepentido de haberla besado la otra noche. Como también ella albergaba sentimientos confusos respecto al incidente, le pareció bien olvidar que el beso había ocurrido en realidad. La reflexión convenció a Jennifer de que la asombrosa atracción del momento se debía al champán y a sus propios nervios y ansiedades, una potente combinación sin duda. En cualquier caso, ninguno de los dos se refirió más a ese tema, y Seth actuaba como si estuviera empeñado en evitar el menor roce físico entre ellos. No hubo más apretones de ánimo en los hombros, ni siquiera volvieron a estrecharse la mano.

—Entonces, en virtud de la autoridad que me ha conferido el estado de California, os declaro marido y mujer —el juez les dirigió una cálida sonrisa antes de añadir—: Ahora puede besar a la novia.

El juez aguardaba a la expectativa. Sobrevino un prolongado silencio, y luego, casi de mala gana, la pareja de recién casados intercambiaron un beso brevísimo, superficial, y se separaron a toda prisa, los dos muy violentos.

—Enhorabuena —murmuró Anita, abrazándoles a los dos precipitadamente.

El primo de Seth, Daniel, un abogado neoyorquino de pocas palabras, hizo otro tanto. Los dos testigos parecían comprender instintivamente la situación embarazosa.

—Mis mejores deseos para los dos —dijo, y apretó un momento los fríos dedos de Jennifer en ademán de ánimo—. No podías haber encontrado mejor hombre que Seth. Bajo cualquier circunstancia.

Todos brindaron con champán a la salud de los novios. Jennifer apenas rozó el borde de la copa con los labios, incapaz de hacer nada sino fingir que bebía un sorbo. Mientras la conversación de los demás se apagaba a sus oídos, sintió en la cabeza un retumbar cada vez más fuerte y, ciegamente, se asomó a una ventana que ocupaba toda una pared y daba al jardín.

La casa de Seth había sido construida en la ladera de una colina. Era una estructura moderna de ladrillo rojo y cristal con una hermosa panorámica de la ciudad. Diseñada a finales de los sesenta por un renombrado arquitecto, sus formas evocaban la proa de un barco. Una porción estaba curvada para encerrar una pequeña piscina. Resultaba un caso ingenioso de un pequeño espacio para crear un entorno íntimo. En otras circunstancias, Jennifer habría podido admirar la belleza

serena de la sorprendente construcción, pero en ese momento nada estaba más lejos de su mente.

«Estoy casada. Soy una mujer casada». Aunque sólo fuera una formalidad, para ella constituía el final de una época de su vida. Un adiós definitivo a la libertad, a la falta de responsabilidades. Se miró el dedo corazón de la mano izquierda. Junto al anillo resplandeciente de diamantes, había un sencillo anillo de oro. A través de los años, siempre se imaginó el día de su boda junto a su amado Kevin, contemplando su cálida sonrisa, pero en ese momento veía sus sueños de juventud verdaderamente muertos. Había llegado el momento de apartar definitivamente de su mente las fantasías respecto a Kevin. En muchos aspectos, había dejado de afligirse por él hacía mucho; en otros, sin embargo, el dolor no la había abandonado.

Se vio embargada por una inmensa sensación de tristeza, su mirada pasó sobre los eucaliptos, y se dirigió hacia el sol resplandeciente. Se le humedecieron los ojos. Por un momento, revivió el agrídulce recuerdo de Kevin. Qué bien comprendía las lágrimas de una anciana cuando de repente se veía afrontando un recordatorio de un ser querido y perdido hacía mucho tiempo. Pero la tristeza desapareció tan rápidamente como había surgido. Su corazón aceptó lo que su mente ya sabía. Aquella tarde, después de siete años, por fin había dado el adiós definitivo a Kevin Stern.

— ¿Te encuentras bien?

Sobresaltada, se volvió hacia Seth. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?, se preguntó.

— Sí.

— ¿De verdad?

Seth sacó un pañuelo blanco de un bolsillo y enjugó con delicadeza las lágrimas de sus mejillas.

— El sol es tan deslumbrante, que me ha hecho llorar.

Seth arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario. Cogió el pañuelo, lo dobló y volvió a guardarlo en el bolsillo de su impecable esmoquin. Lanzó un suspiro sarcástico antes de hablar.

— Creía que íbamos a hacer todo lo que estuviera en nuestra mano para ser sinceros el uno con el otro.

Jennifer esbozó una brillante sonrisa.

— Como ya te he dicho, estoy bien.

— Jennifer —Seth envolvió una mano de ella entre las suyas—. Escúchame. ¿Crees que no sé lo que sientes ahora mismo? Por supuesto, puedo imaginarme en quién y en qué estás pensando, y la tristeza que sientes. Créeme, te comprendo. Sé que pasar por esto no te hace feliz.

— Lo siento, yo...

Jennifer suspiró. No había palabras. La emoción del momento era demasiado intensa.

Seth frunció los labios.

– Ven aquí – dijo con voz ronca, envolviéndola en un tierno abrazo.

– Lo siento – repitió Jennifer, incapaz de dejar de temblar.

– Te prometo – le susurró Seth al oído –, que voy a ayudarte a superar este lío, cielo. Los dos saldremos bien parados – añadió tras una breve pausa.

Jennifer continuaba temblando, pero por una razón diferente. Perdida en una vaga tristeza, las palabras cariñosas de Seth traspasaron su dolor y envolvieron su corazón. Era la primera que le veía utilizar palabras como ésas. Y, en ninguna de las ocasiones de su vida que había oído la misma palabra, le había parecido más sentida o sincera que en los labios de aquel hombre seco por lo general. *Cielo*.

– No estoy preocupada – dijo con voz entrecortada contra su pecho duro y cálido –. Es sólo que todo ocurre tan de prisa... Me siento tan... tan rara.

– No es de extrañar. Y no eres la única – admitió él, apartando un mechón rebelde de su frente –. La situación no es normal precisamente, ¿no te parece?

– Bueno, al menos ya hemos superado la boda.

– Sí, hasta ahora, todo marcha bien – convino Seth, y se echó hacia atrás, apoyando las manos en los hombros de Jennifer.

Ella sintió el calor de sus dedos a través de la fina seda azul de su vestido. Vislumbrando por un instante el anillo de oro que brillaba en uno de esos dedos firmes, bronceados, recordó algo que le había sorprendido en su momento. En un gesto inesperado, Seth había decidido llevar también anillo de casado.

– Aprecio lo que quieres hacer – le dijo –, pero no tienes que llevar anillo si no quieres.

– Quiero.

– De verdad, no es necesario.

– No – Seth la observó con su mirada plateada, impenetrable –. Insisto. Además, si tú tienes que llevarlo, yo también.

– Supongo que te darás cuenta que este detalle podría... podría arruinar tu... reputación.

– Y la tuya también. Pero se supone que los recién casados no deben preocuparse de esas cosas, ¿no?

– No, pero...

– De hecho – la interrumpió Seth –, creo que es prudente evitar por el momento cualquier, digamos, relación fuera del papel.

– No te lo decía por mí, esto es, yo no tengo intención de ver a otros hombres mientras nosotros...

Jennifer dejó de protestar al ver brotar una sonrisa en el severo rostro de Seth.

– Pues entonces confía un poco en mí también.

– En realidad, no te conozco muy bien.

– Me conocerás. Y, ya que estamos en ello, tal vez llegues incluso a comprenderme algún día – Seth deslizó la mirada por sus brazos, cubiertos de seda azul –. Por cierto, estás preciosa con este vestido, Jennifer.

– Gracias.

– El placer ha sido mío.

– ¿Pensáis quedaros parlotando ahí todo el día, o daremos cuenta de la cena reservada? – les dijo Anita en son de broma.

El juez Harold Helme lanzó otra mirada de admiración a Anita antes de marcharse apenado para celebrar otra boda. Así las cosas, los recién casados se vieron acompañados por la actriz y Daniel Garrison. Estaban en uno de los restaurantes más caros de Los Ángeles, discretamente oculto en las colinas sobre la playa de Malibú. Aunque rústico, el lugar poseía una aureola de elegancia y encanto. Les dieron la mejor mesa del establecimiento, junto a un amplio ventanal con una preciosa vista del Pacífico. La comida en sí resultó muy agradable, debido a la compañía pues los dos testigos eran los mejores amigos de los recién casados, y mantuvieron la conversación animada. Daba idea de la prudencia de Anita y Daniel que no hicieran ningún comentario romántico o malicioso concerniente a la boda. También era cierto que Anita seguía siendo Anita y, a pesar de que él también era una persona triunfadora, con confianza en sí mismo, Daniel Garrison obviamente se veía abrumado por el hecho de compartir la mesa con una atractiva actriz de cine.

De vez en cuando, Jennifer notaba que Seth estaba observándola, pero ya no se sentía tímida por ello. Le producía una sensación agradable saber que la encontraba guapa. Y, lo que había comenzado siendo una tarde llena de turbaciones y preocupaciones, se convirtió poco a poco en una velada tranquila, alegre. Esto es, hasta que vio a una figura esbelta muy familiar que llevaba el *maître* hasta una mesa próxima.

A Jennifer se le encogió el corazón. Charlotte. Desesperada, levantó la vista hacia Seth, el cuál también se había percatado de la presencia de la mujer.

– No pasa nada – murmuró él en tono tranquilizador, acariciando sus manos –. No te preocupes por ella.

– ¿Cómo no voy a preocuparme? ¡Está mirándonos!

– Entonces, vamos a dedicarle algo que merezca la pena. Sin más, Seth se inclinó y deslizó un brazo por los hombros de Jennifer.

La impresionante actriz pelirroja se quedó mirándoles boquiabierta desde la mesa, luego se levantó de repente y se dirigió con paso decidido hacia ellos. Charlotte DeLeon Ramsey era una versión madura de Anita Bailey, sólo que más llamativa y menos agradable. Con treinta y siete años, su cuerpo sinuoso y perfecto seguía siendo la envidia de Hollywood. En el aspecto físico, ninguna mujer del

mundillo podía competir con ella. Pero, ¿personalidad? Bueno, ésa era una historia completamente diferente.

—Mira quién está aquí —comenzó, sus palabras cargadas de dulce veneno, cerniéndose sobre su mesa—. Mis adorables amigos. Vaya, pero si es la princesita en persona —prosiguió, lanzando una mirada asesina, y dedicó otra a Seth seguidamente—. ¡Y parece que ha encontrado al príncipe rana!

—¡Hola, Charlotte! —dijo Anita, en un heroico intento de distraer la atención de la entrometida—. No te había reconocido sin la escoba.

—Oh, están todos aquí... ranas y sapos. ¡Debe haber una epidemia! —Charlotte se volvió de nuevo hacia Jennifer—. Así que es verdad —siseó, observando la rosa banca en la solapa de Seth, y los anillos de boda—. Estáis casados.

Jennifer comenzaba a hervir de rabia, pero antes de que pudiera darle una réplica ácida a Charlotte, Seth le apretó los hombros para tranquilizarla.

—Puedes felicitarnos o marcharte —dijo en un tono tan gélido que hasta su primo lo miró perplejo—. Aquí no eres bienvenida, Charlotte.

Los labios de Charlotte, pintados a la perfección de rosa, sonrieron.

—Dejémonos de farsas de una vez, ¿vale? ¡Sé lo que pretendéis y no vais a conseguirlo! ¿Acaso me creéis tan estúpida como para tragarme este matrimonio fingido?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Seth con calma, fríamente, y se volvió hacia Jennifer—. ¿Matrimonio fingido? ¿Has oído eso, cariño? Tú maravillosa madrastra cree que no estamos casados de verdad.

—Pero, querida —dijo Jennifer, siguiendo el juego a Seth—, ¿de dónde has sacado una idea tan absurda?

Charlotte levantó los ojos al cielo.

—¿De verdad pensáis que soy tan imbécil?

—Por supuesto —dijo Anita, lanzando una bocanada de humo hacia ella—. ¿Por qué íbamos a ser diferentes del resto del mundo?

Le hizo un guiño a Daniel Garrison, cuyos labios se torcieron involuntariamente.

—No te metas en esto —musitó Charlotte entre dientes—. No estoy de humor como para discutir con actrices de tercera fila.

—¿De tercera fila? —explotó Anita—. ¿Cuándo leíste *Variety* por última vez? Y tengo entendido que la gente ni siquiera acepta entradas regaladas para tus películas...

Jennifer se aclaró la garganta.

—Me gustaría que te fueras, Charlotte. Estás arruinando una alegre celebración —se volvió hacia Seth—. ¿No es cierto, cariño?

— ¡Oh, por favor! — los ojos de Charlotte expresaban su ira —. Vuestra escena es tan convincente como la de unos colegiales. ¿Creéis que no distingo una parodia cuando veo una?

— ¿Dónde está la parodia? — Seth bajó la voz y miró los ojos avellanados de Jennifer —. ¿Te haces idea de cuán loco estoy por ti, señora Garrison?

— Concededme un descanso — rugió Charlotte —. Me moriría de risa si un par de besugos fríos como vosotros pudierais sentir algo el uno por el otro — hizo una pausa —. Por cierto, cuando demuestre la falsedad de vuestra boda, la última en reír seré yo.

— ¿Besugos fríos? — repitió Jennifer, dirigiéndole un guiño a su marido recién estrenado —. ¿Has oído lo que ha dicho?

Y allí mismo, se llevó a Jennifer a su regazo. Charlotte arqueó las cejas cuando Jennifer entrelazó los brazos posesivamente alrededor de su cuello.

— Parodia, dice — dijo la recién estrenada señora Garrison, con la voz algo temblorosa —. ¿Qué diablos le pasa a esta mujer?

— No lo sé — contestó Seth, envolviendo la barbilla de Jennifer entre sus manos —, ni me importa.

Sus ojos azules chispearon cuando se quitó las gafas y las dejó con ademán despreocupado en la mesa.

— Sólo deseo besarte, cariño.

Seth besó sus labios de inmediato. El contacto resultó tan electrizante como había sido en el apartamento de Jennifer la otra noche, pero mucho más intenso. Ahora no fue un breve roce, sino un beso prolongado, duro, y Jennifer no pudo sino responder. Con los ojos cerrados, se rindió a la dulce sorpresa del inesperado y ardiente beso de Seth, y entrelazó los brazos con más fuerza alrededor de su cuello. Y, en algún momento, todo dejó de ser una escena. Ella suspiró y entreabrió los labios, entre los de él deslizó la lengua tentativamente. Y ella saboreó su maravilloso sabor. Olía a jabón y loción de afeitar, la tradicional combinación masculina que en Seth obraba milagros. Un impulso voluntario llevó las manos de Jennifer entre el espeso pelo castaño de Seth, el cuál respiró entre cortadamente y la miró con ojos llenos de asombro.

— ¡Jennifer!

— ¿Qué pasa? — murmuró ella —. ¿Crees que nos hemos pasado de la raya?

— Es una forma de decirlo — dijo él con voz débil contemplando las mejillas sonrojadas de Jennifer y sus ojos brillantes —. ¿Dónde aprendiste a besar de ese modo?

— ¿No te parece que me falta un poco de entrenamiento? — replicó ella, en un tono sólo audible para Seth —. De hecho, hace mucho tiempo que no practico.

— Créeme, lo has hecho muy bien.

— Supongo que será algo como montar en bicicleta — murmuró Jennifer.

– Algo así – convino él con voz entrecortada.

– Qué conmovedor – les interrumpió Charlotte con voz estridente –. ¡Digno de un Oscar! ¡Y no prueba nada!

A pesar de la explosión de la mujer, evidentemente estaba confusa por el abrazo apasionado que acababa de presenciar.

Y Seth y Jennifer se vieron de nuevo en la realidad, con el embrujo de su beso embriagador finalmente roto. Bruscamente, Jennifer, aturdida, apartó los labios de las cálidas y ásperas mejillas de Seth, procurando apaciguar sus emociones. Él la soltó de mala gana, dejando caer los brazos.

– Bueno, bueno – dijo Charlotte –, ¿ya han terminado la escena los pichones?

Seth cogió las gafas y se las puso de nuevo.

– Oh, ¿todavía estás aquí, Charlotte?

Con rabia apenas contenida en su atractiva cara, Charlotte DeLeon atacó de nuevo.

– ¡No habéis oído mi última palabra sobre este asunto, podéis estar seguros!

Y, sin decir nada más, se marchó disparada hacia su mesa, donde un hombre joven y atractivo, al menos quince años más joven que ella, masticaba con cara de hastío un canapé de tortilla.

Nadie abrió la boca durante unos momentos violentos.

– Nunca podré volver a ver una de sus viejas películas en la televisión – observó por fin Daniel Garrison.

– Sí – convino Anita –. Conocerla en persona rompe la ilusión, ¿verdad?

Ni Jennifer ni Seth hicieron ningún comentario, pero los dos estaban preguntándose en silencio cómo había podido Oliver Ramsey casarse con una mujer tan desagradable. ¿Qué habría visto en ella?

Fue Daniel Garrison el que, con tacto, encontró una forma de poner fin a la reunión, anunciando que debía coger un avión. El hombre sabía muy bien que había sido un día agotador y lleno de avatares para los recién casados. Anita lanzó al vuelo la indirecta e insistió en llevar al primo de Seth al aeropuerto.

– A estas horas, siempre hay atasco en la autopista los domingos – dijo la hermosa pelirroja –. Conozco todas las carreteras secundarias, así que no perderás el avión.

– Es... es muy amable por tu parte – murmuró Daniel sorprendido, aceptando de muy buena gana la oferta.

Más tarde, cuando se quedaron solos, Jennifer sintió que brotaba de nuevo el enrarecimiento del ambiente. Seth la había llevado a su apartamento, acompañándola hasta el portal.

— Bueno, supongo que nos veremos mañana —dijo él—, a menos que pueda echarte una mano ahora en cualquier cosa. Quiero decir que podría llevar esta noche a mi casa maletas o cajas, si lo deseas.

— No, gracias.

Jennifer tenía la sensación de que Seth estaba esperando que dijera o hiciera algo, y casi le daba pánico adivinar qué podría ser.

— Me gusta tu primo Daniel —observó con ligereza—. Fue un detalle por su parte invitarnos a todos a la cena.

— Y yo diría que se lo ha pasado bastante bien —afirmó Seth, haciendo una mueca irónica con los labios—. No todos los días lo lleva al aeropuerto una actriz de armas tomar.

Por alguna razón inexplicable, Jennifer sintió una extraña molestia.

— Sí, Anita es guapísima, ¿verdad?

— Sin duda, pero no tanto como tú, Jennifer.

Y, sin decir más, Seth se volvió y se encaminó hacia el coche. En cuestión de segundos, su Mercedes desapareció calle abajo, en la oscuridad.

Así fue el día de boda de Jennifer Garrison.

Capítulo 6

Jennifer completó la mudanza a la casa de Seth al cabo de tres días. Su eficiencia la asombró a ella misma.

Primero se ocupó de llevar a un guarda-muebles todos sus muebles y carteles. Aparte de su ropa, algunos libros y unos cuantos objetos preciosos para ella, podía renunciar a todas sus otras posesiones durante unos meses. Tenía planeado regresar a la mansión Ramsey cuando Charlotte fuera «evacuada» por la ley. Todavía no había discutido ese tema con Seth, pero estaba segura de que le parecería bien. Así, tres días después de la boda, Jennifer hizo las maletas y las metió en el coche, junto con todas las cajas que pudo encajar en el maletero y el asiento trasero. Luego se dirigió a la casa de Seth. De esa forma tan sencilla completó el traslado, mientras él estaba trabajando.

Cuando llegó a casa, Seth la encontró cómodamente instalada en el cuarto de invitados, situado en la parte trasera de la casa. El suelo de dicha habitación era de moqueta beige, suave y mullida. El armario empotrado tenía espacio de sobra para su vestuario, y otro tanto podía decirse de la estantería respecto a su colección de libros. A Jennifer le agradaron sobremanera las puertas corredizas de cristal que daban a la piscina. Quizás, decidió, al tenderse en la cama digna de un rey vivir en aquel lugar varios meses no estuviera tan mal después de todo.

—Jennifer.

Ella levantó la cabeza de la almohada. Seth estaba junto a la puerta con la chaqueta al hombro; era la primera vez que Jennifer lo veía con un aspecto tan informal.

—Oh, hola —Jennifer sonrió, haciendo un gesto hacia las cajas esparcidas por el suelo del dormitorio—. Como verás, no he acabado de instalarme aún.

—¿Puedo pasar?

—¡Qué pregunta! Estás en tu casa.

—Pero ésta es tu habitación.

—¡Vamos, por favor! No tienes que preguntar —levantó los ojos al cielo—. Entra de una vez.

Seth se encogió de hombros y avanzó unos cuantos pasos.

—Sólo intento... respetar tu espacio, como dicen hoy en día.

—Si quieres que me sienta a gusto, Seth, no seas tan ceremonioso.

—Vale —replicó él, vacilando—. Sólo quiero asegurarme de que tengas intimidad, Jennifer.

Seth no quería ni pensar en la deliciosa sensación que le produjo regresar a casa y encontrarla allí. Que se le tachara de machista, de romántico sin remedio, de anticuado, pero, en sus sueños, eso era lo que siempre había imaginado. Estaban casados, y allí estaba ella, esperándolo a su regreso de trabajar. Se dejó arrastrar por

sus fantasías y se imaginó a los dos cenando en el comedor de paredes de cristal, contemplando la puesta de sol. «Maldita sea, me estoy volviendo poético», se reconvinó en silencio. Si se descuidaba, comenzaría a confundir fantasía y realidad. Ya era bastante grave ver a Jennifer relajada en una de sus propias camas. Pero sería ridículo atormentarse con el recuerdo del beso apasionado que le dedicaron a Charlotte en el restaurante. De repente, el confiado hombre de negocios se sintió como un atribulado y desgarrado adolescente el día de su primera cita.

—¿Intimidad? —estaba diciendo Jennifer—. No me parece un buen modo de comenzar una amistad. Si queremos que nuestra convivencia sea agradable y natural, imaginemos que estamos de vuelta en la universidad y somos compañeros de habitación.

—¿Compañeros de habitación? —repitió Seth en tono escéptico.

¡Jennifer no se parecía en nada a los compañeros de habitación que había tenido! Sin duda.

—Si te parece bien, me gustaría que nuestra relación fuera tan informal como sea posible, Seth. Por supuesto, respetando siempre nuestra independencia pero, si vas a seguir pidiendo permiso para entrar cuando la puerta está abierta, bueno... la convivencia será bastante molesta —concluyó sinceramente preocupada.

—No haré nada que te incomode —afirmó Seth, sentándose al borde de la cama—. Por nada del mundo, créeme.

Señor, estaba adorable, pensaba en aquel momento. Sin maquillaje, parecía una adolescente. Un adolescente de formas muy bien hechas, alucinantes. ¿Y si acariciara aquel pelo rubio y sedoso?, se siguió atormentando. ¿Y si volviera a besar su dulce boca? No sería lo mismo que en el restaurante. Estaban solos, en una cama. ¡Era una locura! ¿Cómo demonios iba a dominar sus emociones a lo largo de tantos meses? Se aclaró la garganta.

—¿Has cenado?

—En realidad, no he comido en todo el día. Ya sabes lo que sucede cuando la actividad en febril.

—¿Le apetece a mi nueva compañera de habitación compartir la cena conmigo? No soy el peor cocinero del mundo.

Jennifer lo miró sorprendida.

—¿Sabes cocinar?

—No soy un *gourmet* profesional pero, por otra parte, tampoco se me de mal.

—Curioso. Jamás te habría imaginado con un delantal puesto. Suponía que casi siempre comerías fuera de casa.

—Hay muchas cosas que desconoces respecto a mí, Jennifer —afirmó Seth, remangándose la camisa—. ¿Qué salsa prefieres con la ensalada de endivias y espinacas?

—Oh, parece que la cosa va en serio.

—Entonces, ¿qué opinas de los escalopines de ternera? ¿Demasiado serios? — replicó él, devolviéndole a Jennifer la sonrisa.

—En absoluto. Es uno de mis platos favoritos.

Jennifer frunció el ceño, pensativa. En la vida había visto a Seth tan... tan despreocupado. Y tampoco lo había visto nunca sin chaqueta. Era más ancho de espalda de lo que se imaginaba, musculoso... Algo inesperado por igual. Sintió el caprichoso impulso de palpar sus músculos para comprobar su verdadera fuerza.

Por un breve instante, Seth tuvo la sensación de que ella estaba mirándolo casi... casi con admiración, pero, sin duda, era una idea ridícula. Aunque...

Seth se detuvo a observar aquellos enigmáticos ojos avellanados. Jennifer desvió la mirada y se quedó contemplando la colcha.

—Sí, me encantan los escalopines — dijo.

—Perfecto. Entonces, voy a descongelarlos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Además debes estar agotada. ¿Por qué no descansas un rato? Te llamaré cuando la cena esté lista.

—En serio, Seth. Me gustaría ayudar en algo.

Se hizo una pausa.

—Bueno, puedes ayudarme a beber una botella de vino mientras preparo la ensalada.

—Oh.

Jennifer no pensaba cometer esa equivocación otra vez.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Seth.

—No. Sólo que beber alcohol no me parece buena idea ahora mismo.

¿Quién sabe lo que podría decir o hacer después de unas cuantas copas de vino en la situación actual?

—Te encantará este Rioja que me trajo un amigo de España.

—Preferiría no beber, Seth.

—Como quieras, sin problema — dijo él, procurando disimular su decepción.

Como un estúpido, había comenzado a fantasear con vino y luz de candelabros. Era tan encantadora, tan fascinante... ¿Y a él por qué le habría caído en suerte ser tan corriente y aburrido? ¡Y, para poner la guinda, corto de vista! ¿Por qué no se habría molestado nunca en comprarse unas lentillas?, se preguntó.

—La verdad es que no soy muy aficionada a beber alcohol — estaba explicándole Jennifer.

—Oh, te comprendo perfectamente, no te preocupes.

—¿De verdad?

– Jennifer, deseo que te sientas como en tu casa. Y, si hago algo que te incomode, no dudes en decírmelo.

Ella esbozó una sonrisa tímida.

– Estoy segura de que no se dará esa situación. Tengo la sensación de que voy a sentirme muy bien en esta casa.

– Esperaba que te gustara.

– Tienes un hogar encantador, Seth. En ciertas cosas, me recuerda a mi... a mi vieja casa.

– ¿Cómo puedes decir una cosa así? – replicó él en tono escéptico –. No hay punto de comparación.

– Yo me refería a la tranquilidad, a la paz.

– Me alegra que pienses así.

Jennifer vaciló antes de murmurar:

– Quiero darte las gracias otra vez por tu ayuda.

– Es un placer ayudarte – respondió Seth, levantándose –. Y me encanta que estés aquí.

Sin más, salió del cuarto. Dejó a Jennifer mirándolo sorprendida, pasmada.

– ¿Qué piensas hacer con esas acciones de Northern Technologies? – preguntó Seth durante la cena. De fondo había un precioso crepúsculo tras los ventanales.

– Para ser sincera, no tengo la menor idea. ¿Tú qué harías?

– Vender ahora que puedes. En este momento se cotizan alto.

– No lo sabía.

Por supuesto que no. ¡No sabía nada de nada respecto a los negocios de su padre! En la vida había oído hablar de Northern Technologies. Wastington Irving y Nathaniel Hawthorne; a esos escritores sí que los conocía bien. Y la literatura española del XIX. Y frente a ella estaba Seth, tan interesado y preocupado por el mercado de valores. Casi era avergonzante admitir su ignorancia.

Santo cielo, se dijo mientras él continuaba su parloteo sobre ofertas de compra hostiles, la economía volátil y la industria tecnológica, ¿siempre había sido tan avisado? ¿Por qué no se habría fijado en él cuando era más joven? ¿Sería cierto que algunos hombres se hacían más atractivos con los años? ¿Por qué habría tardado tanto en apreciar la ruda virilidad de su rostro adusto y bronceado? Y, encima, era un cocinero de primera. La cena estaba deliciosa.

– Y te diré más. Sin Oliver al timón, puedo prever unas cuantas dimisiones en la junta directiva. Aunque, ahora mismo, el principal problema es el capital invertido

en la compañía de aerolíneas. En la bolsa hay cierta tendencia a... No paro de hablar, ¿verdad? Me temo que debes estar muriéndote de aburrimiento.

– En absoluto.

Seth esbozó una sonrisa y dejó su copa de vino en la mesa.

– Ahora estás siendo diplomática. Las finanzas pueden ser un tema muy aburrido.

– Mira, Seth. Reconozco que nunca le dediqué mucha atención a los negocios de papá. Esto es, hasta hace unas cuantas semanas. Lo que suceda en Ramsey Enterprises es importante para mí, pero en realidad no sé nada. Papá nunca me habló de sus negocios. No sabría ni cómo empezar.

Seth se recostó en la silla de cromo y cuero y miró al horizonte. El sol desaparecía en aquel instante tras las colinas.

– Oliver era una cabezota – afirmó –. A veces parecía creer que no se moriría jamás. Delegar responsabilidades no era plato de su agrado.

– Sólo recuerdo una persona en la que papá delegara responsabilidades a lo largo de su vida... sólo un hombre en el que confiara para actuar en su nombre – hizo una expresión pausada –. Y los dos sabemos quién es, ¿no?

– Bueno...

– Eras tú, Seth. Nadie conoce mejor que tú el funcionamiento cotidiano de la compañía.

– Han pasado dos años desde que me fui. Las cosas cambian.

– No tanto.

Jennifer se puso de pie y se dirigió hacia la terraza. Cómo podía empezar a pedírselo, se preguntó, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros. Ya tenía bastante con ocuparse de sus propios negocios, y además sería abusar... pero, ¿a qué otra persona podía recurrir?

– Estaba preguntándome...

– ¿Sí?

– ¿Crees que podrías... asesorarme en el negocio?

– Sería un placer.

Seth no acababa de comprender por qué se había puesto tan violenta de repente. Después de todo, era una petición perfectamente razonable.

– Mira, seré sincera contigo – comenzó Jennifer, y regresó junto a la mesa mesándose el cabello con manos nerviosas –. Presidiré la próxima reunión de la junta, y no estoy preparada en absoluto para el cargo – miró a Seth con expresión de impotencia –. No tengo la menor idea de lo que sucede en la compañía...

– Ya te he dicho que te ayudaré.

– Eso no es todo. Verás, yo... creo que soy una inutilidad en los temas financieros.

– Puedes aprender.

– Ciertas cosas nunca se aprenden. Son instintivas.

– Te subestimas, Jennifer.

– Nada de eso. La verdad es que no tengo el temperamento necesario para dirigir Ramsey Enterprises. Y, para ser verdaderamente sincera, tampoco me parece que quiera. Si no me queda otra alternativa, cumpliré con mis obligaciones, pero tengo sueños y metas a los que no deseo renunciar todavía.

Quería trabajar en la universidad. Quería hacer el doctorado. ¿Cómo iba a rendirse sin lucha?

– No soy la persona adecuada para presidir la junta directiva – dijo Jennifer, vacilante –. Pero sé quién podría serlo.

– ¿Quién?

– Estoy mirándola.

Seth se quedó mirándola asombrado.

– ¿Qué quieres decir?

– ¿Tengo que deletreártelo, Seth? Te estoy pidiendo que asumas el mando de la empresa. No hay nadie mejor dotado que tú para el puesto y lo sabes.

– ¿Hablas en serio?

– Muy en serio. Ya sabes lo mucho que te respeto y lo mucho que confío en ti. Mi padre habría estado muy complacido de tenerte como sucesor.

– ¿Te haces idea de lo que estás diciéndome?

– Sé que es una petición muy atrevida por mi parte. Después de todo, ya tienes un negocio que marcha viento en popa, y...

– No me refería a eso – la interrumpió Seth, suspirando profundamente –. No puedes cederme la presidencia, cielo. No sería correcto.

– ¿Por qué?

– Porque... ¡bueno, porque no!

– Buena respuesta.

– En serio, Jennifer. ¿No te das cuenta del poder que me otorgarías con ello?

– Sí.

– Además de las decisiones cotidianas, estamos hablando de cambios fundamentales de política. Deberías tener voz en estos temas y tomar decisiones.

– Por el contrario, éstos son temas en los que tú deberías tener voz y decidir – replicó, acercándose a la silla de Seth y posando una de sus manos en el hombro de aquel –. Nadie conoce la empresa mejor que tú, Seth, es la verdad.

Seth reprimió un escalofrío, el cuál no se debía a la asombrosa naturaleza de la oferta, sino al delicioso roce de los de dos de Jennifer. Ella no se hacía idea de los efectos que producían un gesto tan simple. Se aclaró la garganta. El corazón le latía alocadamente.

–Podría ser, pero sigue siendo una decisión muy precipitada por tu parte. Necesitas tiempo para...

–No necesito más tiempo. La decisión está tomada.

–¡Jennifer; que estamos hablando de la presidencia de Ramsey Enterprises!

–Dejemos claro este asunto, Seth Garrison. Quiero que ocupes el cargo –hizo una pausa–. Lo único que me falta por saber es si aceptarás, o no.

–Jennifer, estás precipitando las cosas.

–¿Aceptas o no?

–Sería un idiota si no aceptara –fue la sincera respuesta de Seth.

–Entonces, ¿aceptas?

–No sé.

Por supuesto que deseaba el puesto, se dijo él para sus adentros.

¡A un hombre que rechazara una oferta como ésa tendrían que encerrarlo en el manicomio!

–Tendré que pensarlo.

–Después de pensarlo, espero que aceptes.

–Ya veremos. Ya veremos.

Mejor no presionarlo más, decidió Jennifer.

Entonces recogieron los platos y ella se excusó para darse una ducha. Resultó una delicia relajarse en la curiosa bañera hexagonal y sentir el batir del agua en su cuerpo cansado. Se preguntó cómo no se le habría ocurrido antes ofrecerle el cargo a Seth. Ponerle al frente de Ramsey Enterprises era la solución perfecta a todos sus problemas. Tenía que aceptar.

Jennifer cerró el grifo y giró el picaporte de la gruesa puerta de fibra de cristal. Nada ocurrió. Probó de nuevo y ocurrió igual.

–¡Formidable! –musitó, empujando la puerta con todas sus fuerzas, sin suerte.

La situación comenzaba a ser muy irritante.

–Ríndete ahora mismo –amenazó a la puerta, empujándola con el hombro una y otra vez. Su frustración aumentaba a cada segundo–. ¡Eres un chisme asqueroso, odioso! Oh, genial. ¡Tremendo!

Jennifer golpeó con los puños unas cuantas veces más, sin resultado. Comenzaba a pensar que iba a pasarse toda la noche en la bañera, cuando de pronto oyó unos fuertes golpes en la puerta del baño.

–Jennifer, ¿va todo bien?

— No, estoy encerrada en la bañera. Se ha atascado la puerta.

— ¿Te importa que pase a echarte una mano?

Santo cielo, ¿tenía que preguntar?, se dijo ella, antes de contestar.

— ¡No, claro que no!

Pero estaba desnuda, recordó de pronto, y se puso como un tomate. Bueno, ¿de qué otra forma podía salir? Se abrió la puerta del baño y la figura borrosa de Seth creció según se aproximaba.

— ¿Otra vez se ha atascado el picaporte?

— ¿Ha ocurrido más veces?

— En un par de ocasiones. Creo que se debe a la humedad. Muy bien, yo voy a tirar y tú debes empujar al mismo tiempo. ¿Preparada?

— ¡Espera! ¿Podrías pasarme una toalla por encima de la puerta primero?

— Oh, claro.

Seth le arrojó una esponjosa toalla de color azul, con la que envolvió su cuerpo esbelto.

— Bueno, ya estoy preparada. Dime cuándo empujo.

— ¡Ahora!

Seth tiró de la puerta con todas sus fuerzas, a la vez que empujaba Jennifer, la cual salió lanzada directamente a los brazos de su salvador.

— ¡Lo siento! — exclamó jadeante mientras Seth la ayudaba a recobrar el equilibrio.

Era la segunda vez en una semana que el hombre evitaba que se pegara un buen trasteo.

— No es necesario que te disculpes — dijo Seth, que ni la soltaba ni dejaba de mirarla intensamente.

De pronto, Jennifer advirtió que se había desatado el nudo de la toalla, descubriendo en parte uno de sus senos.

— ¡Oh!

Antes de que pudiera hacer nada, Seth levantó la toalla, tapando el seno perfecto de punta rosada.

— No te avergüences — murmuró en tono seductor —. Eres demasiado atractiva como para tener que avergonzarte por nada.

— Te estoy empapando — afirmó Jennifer con voz temblorosa.

— Me da igual — replicó Seth, deslizándose las manos por sus hombros desnudos —. ¿Sabes que tienes una piel tan suave como el terciopelo?

— ¿Seth?

Ella le miró con expresión interrogante. Era escalofriante que la abrazaran de esa manera. Durante unos instantes, tuvo la sensación de que Seth estaba a punto de besarla.

Las manos de él descendieron por sus brazos.

— ¡Puedes volver loco a un hombre, Jennifer!

Con un gemido de protesta, e ignorando que llevaba la húmeda huella del cuerpo de Jennifer en la parte frontal delantera de la camisa y los pantalones, se apartó de ella y salió del baño, sin concederle la menor oportunidad de articular una réplica.

Capítulo 7

A la primera hora del día siguiente, cuando Seth regresó de su carrera matinal, le dijo a Jennifer que, tras pensarlo cuidadosamente, había decidido aceptar la presidencia de la junta de Ramsey Enterprises. Casi con el mismo aliento le dijo que había una cena benéfica con baile en el Beverly Hilton por la noche. ¿Le apetecía acompañarle? Lo preguntó como si medio esperase una negativa.

—Tengo un par de entradas —fue su explicación—. Las compro todos los años, aunque en realidad nunca he ido.

—Podría ser divertido. Me encantaría ir.

—¿Sí?

—Claro, ¿por qué no?

Una cena con baile, estaba pensando Jennifer. Sin duda sería una de esas típicas extravagancias caritativas que siempre había procurado eludir. Tendría que soportar los inevitables discursos soporíferos, la comida ordinaria, y alguien estaría fumando en la mesa el puro más apestoso del mundo. Por otra parte, le proporcionaría una oportunidad perfecta para bailar con su recién estrenado marido, y ésa era una perspectiva muy emocionante. De hecho, era algo que anhelaba de un tiempo a esta parte. Deseaba que aquel hombre la abrazara, la tocara. No sólo había experimentado vergüenza durante la escena en el baño...

—¿No te parece que puede ser un aburrimento para ti?

—Quizá —respondió ella con la ligereza que pudo—, pero es una ocasión ideal para hacer acto público como pareja casada oficialmente.

—Oh —Seth hizo una pausa, la sonrisa de sus ojos se desvaneció—. Por supuesto.

—En cuanto a la corporación —comenzó Jennifer, cambiando de tema rápidamente—, me alegra que hayas decidido aceptar el cargo.

—Muy bien. Bueno, me pondré en contacto con los abogados. Se encargarán de todo el papeleo.

—¿A qué hora debo estar arreglada esta noche?

—Empieza a las siete. Podemos aparecer un poco después.

—Perfecto.

—Jennifer, mira, si la cosa se pone muy aburrida, siempre podemos marcharnos.

—Lo sé.

—Bueno, entonces nos veremos alrededor de las seis y media.

—Vale.

Jennifer no dijo una palabra más. Se limitó a observar en silencio cómo él se dirigía a su cuarto para darse una ducha, y cambiarse.

Aquella mañana, más tarde, Jennifer hizo varias llamadas telefónicas. La primera dirigida al presidente provisional de Ramsey Enterprises, informándole de su intención de poner a Seth al frente de la junta. El hombre, que no era especialmente ambicioso por naturaleza, pareció complacido ante la perspectiva. Luego llamó al Profesor Lovitt para decirle que estaría encantada de trabajar como ayudante en su departamento. Comenzaría en junio. Finalmente, llamó a su amiga Anita.

—Vaya, vaya, pero si es la recién casada. Me has cogido por los pelos. Estaba a punto de salir para una entrevista muy importante en The Bistro.

—Qué impresionante. Oye, ¿puedes prestarme un vestido de fiesta?

—Hum... eso es lo que me gusta de ti. Una amiga a la que no puedo impresionar con mi increíble éxito.

—Ya te he dicho que me parecía impresionante, ¿no?

—A ti nada te impresiona, Jennifer Ramsey —replicó Anita con indignación fingida—. ¿O debería haber dicho Jennifer Garrison? Bueno, ¿qué tal te sienta la vida de casada?

—Es diferente.

—¿En qué sentido?

—Oye, ¿me dejas el vestido, o no?

—Cambiano de tema. Ya veo —su amiga suspiró—. Sí, tengo cientos de vestidos entre los que puedes elegir. ¿Qué se celebra?

—Hay una cena benéfica en el Hilton.

—Ah, ya lo sabía. Sin duda podréis oír sabrosos cotilleos. Bueno, ahora sube a ese armatoste que tienes por coche y ven aquí sin perder un minuto. Tengo el modelo perfecto para ti.

—No quiero que llegues tarde a la entrevista por mi culpa...

—Oh, no te preocupes. Soy una estrella de cine, ¿no? Se supone que debo retrasarme. Realza mi personalidad.

Jennifer levantó la vista al cielo.

—Bueeenooo...

Poco después conducía su coche por el Sunset Boulevard, en dirección al chalet de Anita. De haber sido un día soleado, la calle estaría rebosante de coches, amantes del sol, y miles de practicantes del surf.

Anita estaba esperándola en su habitación. Encima de la cama, había al menos una docena de vestidos resplandecientes.

– Bueno, ¿qué te parece éste? – le preguntó la actriz, cogiendo un provocativo modelo púrpura brillante.

– Excesivo – dijo Jennifer, sonriendo –. ¿Dónde tiene la delantera?

– Hum... ¿y éste?

– Se trata de una cena benéfica, Anita, no de un desfile de la policía.

Su amiga vaciló antes de coger un modelo sin tirantes de color verde esmeralda.

– Vale, ¿qué te parece esté? Sexy, pero clásico.

Sin duda, el vestido era un primor, obra de un afamado modisto de Hollywood. Aunque era un poco atrevido para el gusto de Jennifer, era mucho menos escandaloso que el resto de los vestidos.

– Voy a probármelo – dijo, figurándose que un collar de perlas sería ideal para completar el conjunto para su primera aparición en público como señora Garrison.

– Entonces, ¿qué tal está Seth? – preguntó Anita tentativamente.

– Ya te lo he dicho. Simplemente bien.

Jennifer subió la cremallera del vestido y se miró en un espejo.

– Te queda fenomenal. Llévatelo.

– Es la ventaja de tener una amiga cuya talla es exactamente la misma que la tuya.

– Sí, sí. Entonces, ¿que ha pasado con la historia de la luna de miel? – Anita le lanzó una mirada penetrante –. Vosotros dos, ¿habéis...?

– ¡Anita, por el amor de Dios!

– Bueno, pues si el hombre se parece en algo a su primo...

Jennifer arqueó las cejas.

– ¿Quieres decir que Daniel Garrison y tú...?

– No, no. Pero yo tampoco habría protestado precisamente... ¡qué hombre!

– Perdona, ¿y qué ha pasado con Rod?

– ¿Qué Rod?

– Oh, ya veo.

– No es que me importe – afirmó Anita, tendiéndose en la cama, aplastando media docena de costosos vestidos –. Me pareció que Daniel mostraba cierto interés, pero ya sabes cómo son estas cosas.

El adorable rostro de Anita reflejaba melancolía.

– ¿Qué pasó?

— ¡Nada de nada! Ahí está el problema. Las mujeres famosas intimidan a los hombres, supongo. En cualquier caso, no intentó besarme y ni siquiera me pidió el teléfono —concluyó abatida.

— ¡Tengo una idea! ¿Qué te parece si le pido a Seth que, sutilmente claro, le haga saber a su primo que te interesa?

— ¡Por nada del mundo!

— Pero, si de verdad te gusta el hombre...

— Mira, Jen. Un hombre debe estar interesado por una mujer tanto como para dar el primer paso. Llámame anticuada si quieres, pero es algo de lo que me siento muy segura.

— Parece una persona muy agradable, Anita. Un verdadero hombre. En estos tiempos, ¿cuántos tienes oportunidad de conocer en Los Ángeles?

— No me apetece discutir ese tema. Si Daniel Garrison ni siquiera puede dignarse en coger el teléfono, por lo que a mí respecta, olvídale. Además —se aclaró la garganta—, estábamos hablando de Seth y de ti.

— ¿Qué pasa con nosotros? Simplemente, somos buenos amigos.

— Ya. Mira, sé que has estado fuera de circulación mucho tiempo pero, a pesar de tu limitada experiencia con el sexo opuesto, sin duda podrás distinguir cuando un hombre está interesado en algo más que una amistad.

— Anita, ¿dónde quieres ir a parar?

— Venga, chica. Yo estaba allí el domingo. ¡Vi cómo te miraba. ¡Vi cómo te besó!

— Oh, eso —Jennifer se encogió de hombros—. Estábamos actuando en honor a Charlotte.

— Sí, ya. Fue una actuación muy convincente. De hecho, convencisteis a toda la clientela del restaurante.

— Perfecto.

— Estás loquita por él, ¿verdad?

Jennifer casi se atragantó.

— ¡No seas ridícula! Ya te he explicado que fue una farsa. Y déjame explicarte algo más: No tengo la menor intención de liarme con Seth.

— ¡Pero si ya estás liada!

— Apariencias, Anita.

— Hum...

— No me vengas con «hums». Sabes muy bien que de matrimonio, lo nuestro sólo tiene el nombre.

— Bueno, digámoslo de otra manera, Jenni. ¡Si no te andas con cuidado, podrías encontrarte con que de matrimonio tiene algo más que el nombre!

Toda esa tarde, Jennifer procuró no pensar en la advertencia de su amiga. Hasta intentó convencerse que su asistencia a la cena se debía fundamentalmente al interés por dejarse ver en sociedad. Pero, cuando pensaba en el beso del domingo y en el accidente del baño, descaradamente erótico, se veía estremecida por una deliciosa expectación. Deseaba que Seth la abrazara otra vez. Deseaba sentir el ritmo sensual de la música mientras bailaban juntos, muy juntos. Deseaba oírlo decir una vez más que era atractiva. Deseaba... Jennifer frenó sus pensamientos, irritada consigo misma. La fuerte atracción que la arrastraba inexorablemente hacia Seth era un arma de doble filo. Estaba exponiéndose a un rechazo, a sufrir.

Todas las resoluciones que fue tomando a lo largo de la tarde, se derrumbaron como un castillo de naipes a las siete en punto, en el momento en que abrió la puerta de su habitación y se encontró con Seth cara a cara en el pasillo. Él lucía un formidable esmoquin.

¡Jennifer!

Se quedó mirándola boquiabierto de admiración. Sus chispeantes ojos azules no perdieron detalle, desde el perfil regio de la nuca, a la vista gracias al moño alto que lucía, hasta las curvas sensuales de sus hombros. Cuando deslizó la mirada más abajo, la devoró con los ojos, deteniéndose en la hondonada profunda que formaba sus senos. Y gracias al generoso escote del vestido de satén, evocó la excitante promesa que vislumbró en el baño la noche anterior. Descendió más, llegando hasta sus caderas generosas, cuyas curvas resaltaban el modelo ceñido.

—No puedes imaginarte lo guapa que estás.

—Gracias —Jennifer no se había sentido en la vida tan acariciada por la mirada de un hombre—. Tú tampoco estás nada mal.

—Lo dudo —replicó Seth haciendo una mueca irónica con los labios—. Aún así, supongo que debo agradecerte el cumplido.

—Yo no hago cumplidos falsos —dijo ella, tras observar la elegancia de su esmoquin negro; era el estilo y la virilidad personificados.

—Bueno, pues entonces digamos que ha sido un cumplido bastante... generoso.

—Tonterías. Yo no digo cosas que no pienso, Seth. La verdad es que pareces sacado de *El Gran Gatsby* o de una comedia de Noël Coward.

Se tensó un músculo del cuello de Seth.

—Seguro.

—Vale, ahí va mi última oferta, Seth Garrison: ¿Qué tal un agente secreto británico?

—¿Como James Bond?

—Exactamente.

Con las gafas de concha y la ropa impecable, el hombre verdaderamente recordaba a los espías caballerescos de la ficción.

—Tu credibilidad está esfumándose por momentos —fue la seca réplica de Seth.

El hombre se negaba a creerla, pensó Jennifer. Era difícil concebir que un hombre como Seth tuviera una opinión tan negativa de su atractivo físico. Era extraño que una persona que parecía tan segura de sí misma pasara por tales momentos de inseguridad. Asombroso.

—¡Es la última vez que te hago un cumplido! —le replicó, frustrada por completo.

Seth lanzó un suspiro de resignación y se dirigieron al coche en silencio. Durante el viaje, la conversación fue mínima. Cuando llegaron al hotel, el vestíbulo y el salón de baile ya rebosaban de invitados. Había ricos y famosos llegados de todas las partes de Los Ángeles. Las pieles brillaban, las joyas resplandecían, los flashes de los fotógrafos se sucedían... Por dondequiera que pasaran toda la gente conocía a Seth, a Jennifer o a los dos. Parecía que todo Beverly Hills se había puesto de acuerdo para dar a la pareja la enhorabuena por su repentina boda.

«¿Cómo no avisasteis? ¡Menuda sorpresa! ¿Qué me dices? ¡Seth, viejo zorro...!». Y así siguieron las cosas a lo largo de la velada, lo que llegó a resultar bastante pesado. La mayoría de los que los felicitaban eran sinceros, pero todos los guiños expresivos y los comentarios maliciosos turbaban a Jennifer bastante. Hasta Seth se sintió visiblemente molesto con algunas de las bromas no-tan-sutiles.

—Lo siento —dijo Seth—. Tal vez no fuera tan buena idea venir.

—Me encuentro muy bien, de verdad —replicó Jennifer, forzando la más convincente de sus sonrisas—. No te preocupes por mí, Seth.

Él sacudió la cabeza asombrado.

—¿Sabes que eres una mujer extraordinaria?

—¿Y ahora quién es el que exagera?

—De verdad, Jennifer. Nunca dejarás de asombrarme.

Seth cogió una de sus manos, miró por un momento el dedo con el anillo de diamantes y el de oro.

—Quiero decirte algo más... algo muy importante para mí.

—¡Vaya, Seth Garrison! ¡No te encontraba por ninguna parte!

Lo que Seth iba a decir pasó al olvido cuando un hombre robusto de mediana edad y pelo gris le dio una palmada en el hombro.

—¡Martin!

El hombre esbozó una sonrisa de oreja a oreja y sacó un puro del bolsillo de su chaqueta.

—He visto que nos han puesto en la misma mesa...

Formidable, pensó Jennifer. Con la suerte que tenía, seguro que le había tocado junto al lado del tipo. Antes de que Seth les presentara, ella ya sabía que se trataba de Martin Crawley, uno de los banqueros más prominentes de la ciudad. Mildred, su mujer, era una mujer de labios delgados, huesuda y muy bronceada, resultado de tomar el sol veinte años en Palms Springs. Apenas dijo una palabra en toda la noche, excepto a los camareros. En su mesa también se sentaban un famoso productor de televisión y su última conquista, varios magnates dedicados al negocio de la inmobiliaria junto a sus esposas y un ginecólogo de moda con su novia actriz, los cuales fumaron un cigarro detrás de otro durante toda la cena.

Seth estaba mediando en una discusión política entre el productor de televisión y uno de los ricachones de la inmobiliaria, cuando la orquesta comenzó a tocar «Serenata a la luz de la luna». Él dejó sin terminar la frase que estaba diciendo y le dirigió una sonrisa a Jennifer, que sintió una oleada de calidez.

—Si me disculpan, me gustaría bailar con mi mujer —les dijo a sus interlocutores, y se puso de pie, extendiendo la mano y levantando a Jennifer de la silla en un único y garboso movimiento. En silencio, la llevó hasta la pista de baile.

—¿Me concede este baile, señora Garrison? —murmuró.

De muy buena gana, Jennifer se deslizó entre sus brazos, poniendo una mano sobre su hombro y entrelazando los de dos de la otra con los suyos. Durante un rato bailaron así, juntos, pero no enredados en un abrazo íntimo. Ni se miraron ni intercambiaron palabra alguna, hasta que Jennifer levantó la vista hacia él. De repente, se encontraron sus miradas. En el mismo momento, ella soltó la mano de Seth y llevó la suya sobre el otro hombro de aquél.

—Jennifer...

Seth suspiró y la estrechó con más fuerza; ella apoyó la mejilla sobre su camisa de seda. Su aroma era masculino hasta la locura, una mezcla embriagadora de su propio olor y de la colonia que llevaba.

Jennifer se abandonó al exquisito placer de bailar con Seth. Los clásicos compases de la balada poseían cierta cualidad embriagadora. En realidad, ninguno de los dos bailaba ya, sino que se balanceaban adelante y atrás, lentamente, al ritmo de la música. Seth deslizó las manos por su espalda desnuda, posándolas en su cintura sensualmente. Jennifer se estremeció involuntariamente.

—¿Qué te pasa? —dijo Seth con voz ronca, mirándola con expresión interrogante.

—Nada. Nada de nada. No sabía que bailabas tan bien.

—Te aseguro que es la pareja que llevo. ¿Te he dicho que estás muy guapa, señora Garrison?

—Tú tampoco estás mal, señor Garrison —replicó ella.

—¿Señor! ¿Qué voy a hacer contigo, cielo?

Seth contuvo el aliento y la miró con un extraño brillo en los ojos. Bajó los labios, entre el cabello de Jennifer, deslizándolos hasta la tierna piel de una de sus orejas.

– Seth, ¿qué haces?

Él no respondió de inmediato, pues estaba muy ocupado besándola en el cuello.

– Una locura, pero tengo que saborearte, cielo.

Seth le dio un beso en los labios que la hizo estremecerse, que le llegó al alma. Todas las inhibiciones, todos los miedos, se fundieron con aquel ataque devastadoramente sensual. Daba igual que estuvieran en medio de una pista de baile muy concurrida, que cientos de personas pudieran estar observándolos. Sólo importaba que estaba con Seth, abrazada por él, acariciada. ¿Cómo podía haber luchado contra el hambre de él que tenía, contra la necesidad de algo mucho más grande que la mera amistad?

Lanzando un gran suspiro, entreabrió los labios. Seth, por su parte, lanzó un gemido de placer. Sus labios se fundieron, sus lenguas iniciaron una danza sensual... Jennifer sentía es calofríos por todas partes. Seth la abrazó con más fuerza aún, deslizando las manos por sus caderas.

– ¿Tienes idea de lo que me haces? – dijo con voz ronca.

– ¿Qué?

Jennifer se lamió los labios en un gesto inconsciente, provocativo.

– Este no es el lugar apropiado para responderte a esa pregunta, Jennifer.

– Entonces, ¿cuál es?

– Esa pregunta es muy peligrosa en este momento.

– ¿De verdad?

– Te lo aseguro.

La orquesta acabó su versión de «Serenata a la luz de la luna» para acometer a continuación una canción de rock. Seth dejó caer los brazos.

– Aquí me siento fuera de mi elemento. ¿Te importaría que nos sentáramos?

– En absoluto. Estoy de acuerdo contigo. Por lo que a mí respecta, el baile rápido es una catástrofe de primer grado.

– ¿Volvemos a la mesa?

Jennifer miró hacia la mesa en cuestión, donde Martin Crawley estaba lanzando al aire bocanadas de humo y los ricachones seguían hablando de negocios.

– No especialmente. ¿Y tú?

Seth asintió a modo de aprobación.

– Apoyo la moción. Vámonos de aquí.

Se despidieron de sus compañeros de mesa y, minutos después, el Mercedes de Seth recorría la carretera de Benedict Canyon. Había luna llena, y el cielo poseía un

brillo casi sobrenatural. Ninguno de los dos habló mucho durante el viaje. Seth parecía preocupado, y Jennifer estaba absorta en sus propios pensamientos.

Había una extraña tensión en el aire, una carga eléctrica existente desde que se besaron apasionadamente en la pista de baile. Daba la impresión de que los dos aguardaban a que el otro sacara el tema. En cuanto a Jennifer, para ella era dolorosamente evidente que Seth una vez más se lamentaba de sus acciones impulsivas. Quizá tuviera, como ella, dudas acerca de alterar el delicado equilibrio de su amistad. Pues muy bien; si ésa era su forma de pensar, no sería ella la que forzara la situación. No era tan obtusa después de todo. Sabía comprender las indirectas.

Cuando Seth aparcó en el garaje, apagó el motor y se volvió hacia Jennifer.

—Ha sido una velada maravillosa —murmuró, y ella se encogió de hombros.

—Qué bien.

Sin más, se bajó del coche y se encaminó hacia la entrada interior de la casa. Segundos más tarde, oyó el portazo de Seth.

—¿Estás enfadada por algo? —le preguntó él con expresión desconcertada cuando la alcanzó.

—¿Por qué iba a estar enfadada?

—Estás enfadada conmigo. ¿Por qué?

—Olvidalo.

—¡Dímelo, Jennifer! —exclamó, cogiéndola por los hombros—. Por favor, dímelo.

—¡Bueno aquí tenemos el graduado de Harvard, con *summa cum laude* nada menos, y ni siquiera puede figurarse qué pasa.

—Pues es cierto, pero quiero que me lo digas —hizo una pausa—. Es por el beso, ¿verdad? —sus dedos abrasaban la piel de Jennifer—. Vale, lo siento. ¿Qué otra cosa puedo decir? ¡Perdí la cabeza!

—Ya veo. En otras palabras, sientes que sucediera.

—No siento que sucediera. Estoy disculpándome por haberlo hecho. ¿Comprendes la diferencia?

—¿Por qué no me la explicas tú?

Seth lanzó un gemido de protesta.

—No soy responsable de mis acciones cuando estoy contigo. Ese efecto me produces, Jennifer.

Deslizó las manos por su cintura y la abrazó con fuerza. Jennifer sintió la dureza de sus muslos, la dureza de su evidente excitación...

—Tan sólo soy humano, cielo. ¡Y el deseo está matándome!

Capítulo 8

Después de dejarla a un lado, Seth buscó las llaves de la casa con manos temblorosas. Luego cogió a Jennifer de la mano y cruzó la cocina, encaminándose al espacioso salón. Visiblemente agitado, se volvió hacia ella.

—Creía que podría hacerlo, Jennifer, pero este acuerdo nuestro no puede funcionar.

—¿Quieres decir...?

La mandíbula de Seth se puso tensa.

—No, no es lo que piensas. Te ayudaré en el asunto del testamento, pero no podemos vivir juntos.

A Jennifer se le encogió el corazón.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No, maldita sea! Ese es el problema. Quiero que estés aquí, pero no puedo permitir que te quedes. Vuelve a tu apartamento y, si la gente murmura, bueno, ¡que murmuren! ¡No podemos vivir bajo el mismo techo!

—¿Por qué?

—Porque se supone que somos amigos, y yo no puedo ser sólo amigo. Quiero más.

—Oh —murmuró Jennifer, embargada por una oleada de indescriptible calidez.

—¿Me comprendes ahora? Algo hay que hacer. Yo no puedo soportar más esta situación.

—Estamos de acuerdo.

—Entonces, decidido —afirmó Seth con voz ronca, con la mirada perdida—. Te ayudaré a trasladarte cuando te venga bien.

—Yo no me refería a ese tema. La verdad es que... —tímidamente, Jennifer levantó la vista hacia él— ... que tampoco yo quiero que seamos sólo amigos.

Una extraña luz chispeó en los ojos azules de Seth.

—¿Qué dices?

—No quiero marcharme, Seth. Por favor, no me pidas que me vaya.

Jennifer presionó el duro pecho de Seth con la mano.

—No juegues conmigo, Jennifer.

—No estoy jugando.

Para convencerlo, deslizó los brazos alrededor de su cuello y, poniéndose de puntillas, lo besó en los labios.

Echándose hacia atrás, Seth la miró atónito por completo.

– ¿Sabes lo que estás haciéndome, dónde nos puede arrastrar todo esto?

A modo de respuesta, Jennifer plantó una senda de besos como alas de mariposas en su mejilla, por el cuello... Tantos años conteniéndose, todas las necesidades incompletas de su feminidad vital, la llevaron al borde del punto de ebullición. Tenía la sensación de haber esperado una eternidad ese momento.

– Estás jugando con fuego – murmuró Seth antes de volver su cara entre las manos y besarla ávidamente las mejillas, la frente, los párpados, los labios al fin, casi con desesperación...

– ¡Te deseo tanto, que me estoy volviendo loco!

Seth deslizó los labios por el cuello de Jennifer, y descendió lentamente hacia sus senos, dejando una senda de fuego líquido por donde pasaba. Luego la levantó en brazos, la llevó al sofá de piel, y la tendió con delicadeza sobre los cojines.

Había soñado con ese momento. La mujer que más deseaba en el mundo, tendida ante él, en un sofá, con su pelo como una selva de oro, y sus labios todavía húmedos de sus besos. Sabía que era una verdadera insensatez pero demonios, debía tenerla en ese momento. Olvidó todas las promesas que se había hecho. Podían tacharlo de estúpido por precipitar las cosas con Jennifer, pero ya no podía esperar más a que fuera su mujer en el más genuino sentido de la palabra.

Se quitó la chaqueta con ademanes impacientes y la arrojó al suelo. Luego siguieron las gafas, que fueron a parar a la mesa baja que había frente al sofá. Dio un suspiro y, envolviendo a Jennifer entre sus brazos, continuó el juego seductor.

Qué se proponía, pensó Jennifer, temblando entre los brazos de Seth. Estaba comportándose como una mujer salvaje, imprudente, que había olvidado toda precaución.

– ¡Bésame, Seth!

– Te besaré todo lo que quieras, encanto. Hasta que me pidas que pare...

Su boca era caliente y dulce a la vez, y bebió de los labios de Jennifer hasta saciarse de su néctar embriagador. Seth probaba, saboreaba, le hacía caricias enloquecedoras en la nuca, pero sólo estaba comenzando...

– ¿Te gusta cuando hago esto? – dijo mordisqueando el lóbulo de una de sus orejas –. ¡Dime que te gusta, cielo!

Jennifer dejó escapar un gemido.

– ¡Oh, sí! Oh...

Ella cerró los ojos. Estaba viéndose seducida de la forma más extraordinaria, más experimentada. Lo sabía, y no le importaba. Le bastaba con abandonarse al erótico placer de ser saboreada por el hombre que además era su marido.

Entonces las manos de Seth cobraron velocidad y bajaron la cremallera de su vestido, revelando los senos perfectos a su mirada hambrienta.

– ¡Seth! – exclamó Jennifer, consternada y excitada a la vez.

Los ojos de él chispearon de pasión.

– Eres increíblemente bella, ¿lo sabías? – dijo, envolviendo uno de sus senos entre las manos – . ¡No sabes cómo he soñado con tocarte de esta manera! ¡Eres como seda entre mis manos, Jennifer!

Con movimientos temblorosos, Seth deslizó los labios hasta uno de sus rosados pezones, endureciéndolo de excitación.

– ¿Qué... qué estás haciendo? – dijo Jennifer. Su voz era apenas audible.

– Acariciarte. Dime que no te gusta y pararé.

Cómo iba a pedirle que parara, deseaba gritar. Seth estaba arrastrándola dentro de un remolino de sensación. Sus manos acariciaban con ardiente pasión, sus labios no se quedaban atrás... le hacían estremecerse de placer, desear seguir sintiendo toda la eternidad.

– No – gimió sin aliento – . ¡No pares, Seth, por favor!

– Acabo de empezar – dijo Seth, deslizándose sobre ella, haciendo que se sintiera cautiva por completo de su fuerza dura, atrapada bajo sus poderosos brazos y muslos, bajo su inequívoca excitación – . ¿No ves cómo me pones, lo que te deseo?

Ya no sólo temblaba la voz de Seth, sino todo su cuerpo. Daba a Jennifer una increíble sensación de poder... darse cuenta inesperada, deliciosamente, de que podía hacerle perder el dominio de sí mismo de una forma devastadora, erótica. ¿Quién habría pensado que encontraría tanta vulnerabilidad bajo la superficie del hombre? Una ternura que posiblemente nadie podría haber adivinado existente bajo el exterior frío del empresario. Y ella estaba dispuesta a seguirlo hasta dondequiera que la llevara...

Seth estaba dejando una senda de besos abrasadores, sobre su vientre liso, acabó de bajar la cremallera del vestido de seda y luego hizo que resbalara con manos impacientes por sus caderas.

– Estabas tan condenadamente guapa con este vestidito... Sólo podía quitártelo.

Y sus manos firmes así lo hicieron, llevando la prenda sobre las suaves columnas de sus muslos, sobre sus rodillas, apartándolo de su camino con manos impacientes finalmente.

– Cada milímetro de ti es exquisito – murmuró, devorando con la mirada las zonas recién reveladas – . ¡Justo como había imaginado que sería!

Estaba desnuda bajo él, excepto por unas bragas rosas de encaje que sólo sirvieron para encender aún más sus sentidos.

– Seth... tal vez no deberíamos... – murmuró Jennifer sin aliento, pero él la interrumpió.

– No, cielo – su marido se colocó entre sus caderas y comenzó a moverse de una manera asombrosamente explícita – . ¡Debemos!

– Pero...

Jennifer notó las ardientes demandas de la lengua que asaltaba sin descanso uno de sus pezones. Así, era imposible concentrarse en lo que tenía que decir.

—Pero —volvió a balbucir—, me siento tan... tan fuera de control.

—Así debes ser, encanto, ¿no lo sabías? Una oleada enloquecedora, implacable...

Con increíble ternura, echó hacia atrás los mechones de pelo sedoso que caían sobre la frente de Jennifer.

—Aunque, ¿cómo podía haber imaginado que sería de esta manera?

Seth no esperó a oír una respuesta. Se quitó la corbata negra y la tiró en la moqueta. Luego se desabrochó la camisa, revelando una mata de vello rizado que descendía estrechándose hasta la cintura, cuya virilidad era más impactante de lo que Jennifer había creído posible.

—Quiero sentir tu piel contra la mía... ¡Eres terciopelo entre mis manos!

Y, cuando la piel desnuda entró en contacto con sus senos, ella supo que no había forma humana de evitar que llegaran hasta el final. Quería a Seth. Se había ido metiendo poco a poco dentro de su corazón, sin ser visto. Sus caricias expertas estaban arrastrándola al borde de la locura.

—¿Me deseas, amor mío? —le preguntó Seth con voz apasionada—. ¿Ahora?

Jennifer tragó saliva.

—Sí.

—Entonces, dímelo —fue la ronca súplica de él—. ¡Necesito oírtelo!

—¡Sí, te deseo, Seth! —murmuró Jennifer estremeciéndose—. ¡Deseo que me hagas el amor, ahora!

—Sí, encanto —respondió Seth, y con sus fuertes brazos levantó a Jennifer del sofá, llevándola contra su pecho—. Te haré el amor, pero aquí, no. La primera vez que te haga mía no será a base de caricias robadas en el sofá de un salón.

Lanzando un gemido, Seth la levantó en sus brazos y la llevó a su dormitorio en penumbras, tendiéndola encima de la cama con delicadeza. Sólo se detuvo el tiempo necesario para quitarse los pantalones; luego se acostó a su lado, besándole los labios con ternura, deslizando las manos hacia la última prenda que se interponía en su camino.

Seth sentía oleadas de sangre hirviendo en la cabeza. Por dentro, estaba temblando. Había soñado tantos años con un momento como ése... con Jennifer... Y ahora la realidad estaba superando con creces todas sus fantasías. Pero, en su mente, sonó una alarma de advertencia. Estaba rompiendo con todas las resoluciones que se había prometido cumplir. Ahí estaba Jennifer, tendida bajo su cuerpo, mirándolo con sus hermosos ojos avellanados, brillantes. Señor, cómo la deseaba... Pero la alarma cada vez sonaba más fuerte. Necesitaría toda su fuerza de voluntad para mantener la promesa que se hizo cuando comenzó la farsa, pero no le quedaba otro remedio. Si le hacía el amor, como se moría de ganas por hacer, más tarde pagaría el precio por su

estupidez. Más tarde, Jennifer sólo lo odiaría. Para ella, aquello no era real; era una locura pasajera.

Inesperadamente, Seth se detuvo, y se apartó de ella dejando escapar un lamento.

—No. Esto no está bien.

—¿Seth? —murmuró Jennifer, mirándolo llena de confusión.

—No puedo hacerlo. No está bien.

De repente, Seth cogió los pantalones y volvió a ponérselos. Sin decir una palabra más, puso una bata de terciopelo sobre el cuerpo desnudo de Jennifer.

—Vete a la cama, Jennifer. A tu cama.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, su voz llena de dolor, de incredulidad—. ¿Qué he hecho?

—Nada, cielo —respondió Seth, sacudiendo la cabeza amargamente—. Es sólo culpa mía.

—No comprendo.

Parecía tan perdida que a Seth le entraron ganas de envolverla entre sus brazos de nuevo para decirle que todo había sido un malentendido, pero no podía. Debía darle más tiempo a Jennifer. Era el único modo de no arriesgarse a perder su confianza. Y, tal vez algún día, ella llegaría a quererlo, pero eso era demasiado esperar.

—Es difícil de explicar —comenzó con voz entrecortada, acompañando a su mujer hasta su propio dormitorio—. Pero, si hacemos el amor ahora, algo que me muero de ganas de hacer, sería aprovecharme de la situación.

Lleno de desesperación, procuró ignorar la piel tierna y cremosa que se vislumbraba en el hueco de la bata prestada de Jennifer, la cual frunció los labios mientras conversaban en el pasillo.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Qué estás aprovechándote de mí?

—Ahora mismo, eres... muy vulnerable.

—¿Es eso lo que piensas?

—¡Oh, Dios! No me mires de esa forma.

—¿De qué forma? —Jennifer se sentía incapaz de comprender su repentino rechazo—. ¿Cómo puedes jugar conmigo de esta manera, Seth?

—¿Jugar? Yo no estoy jugando contigo, cielo. ¡Pero hay mucho en juego!

Aquél era el hombre que, minutos antes, había temblado de pasión abrazándola, y en se momento la rechazaba sin más. En toda su vida jamás le había pedido a ningún hombre que le hiciera el amor y, a pesar de sus sentimientos confusos, tenía demasiado orgullo como para pedírselo a Seth en ese momento. Pero su corazón traidor buscó una respuesta, alguna clase de reconciliación.

–Seth – dijo, extendiendo la mano hacia su cara.

Él hizo una mueca de dolor.

–No – fue su angustiada orden—. Vete a la cama, Jennifer. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

Lanzando una maldición, volvió sobre sus pasos, y desapareció en el pasillo oscuro. No miró atrás. Poco después se oyó un portazo...

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Jennifer se quedó acurrucada bajo las sábanas de su cama, perdida en un torbellino de pensamientos confusos. A lo largo de su vida, había desarrollado un instinto infalible en lo concerniente a la naturaleza humana. Poseía una capacidad increíble para advertir cuando alguien era enrevesado o falso. La primera vez que vio Charlotte DeLeon, por ejemplo, Jennifer percibió de inmediato la faceta perversa de su personalidad, y siempre se había cuidado de estar en guardia para evitar una confrontación.

Por otro lado, también supo desde el momento que conoció a Seth Garrison que era un hombre digno de confianza. A pesar de ser muy jovencita, poseía suficiente percepción como para reconocer las inequívocas cualidades de la honradez y el juego limpio.

A esas cualidades, Jennifer estaba convencida, se debía sin duda su repentino rechazo cuando estaban a punto de hacer el amor. Tras la confusión inicial, pasaron el dolor y el orgullo herido y se sorprendió al darse cuenta de que la brusca marcha de Seth demostraba la fuerza de voluntad y carácter que ella siempre había admirado en él. En su opinión bien intencionada, pero equivocada, creería que había obrado como era debido. Con una visión bastante absurda de las cosas, creía que ella se había comportado de aquella forma a causa de la vulnerabilidad y la necesidad ciega. Y la conciencia de un hombre de la clase de Seth jamás la habría permitido la consumación final. Su actitud era lo más parecido a la caballeridad que Jennifer había visto en la vida. En su propio estilo anticuado, también conmovedor, intentaba protegerla de sí misma.

Lo que no entendía es que ella no necesitaba ni quería esa protección. Su conducta de la noche anterior nada tenía que ver con debilidades o vulnerabilidades. Lo que había sentido la noche anterior era amor, puro y simple amor. Con algo de retraso, se dio cuenta de que no había forma humana de que Seth supiera de la verdadera profundidad de sus sentimientos. No le había dado al hombre el menor indicio de lo que sentía. La cosa más difícil para una mujer es decir a un hombre que está enamorada de él antes de que él le declare su amor por ella. Es una cuestión de simple orgullo de mujer, una regla que sólo se aventuraban a romper las más precipitadas e imprudentes.

De hecho, podría suceder que nunca le confesara que se había enamorado. Si no era correspondida, así evitaría una escena humillante. Pero nada podía impedir que Jennifer le demostrara, sin palabras, su amor. No sentía la menor vergüenza o timidez respecto a su plan de acción. Seth Garrison era el hombre que inesperadamente la había sacado del limbo oscuro en que se hallaba atrapada, iluminando su vida otra vez.

Tenía ganas de reírse y llorar a la vez. Nunca se había sentido tan viva, tan llena de optimismo. El mundo era brillante, deslumbrante otra vez, igual que en su niñez. En poco más de una semana, un hombre había dado un giro radical a su vida. Era una pregunta no contestada, si Seth la quería o no, pero la avidez física que sentía

hacia ella resultaba algo indiscutible. Y se interesaba por ella como persona. Entretanto, Jennifer no sacaría a relucir la cuestión del amor. Tan sólo se proponía derrumbar las resistencias del hombre. Y, entonces, tal vez, Seth se despertaría una mañana para descubrir que una mujer se había metido sigilosamente en su corazón.

Seth se marchó antes de que Jennifer se levantara. Era evidente que deseaba evitar una confrontación sobre el incidente de la noche anterior. En ese tema, ella podía comprender sus sentimientos como si leyera en un libro abierto. No era necesario ser un genio para darse cuenta de que se sentía avergonzado y compungido. Extrañamente, no parecía culparla a ella en modo alguno de la situación, cosa que demostraba lo increíblemente tradicional que era el señor Garrison. Pero Jennifer tenía sus propios planes. Le demostraría que no había absolutamente nada de lo que avergonzarse o arrepentirse. Al fin y al cabo, no había ninguna ley que prohibiera a un hombre seducir a su propia esposa. Pero, en caso necesario, le demostraría que lo contrario también era cierto. Sin duda, nada de escandaloso tenía que una mujer deseara seducir a su marido.

A lo largo del día, Jennifer procuró distraerse con nimiedades. Llevó a lavar su Mustang rojo a un garaje de Hollywood. Luego fue al Farmer's Market y compró una bolsa de mandarinas. Hizo visitas a varios familiares con el fin de darles la noticia de su matrimonio. A todos les dijo que la apuntaran de nuevo a la lista de miembros activos de cualquier organización benéfica que pudieran dirigir. Su propuesta causó tanto asombro como júbilo. Sí, se dijo más tarde, sonriéndose, bienvenida al mundo de los vivos. Se sentía llena de vitalidad, deseosa de compartir la vida con los demás...

Conducía por el bulevar de Santa Mónica con aire satisfecho. En lugar de doblar hacia el norte en el semáforo de Beverly Hills, giró a la izquierda, dirigiéndose a la popular zona de compras conocida como el triángulo dorado de Beverly Hills. En unas cuantas manzanas, se encontraban ubicados los establecimientos más caros del mundo entero. En un impulso, Jennifer dejó el coche en el aparcamiento de uno de ellos y se dio un placentero paseo, bajando por Brighton Way y a continuación por el famoso Rode Drive. Al pasar junto a una de las muchas joyerías, vio un alfiler de corbata muy sencillo y elegante. Era de oro y en el centro tenía un diamante; sin embargo, no era excesivamente llamativo ni ostentoso. No pudo dejar de sonreír. Para un hombre como Seth, que siempre llevaba traje y corbata, era el accesorio perfecto.

Se preguntó cuál sería su reacción si le hacía un regalo. Bueno, la verdad era que no le había hecho ninguno y en cambio él le había regalado aquel espectacular diamante solitario. Jennifer decidió que le apetecía hacerle un regalo. Era natural, correcto.

Cuando entró en la joyería, el caballero que la atendió preguntó en un tono cortés: «¿Es un regalo para una persona especial?». Jennifer le dirigió una sonrisa.

—Sí, para una persona muy especial. Mi marido.

Cuando regresó a su casa, en el contestador automático encontró un mensaje de Seth. Decía que tenía mucho trabajo y no sabía a qué hora llegaría. Aunque Jennifer se mordió el labio decepcionada, la conducta de Seth no la sorprendió. Intuía que haría todo lo que estuviera en su mano para eludirla.

Pero tarde o temprano habría de abandonar el refugio de su despacho y aventurarse a regresar a la casa de Benedict Canyon. Por mucho que retrasara su vuelta, Jennifer tenía todas las intenciones de esperarlo levantada. Se asomó al gran ventanal del salón, contemplando la puesta de sol. Aunque no se dio cuenta, una sonrisa se dibujó en sus labios...

Cuando, de pronto, sonó el teléfono, Jennifer salió disparada a contestar. Tropezó con una silla y se cayó de cabeza en el sofá. Cojeando con una mueca de dolor, cogió el teléfono y sacudió la cabeza con aire resignado. Ciertas cosas no cambian jamás, se dijo. Desde su nacimiento siempre fue la misma criatura aficionada a los accidentes. Creía que todo mobiliario, cerraduras y escaleras habían sido puestos en la tierra con el único fin de su particular carrera de obstáculos. Preguntó quién era, esperando que fuera Seth.

Una conocida voz vibró al otro lado de la línea.

— ¡Chica, estás en casa! ¡Tengo cotilleos para ti!

— Oh, Anita. ¿Qué tal estás? — respondió, procurando disimular su decepción.

— ¡Me ha llamado!

— ¿Quién te ha llamado?

— ¡Wendell Wynberg!

— ¡El director de cine?

— Me ha invitado a cenar, ¿te imaginas? ¡Me muero de nervios!

— ¿Y qué fue de tu encaprichamiento de Daniel Garrison?

— Daniel, ¿qué?

Jennifer levantó la vista al cielo.

— Tengo la sensación de que ya hemos tenido antes esta conversación.

— No, no lo comprendes, cariño. No se trata de una cita amorosa. ¡Quiere ofrecermelo el papel de protagonista de su próxima película!

Y no era necesario preguntar de qué película se trataba. La novela *Galaxias Encantadas* había sido un bestseller desde su publicación, dos años antes. Y en Hollywood se había librado una verdadera guerra para hacerse con los derechos para llevar a la pantalla grande la novela. Finalmente, fue el rey de la ciencia ficción en persona, Wendell Wynberg, el que se llevó el gato al agua. De unos treinta y tantos años, el joven genio se había convertido en el productor y director con más éxito de toda la historia cinematográfica. Poseía un talento muy especial para la ciencia ficción y las aventuras.

– Es una noticia fabulosa, Anita. ¡Enhorabuena!

– Todavía no me he hecho a la idea – dijo la actriz tras lanzar un suspiro—. Todas las actrices de la ciudad ha intentado hacerse con el papel. ¡Se comenta incluso que nuestra querida Charlotte le ofreció a Wendell cinco millones de dólares a cambio del papel!

– Muy interesante.

Ahora todo comenzaba a tener sentido. ¿Cómo podía haber subestimado al colosal ego de su madrastra? Deseaba dinero para comprar los papeles deseados, no era de extrañar así que su avidez por la fortuna de Oliver fuera infinita.

– En cualquier caso, me preguntaba qué tal te iban las cosas con Seth.

– Bien.

– ¡Detalles, quiero detalles!

– Por favor, no empieces a incomodarme.

– ¡Mira por dónde sale! ¡Soy su mejor amiga, y ahora resulta que la incomodo!

– En serio, Anita. Preferiría no tocar ese tema.

– Estoy esperando. ¡Si no me cuentas de que va toda esta intriga ahora mismo, eres un ser humano insensible y sin corazón, y puedes ir olvidándote del regalo de navidades que pensaba darte!

– Faltan ocho meses para las navidades.

– ¡Tiempo suficiente para que me olvide! Vamos, Jen, llevo siete años esperando a escuchar algún cotilleo real de tus labios. ¿Acaso no te cuento yo siempre los míos?

Jennifer suspiró resignada. No valía la pena intentar ocultar nada a su efervescente amiga. Tarde o temprano lo descubriría en cualquier caso. Poco a poco, le fue desvelando a su amiga los pormenores de la noche anterior. Le relató cómo Seth había frenado súbitamente y había sentido un remordimiento agrídulce.

– ¿Lo quieres? – le preguntó Anita con voz sosegada tras escucharla, y Jennifer dejó escapar un suspiro antes de contestar.

– Sí.

– Entonces, creo que deberías decirle lo que sientes.

– Nunca. No tengo el menor deseo de sufrir una humillación, Anita.

– ¡Eso no es posible: él está loco por ti!

– Eso está por verse.

– ¡Vamos, por favor! Hay que ser ciega y tonta para no darse cuenta de lo que todo el mundo, aparte de ti, parece saber.

– No pienso decirle nada a Seth Garrison. Y si no estuviera interesado por mí de la misma forma que...

—Exactamente —la interrumpió Anita—, ¿hasta dónde puede llegar tu estupidez?

Jennifer se mordió los labios.

—Hablo en serio, Anita. Algo de orgullo me queda.

—Sí, bueno, el orgullo aparece antes de la caída. No digas que no te advertí.

Seth no regresó a casa hasta altas horas de la madrugada. A Jennifer se le cerraban los ojos de sueño, así que tomó el regalo de boda y lo dejó en la habitación de Seth, pensando que la pequeña tarjeta que decía «Los maridos también merecen regalos» era una explicación suficiente.

Con paso cansino, se dirigió a su propio cuarto y se desnudó. Se puso un camisón y se acostó. Unos minutos más tarde, estaba profundamente dormida y no oyó el coche de Seth cuando entró en el garaje. Y tampoco oyó los golpecitos en la puerta ni la voz que susurraba su nombre. No se despertó hasta que una mano le acarició el hombro y el peso de alguien inclinó el colchón a un lado.

—Jennifer...

Soñolienta, despegó las pestañas poco a poco. Se quedó sorprendida.

—Seth. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

Después de apartar un mechón que caía sobre sus ojos, Jennifer encendió la lámpara de la mesilla, y tardó unos momentos en acostumbrarse a la luz. Seth estaba sentado a su lado, observándola en silencio. Ella dejó escapar un bostezo involuntario.

—¿De qué querías hablar?

—De esto —respondió Seth, mostrándole el alfiler de corbata.

—Oh, de eso. Es bastante discreto, ¿verdad?

—Jennifer... ¿por qué me lo compraste?

—Es evidente. Es un regalo de boda.

—Después de cómo te trate anoche, ¿decidiste hacerme un regalo de boda? —preguntó con tono de incredulidad—. ¿Una pieza que, podría añadir, debe haberte costado un ojo de la cara?

—Oh, por favor. ¡Si te apetece hablar de precios de escándalo, hablemos de la joya que tú me compraste a mí, Seth Garrison!

—Eso es diferente.

—La cosa se pone interesante. Explícame la diferencia —replicó Jennifer, apoyándose sobre un codo, ajena al encanto seductor de su camisón diáfano.

Seth se quedó mirando la prenda, las inequívocas curvas de sus senos, los tirantes del camisón, finos como espaguetis, la piel cremosa... Tosió.

—Sencillamente, no comprendo el motivo por el que te gastaste tanto dinero en un regalo para mí.

—Puedo gastar todo el dinero que me venga en gana. Como probablemente sabrás, soy rica —Jennifer no pudo reprimir una sonrisa—. De verdad, no puedo comprender cómo puedes darle tanta importancia a una cosa tan nimia. Creo que es perfectamente natural que una mujer le haga un regalo a su marido de cuando en cuando. Esta tarde lo vi en el escaparate y en el mismo instante me acordé de ti.

Una luz plateada chispeó de repente en los ojos de Seth.

—¿Te acordaste de mí?

—Cualquier persona que viera un alfiler de corbata no podría dejar de pensar en el hombre de los mil trajes —respondió ella con deliberada ligereza.

—¿Así me llamas?

—Bueno... parece que verdaderamente tienes muchos trajes.

Seth hizo una mueca con los labios.

—¿Y cómo sabes que no llevo siempre el mismo?

—Mira, si no te gusta el alfiler, es otra cosa. El joyero estará encantado de cambiarlo por otra cosa. A lo mejor prefieres unos gemelos...

—Jennifer, el regalo me gusta mucho. De verdad. Ha sido un gran detalle por tu parte. Sólo que me siento un poco raro aceptando...

Ella cruzó los brazos bruscamente.

—Es el trato, señor Garrison. Si yo puedo aceptar tu regalo, entonces tú has de aceptar el mío. Es justo.

—Jennifer, eres fascinante. Nunca sé lo que esperar de ti.

—Entonces, estamos empatados; tampoco yo sé lo que esperar de ti.

Sobrevino un prolongado silencio.

—Acerca de lo de anoche...

—Olvídalo —lo interrumpió ella con voz nerviosa.

—Pero no quiero olvidarlo, cielo. No quiero olvidar nada de lo que ha sucedido entre nosotros —Seth se deslizó hacia ella lentamente—. Me he pasado todo el día amargado recordando...

De la nada, una almohada fue a parar directamente sobre la cabeza de Seth.

—¿Qué...?

—¡Eso por tener la desvergüenza de disculparte por lo de anoche!

—No entiendo nada, Jennifer. Sólo pretendía explicarte mi comportamiento de anoche. Perdí el control, lo reconozco abiertamente. Pero te prometo que no volverá a ocurrir...

Otra almohada aterrizó sobre su cabellera, impecablemente peinada.

—Y, ahora, ¿qué he dicho?

—Reconozco que tu conducta fue penosa, Seth, pero no por la razón que piensas. Lo que no me gusta es que un hombre adulto se comporte como un guasón.

—¿Qué?

—Lo que has oído; un guasón.

—Yo no pretendía burlarme de ti anoche, Jennifer. Deberías saberlo.

—Yo no sé nada de eso. Lo único que sé es que anoche me hiciste sentir cosas que yo jamás me imaginé... —frenó en seco al percatarse de la incrédula mirada de Seth—. En resumen, me hiciste desear...

—Desear, ¿qué?

—Hacer el amor contigo.

—Perdí la cabeza, pero, ¿puedes culparme? Estabas tan condenadamente atractiva que no pude detenerme. ¡Me volviste loco, igual que estás haciendo ahora mismo! —lanzando un ronco gemido, abrazó violentamente a Jennifer—. Déjame acariciarte, encanto. No haré nada que pueda dolerte...

Sus labios buscaron la dulzura de la boca de Jennifer, sus manos la estrechaban posesivamente...

Con un regocijante alivio, ella se pegó a Seth, entrelazando los brazos alrededor de su cuello.

—No puedes hacerme daño —murmuró entre beso y beso embriagador—. ¡Porque te quiero!

Seth hizo resbalar los tirantes del camisón por sus hombros hasta descubrir los pezones rosados de sus senos.

—Eres seda y miel —murmuró con voz ronca—. Cómo eres... Y yo, ¿qué puedo hacer? Soy un simple ser humano...

Hizo descender el camisón hasta la cintura de Jennifer y, con ternura infinita, acarició sus pezones hasta que se endurecieron. Luego llevó los labios sobre uno de ellos y Jennifer sintió enloquecer de placer, como la noche anterior. Y luego los dos rodaron sobre la cama hasta fundirse en un abrazo apasionado. Seth la tocaba por todas partes, interminablemente...

—Tienes las gafas empañadas —le dijo con voz jadeante.

—¡Al diablo las gafas —dijo Seth, arrojándolas al suelo—, y al diablo las buenas intenciones!

Ahora que se veía de nuevo ante las puertas del paraíso, estaba decidido a no cometer la misma equivocación de la noche anterior, dispuesto a tomar lo que

Jennifer le ofrecía tan libremente. «Y, si soy despiadadamente sincero conmigo mismo», se dijo, «la deseo tanto si ella me quiere como si no». Ya le daba igual que Jennifer sólo sintiera hacia él un deseo físico. La deseaba con tanta desesperación que iba a poseerla bajo las condiciones que fuera.

Ella, por su parte, también estaba perdida en un frenético torbellino de deseo, más excitada que la noche anterior. De repente, fue consciente de que esa vez iba a suceder. Por la forma de mirarla de Seth, por su cuerpo tembloroso y sus pupilas dilatadas de pasión, tenía la deliciosa certidumbre de que en esa ocasión no tenía la menor intención de detenerse. Casi como un salvaje, Seth apartó el camión de su cuerpo, que quedó completamente desnudo para goce de su mirada hambrienta.

—Eres tan perfecta, tan increíblemente exquisita...

Unos segundos más tarde, él también estaba desnudo por completo, y la piel era la única barrera que los separaba...

—¡Seth! —exclamó Jennifer al percibir por primera vez la impresionante excitación de él.

—¡Deberías detenerme!

—No puedo —respondió Jennifer, encendida para él, arqueando las caderas hacia arriba, ya sin temores ni dudas.

Era lo que siempre había deseado, lo que siempre había esperado...

«No te pido que me quieras», suplicó Seth en silencio. «¡Tan sólo preocúpate un poquito por mí, mi adorable Jennifer! Tiene que ser algo más que simple sexo...»

Pero Jennifer era inconsciente por completo de las tormentas interiores de Seth...

—¡Dime que tú también lo quieres! ¡Dime que no cambiarás de idea, encanto!

—¡Te deseo, Seth! —respondió ella sin aliento.

Era muy dudoso que Seth hubiera podido detenerse en ese momento de haberlo querido. Acariciaba sus muslos sedosos con manos delicadas, pero firmes. Deslizó las piernas entre las de ella y comenzó a moverse lentamente, sin dejar de mirarla un solo instante.

—¡Estás segura, mi dulce Jennifer? ¿Completamente segura?

Ella levantó la vista hacia Seth y asintió en silencio, acariciando su pecho duro, viril.

—¡Sí, por favor! —respondió al fin.

Y entonces Seth comenzó a moverse de una manera nueva por completo, muchísimo más erótica, más íntima. Jennifer sintió una punzada de dolor y lanzó un gemido involuntario.

—¡Jennifer! —exclamó Seth, y se quedó mirándola con ojos atónitos—. ¡No es posible que tú... no puede ser!

Y el dolor de Jennifer se desvaneció tan súbitamente como había surgido.

¡En todos sus sueños salvajes, Seth jamás había imaginado que ella pudiera ser virgen todavía! Sin duda, habría hecho el amor con su novio. De no ser así, alguien debía de haber satisfecho sus deseos durante los siete últimos años. Era hermosa, sexy. ¿Cómo podía haber soportado tanto tiempo sin ser acariciada? En cualquier caso, decidió ya no podía dejar de hacer el amor con aquella criatura de ensueño...

El dolor de Jennifer dio paso lentamente a otra sensación, una sensación tan increíble y deliciosa que nunca habría imaginado que pudiera existir. De pronto, se vio gritando de puro placer cuando Seth la aplastó con más fuerza hasta el inevitable momento de éxtasis total... pleno...

Capítulo 10

— ¡Maldita sea, Jennifer, deberías haberme avisado! — murmuró Seth con voz ronca, su aliento cálido acariciaba el hombro de ella.

— No me preguntaste. Simplemente, el tema de mi virginidad no surgió en la conversación.

— De haberlo sabido, te aseguro que nunca habría hecho una cosa así.

Jennifer le acarició la mejilla, áspera de la barba de un día.

— Me alegra que lo hicieras, Seth. Deseaba que me hicieras el amor.

Era una confesión sincera. Después de la asombrosa intimidad que acababan de compartir, resultaba inconcebible para Jennifer ocultarle ninguna faceta de sí misma a ese hombre maravilloso. Se abrazó a él con más fuerza.

— Jennifer — dijo Seth con voz suplicante —, no podemos permitir que vuelva a ocurrir.

— ¿Por qué? — preguntó ella alarmada —. ¿Acaso no te ha gustado cuando...?

Seth puso un dedo sobre los labios de Jennifer.

— Vaya pregunta. Ha sido la experiencia más maravillosa de toda mi vida — se calló un momento, el dolor pintado en su rostro —. Pero no ha estado bien. No tenía la menor idea de tu... de tu inocencia, y se supone que los hombres deben tener ciertos principios respecto a este tema.

— ¿En qué siglo?

— ¿No vas a escucharme, cielo? Lo que acabamos de hacer, no debería haber ocurrido nunca. ¿No lo comprendes?

— No — replicó ella, con los labios fruncidos.

Lanzando un suspiro de arrepentimiento, Seth envolvió la cara de Jennifer entre sus manos.

— Verás, yo pensaba... — hizo una pausa para respirar profundamente —... estaba convencido de que Kevin y tú...

Jennifer bajó las pestañas.

— Sólo teníamos dieciocho años, Seth.

— Pero, en tu generación, todo el mundo se libera mucho antes, sobre todo en una ciudad de ritmo trepidante como Los Ángeles. Naturalmente, supuse que...

— Supusiste mal, Seth. Kevin recibió una educación muy severa. Estaba decidido a esperar hasta que nosotros... estuviéramos casados.

— Pero, durante todos estos años, ¿no hubo nadie que...?

— Comienza a aburrirme este tema. ¿Hemos de seguir discutiéndolo? ¿Qué tiene de particular ser virgen? ¿Acaso te parezco una mujer rara?

— ¡No, por supuesto que no!

Jennifer se mesó su abundante cabellera rubia con manos tensas.

— Entonces, ¿a qué se debe tu actitud? Después de todo lo que me has dicho, de lo que hemos hecho, ¿por qué ahora me rechazas?

Seth se sintió conmovido intensamente por las palabras de Jennifer. Parecía tan dolida, tan vulnerable... le hacía sentirse como el más infame de los monstruos.

— ¿Qué puedo hacer para que comprendas? — dijo sacudiendo la cabeza —. Has esperado mucho tiempo antes de ofrecerte a un hombre. Merecías alguien que quisieras de verdad.

Las palabras de Seth fueron cuchilladas para el corazón de Jennifer. «Pero si me guardaba para mi hombre amado. Y ese hombre eres tú, Seth Garrison». A Jennifer le dieron ganas de gritar ante la injusticia de la situación.

Seth la envolvió entre sus brazos el resto de la noche y, aunque labios cálidos acariciaron la frente de Jennifer, aunque manos delicadas rozaron su cuello y su pelo, eran los gestos de un casto amante ajeno a todo deseo de excitar... En la luz de la mañana, Jennifer pudo observar que el brillo de sus ojos azul plateados había desaparecido. Tenía una expresión ausente, casi sombría. Antes de ir a ducharse y vestirse, la envolvió una vez más entre sus poderosos brazos.

— Sé que no me comprendes, Jennifer. Sé que probablemente me considerarás de la más baja de las raleas por hacer el amor contigo y luego esfumarme. Pero debo alejarme de ti ahora que todavía puedo, cielo, antes de que me vuelva loco.

— Pero estamos casados. ¿Por qué no pueden seguir las cosas como hasta ahora?

— Porque... las cosas nunca son iguales. ¿Cómo voy a mirarte sin recordar la noche que hicimos el amor? ¿Cómo voy a vivir contigo bajo el mismo techo sin desear que vuelva a suceder una y otra vez?

— Siento que tal perspectiva te resulte repulsiva.

— ¿Repulsiva? ¿Eso es lo que crees? Es mi única alternativa para no ponerte las manos encima.

Jennifer respiró profundamente.

— En este punto, no me importa demasiado los problemas que puedas tener luchando contra tus instintos más básicos. Anoche, arruinaste algo maravilloso para mí, algo que podrías haber hecho precioso y feliz.

— ¡Por todos los cielos, no entiendes nada!

Con un aire de lo más misterioso en su semblante adusto, Seth salió de la habitación en tres zancadas.

En cuanto se marchó a la oficina, Jennifer comenzó a hacer las maletas y a meter de nuevo sus libros en cajas de cartón. Tenía todas las intenciones de estar fuera de allí antes de que volviera Seth. Disponía de muchos lugares donde podía alojarse provisionalmente. Siempre podía contar con el chalet de Anita en la playa de Malibú, pues sabía muy bien que sería bien acogida bajo cualquier situación. Estaba a punto de meter las primeras cajas en el maletero del Mustang, cuando se vio embargada por la tristeza. Sintió que se ahogaba en un infinito y oscuro océano. Para eso podía servir enamorarse a algunas personas, se dijo, con las lágrimas resbalando por sus mejillas. Había sido sensata al ignorar los consejos de Anita y no confesarle a Seth sus verdaderos sentimientos. Entonces su rechazo habría sido absoluto.

Llena de amargura, metió las dos primeras cajas en el maletero. La tercera resbaló entre sus manos y derramó por todo el suelo de hormigón los libros que guardaba. De repente, tan sólo tenía ganas de llorar.

Pero no se trataba de la misma sensación que cuando era una niña. Ya había experimentado la aflicción y la desilusión, y sabía que, de alguna manera, sería capaz de reunir el coraje necesario para afrontar de nuevo el sufrimiento y procurar seguir adelante.

Lo último que deseaba era quedarse allí compadeciéndose de sí misma. En un impulso súbito, decidió darse una vuelta en coche. Al principio, conducía sin rumbo fijo, pero el Mustang parecía tener ideas propias. Se encontró en una carretera estrecha y serpenteante de Bel Air, doblando por la calzada familiar desde la que podía ver entre árboles el contorno de la mansión Ramsey. Paró el coche y se quedó contemplando el escenario de los días felices de su infancia, sintiendo una cálida nostalgia en su corazón destrozado.

Casi podía oír la voz de su padre, autoritaria y suave a la vez, diciéndole que no podía usar tacones altos hasta que tuviera nueve años por lo menos. Reprimió una sonrisa agrí dulce. En el plazo de tres meses –un poco menos en realidad –la mansión sería su hogar otra vez. Charlotte haría las maletas de una vez por todas. Hasta aquella misma mañana, Seth había formado parte de sus nuevas fantasías. Se había imaginado compartiendo con él la magnífica casa de Bel Air, y hasta vio bebés en sus sueños...

Y ahora esos pensamientos felices constituían una fuente de amargo dolor. La familia Garrison no viviría feliz en la mansión Ramsey. De hecho, corroborando que las pesadillas verdaderamente tenían malos finales, una voz chillona interrumpió sus pensamientos.

– ¡Mira quién ha venido!

A Jennifer se le encogió el corazón. En aquel instante, lo único que le faltaba era una confrontación con la más maligna de las brujas de la Costa Oeste, como Anita había bautizado en una ocasión a Charlotte DeLeon Ramsey.

– Qué deliciosa sorpresa, cruzarme contigo de esta manera, Charlotte. Lástima que el Mustang no fuera a cien por hora.

– Muy graciosa, la princesita de Bel Air. Para alegrarte un poco la vida, te diré que no tengo la menor intención de abandonar mi casa sin oponer resistencia.

La impresionante actriz, cuyos ojos verdes eran mundialmente famosos, se inclinó con aire arrogante sobre la bicicleta francesa de diez marchas sobre la cuál rodaba diariamente. Era uno de los puntos fundamentales de su régimen a base de ejercicio, también mundialmente famoso.

—No pienso dejar esta casi ni ahora ni dentro de tres meses. Vivo aquí y aquí seguiré viviendo.

—Sueña despierta, Charlotte.

—¿Lo has hecho ya con tu maridito cuatro ojos, querida?

Jennifer sintió un frío gélido en las venas. No iba a enzarzarse en una discusión sobre aquel tema con su simpática madrastra. En realidad, no había arrancado aún porque, considerando su actual estado de ánimo, la pequeña discusión con Charlotte le servía para desahogar sus emociones.

—Es una pregunta muy grosera, Charlotte, incluso procediendo de alguien con tan poca clase como tú.

—Parece que la princesita está sonrojándose. Vaya, vaya, qué curioso.

La bruja sin duda poseía un instinto especial para advertir las debilidades de una persona y entonces lanzarse a la yugular. Como un ave de rapiña.

—Como de costumbre, no sabes ni de qué estás hablando.

—Muy astuto, ese miope de Seth Garrison. Bajo su apariencia tranquila, esconde un volcán, ¿no te parece?

—No sé de qué estás hablando.

—No te hagas la despistada conmigo. ¿Te crees que no sé lo que oculta en la manga? Hace dos años salió con el rabo entre las piernas de Ramsey Enterprises y, ahora que no está Oliver, regresa como si fuera el amo del lugar —dejó escapar un respingo de disgusto—. ¡Presidente de la junta! ¡Menuda sorpresa!

—No es que sea asunto de tu incumbencia, pero yo le pedí que volviera a la compañía. No fue idea suya para nada.

Charlotte lanzó una risita estridente.

—Eso es lo que tú te crees. Me imagino como te habrá embaucado con sus modales amables y sus dulces palabras hasta conseguir exactamente lo que esperaba de ti.

—Esto ya ha ido demasiado lejos.

Jennifer arrancó el coche.

—¡Muy bien, huye! —gritó Charlotte—. Pero cuando llegues a casa, pregúntale a tu maravilloso maridito la razón por la que dejó Ramsey Enterprises de repente. ¡Dudo que te diga la verdad algún día! ¡Pues bien, te la diré yo! ¡Oliver lo despidió! ¡Le pateó su trasero de Harvard!

Jennifer puso en marcha el coche con un chirrido de las ruedas, las asombrosas palabras de Charlotte le resonaban en los oídos. Por supuesto, no creía una sola

palabra que procediera de aquella odiosa mujer. Charlotte difamaría a cualquiera con tal de conseguir lo que quería. Aun así, todavía temblorosa, Jennifer aminoró la marcha y regresó a casa de Seth a paso de tortuga. Para su asombro, encontró el coche de Seth aparcado en el garaje. Oh, no. Tenía la esperanza de evitar una confrontación con él. Ahora, era imposible.

Jennifer entró en la cocina con paso cauto, con la esperanza de cruzar el salón sin ser vista y dirigirse directamente a su habitación. Pero, cuando dobló una esquina del pasillo en penumbras, dos manos fuertes cayeron pesadamente sobre sus hombros.

—¿Dónde diablos has estado? —tronó una voz profunda—. ¿Cómo podías marcharte así, sin más?

Jennifer levantó la vista para verse ante un par de ojos azules que chispeaban de rabia.

—Me apetecía dar una vuelta en coche. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —dijo Seth con los dedos clavados en la tierna piel de Jennifer—. He regresado más temprano porque tenía que hablar contigo. No aguantaba un minuto más —lanzó un suspiro entrecortado—. ¡Y me encuentro tus maletas hechas, y el garaje con una caja de libros tirados por los suelos! ¡Y encima ya te habías ido... con mucha prisa!

Jennifer nunca había visto a Seth tan enfadado. Era absolutamente increíble verlo perder el dominio de sí mismo de aquella manera. Sin embargo, era incapaz de comprender por qué estaba tan colérico.

—Y a ti, ¿qué te importa que esté aquí o no?

—Oh, me importa, Jennifer. Me importa.

—Explícate. Esta mañana querías que me fuera tan pronto como fuera posible.

—Nunca he deseado que te fueras. No sabía que me entenderías mal y te marcharías de ese modo.

—No me vengas con tonterías, Seth, porque yo estaba allí. ¡Dijiste que no podías vivir conmigo bajo el mismo techo!

Seth tenía un aire cansado, la tensión se reflejaba en su rostro.

—Eso no es lo que te dije, Jennifer. Te dije que no podía vivir contigo bajo el mismo techo sin ponerte las manos encima.

—Bueno, ya no tienes que preocuparte más de ese asunto. ¡Esta noche ya no estaré aquí!

—¡No te irás por nada del mundo, maldita sea!

—¿Y ahora de qué te quejas? Según parece, estoy haciéndote un favor.

Jennifer consiguió apartarse de él y dio varios pasos por el pasillo. Seth la alcanzó en cuestión de segundos; su aliento cálido acarició la nuca de Jennifer sus brazos la atenazaron por la cintura.

—No vas a ir a ninguna parte, ni esta noche, ni ninguna otra. Fui un estúpido al pensar que podía luchar contra estas emociones. ¡Ven aquí, cielo!

Ignorando su gemido de protesta, Seth deslizó los labios sobre los suyos, estrujó su cuerpo tierno contra el suyo propio, duro y musculoso.

Era una delicia ser abrazada y acariciada por él, pero Jennifer se resistió hasta las últimas consecuencias.

—¡No! ¡No voy a permitir que me atormentes de esta manera! ¿Qué clase de persona eres? Primero me deseas, luego me tiras a la basura como una patata podrida. Y a continuación me deseas otra vez...

—Nunca quise hacerte daño, pero te he deseado tanto durante tantos años, que suponía que te hacía un favor alejándote de mí —dejó escapar un suspiro—. Eres tan atractiva, tan llena de vida. Te mereces alguien que te haga feliz.

Jennifer le miró fijamente.

—Tú me haces feliz.

—Oh, Cristo, no me pongas las cosas más difíciles de lo que ya son. Anoche, cuando hicimos el amor, ni siquiera usé ningún tipo de protección. ¿Y si estás embarazada? —se produjo un prolongado silencio—. Ni siquiera sé que no estás embarazada, ¿no?

Jennifer tragó saliva.

—Eso ya no es asunto tuyo.

—¡Si existe alguna posibilidad de que tengas un hijo mío, no te quepa la menor duda de que es asunto mío! —el mentón de Seth se tensó como nunca—. Voy a dejarte una cosa perfectamente clara, Jennifer. Un hijo nuestro tendrá un hogar con una madre y un padre.

—Me niego a seguir discutiendo este tema. Si estoy embarazada, yo decidiré si educo a mi hijo sola, o no.

—No si estamos hablando de un hijo nuestro.

—Un hijo tiene derecho a criarse en un hogar feliz, donde sus padres se quieran —embargada por el dolor, hizo una pausa—. En nuestro caso, no lo tendría.

—Oh, eso sería sólo una verdad a medias, cielo.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos de Seth brillaron de forma extraña.

—¿Qué puedo decir que ya no sepas? ¿Tengo que ponerte el corazón en bandeja?

Una chispa de esperanza iluminó los ojos de Jennifer.

—No entiendo muy bien lo que quieres decir...

Seth lanzó un gemido.

—Te quiero, Jennifer. Todo el mundo parece saberlo, menos tú...

– ¿Me quieres?

– No empeores las cosas, ¿vale? Estoy seguro de que esto supone un trastorno en tu vida, pero no puedo evitar sentirme así... igual que me he sentido desde que tenías dieciséis años –Seth volvió la cabeza a un lado, turbado—. Bueno, ya lo he dicho. ¡He hecho el más absoluto de los ridículos!

– ¿Estás enamorado de mí?

– ¿Por qué otra razón iba a casarme contigo?

– Según Charlotte, era tu forma de volver a controlar Ramsey Enterprises.

– ¿Y tú creíste a esa bruja pelirroja?

– Nunca, Seth. Incluso llegó a insinuar que papá te había despedido.

– Eso, en parte, es verdad – afirmó Seth, con la tensión visible en su rostro.

– ¿Qué? ¡No puedo creer que mi padre hiciera una cosa así! ¡Eras su brazo derecho!

– Tarde o temprano ibas a descubrirlo – dijo él suspirando—. Pero, para explicarlo brevemente, cuando Charlotte se casó con tu padre, le gustaba ser lo más amable con cualquier hombre que se encontrase en los alrededores. A mí me consideraba un desafío porque no estaba especialmente interesado por ella. Me hizo una proposición descarada, y yo la rechacé. Entonces fue a hablar con tu padre y le dijo, que había intentado propasarme con ella. Es una actriz estupenda, como bien sabrás. Convenció a Oliver de que yo tenía todas las intenciones de robarle a su pequeña y adorable esposa.

– ¡No puedo creer que mi padre se tragara sus mentiras! ¡Nadie puede estar tan ciego!

Seth se quedó mirándola con expresión intensamente apasionada.

– Hay muchos ciegos por el mundo, Jennifer. En cualquier caso, tú padre se quedó desconcertado ante la posibilidad de que yo quisiera traicionarlo. Me despidió sin más; ni siquiera me concedió la menor oportunidad de defenderme. Pero, después, por casualidad descubrió que Charlotte se traía entre manos sus juegucitos con el hombre que iba a limpiar la piscina. Me llamó, se disculpó con profusión y me pidió que volviera. Pero yo no podía. Charlotte me apartó de su camino igual que hizo contigo. Tengo la sensación de que tu padre jamás fue capaz de reconocer su tremenda equivocación; se interponía su increíble orgullo. Y el orgullo es algo muy peligroso, ¿no te parece?

Jennifer se sonrojó.

– Estoy de acuerdo. De no haber sido por mi estúpido orgullo con la firma de los Ramsey, hace mucho tiempo que te habría dicho... lo que...

– ¿Qué?

Temblaron los labios de ella. Resultaba algo tan penoso de transcribir en palabras... incluso en ese momento, que sabía del amor de Seth.

– Te has equivocado en cuanto a mis sentimientos, Seth. Me has interpretado mal.

– ¿Qué quieres decir?

– ¿Hasta qué límite puede ser un hombre duro de mollera? Después de armar un escándalo al descubrir que era virgen, ¿cómo podía dormir contigo? ¿Cómo podía dormir con un hombre que yo...?

– Acaba la frase, Jennifer.

– ¿Acaso insinúas que no quería al hombre con el que no dormía?

Seth tragó saliva, lleno de incredulidad.

– Son imaginaciones mías, ¿verdad? No estarás insinuando que tú... que tú...

– Te quiero.

Así de fácil brotaron las palabras de Jennifer.

– ¿Me quieres? – dijo Seth, petrificado—. Pero, ¿cómo es posible, Jennifer? ¡Eres tan guapa, podrías tener al hombre que te viniera en gana!

– Lo tengo, ¿no?

– Oh, sí, cielo mío –convino Seth, envolviéndola entre sus brazos lleno de felicidad—. Lo tienes siempre que quieras...

– ¿Te parece bien hasta el final de los tiempos?

– Es un buen comienzo –replicó él, mientras la llevaba hacia el cuarto de los invitados—. Se me ha ocurrido que, para ser una vieja pareja, no hemos disfrutado precisamente de una verdadera luna de miel. ¿Qué te parece si empezamos donde lo dejamos anoche; amor mío? –concluyó, tendiéndola en la cama con suma delicadeza.

– Apoyo la moción.

Jennifer lanzó un gemido de sorpresa y agrado simultáneos cuando Seth la clavó sobre el colchón con el peso de su cuerpo duro, cálido.

– ¿Qué demonios... –Seth la alzó con expresión preocupada. Sobre la cama, había un pequeño objeto rectangular—. Oh, me había olvidado de esto –dijo con ojos de carnero degollado, ofreciéndolo el paquete—. Lo compré esta mañana, después de pensar en nosotros.

Atónita, Jennifer abrió el paquete.

– ¿Qué es?

– Algo que vi en el escaparate de una tienda y que me hizo pensar en ti –respondió él con voz risueña.

Era un libro. Muy antiguo, muy raro y de incalculable valor.

– ¡No puedo creerlo! –gritó Jennifer, abrazándolo, emocionada.

Se trataba de la primera edición de *The Sketch Book*, de Washington Irving, forrado en piel...

– Siempre soñé con poseer el original de esta obra. ¿Sabías que es mi obra preferida de todos los tiempos?

Seth torció los labios.

– Tenía cierta idea...

Jennifer dejó el libro con ademán reverente en el tocador y regresó a la cama.

– Es un regalo fantástico, Seth. ¿Cómo puedo darte las gracias?

Él se quedó contemplándola, había una chispa cegadora en sus ojos azules de plata; luego la llevó sobre las almohadas.

– Conozco la manera perfecta, encanto – dijo con voz ronca...

Fin